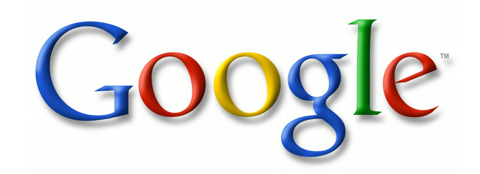


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Span 5628.9.31

Harvard College Library



FROM THE

SALES FUND

Established under the will of Francis Sales, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Span 5628.9.31

NO HAY FLORES

SIN ESPINAS.

NOVELA DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS

ORIGINAL DE

TEODOSIO AUSIN Y DONIS.

MADRID.

SATURNINO CALLEJA,

CALLE DE LA PAZ, 7, LIBRERIA.

1879.



Digitized by Google

NO HAY FLORES SIN ESPINAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

NO HAY FLORES
SIN ESPINAS.

NOVELA DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS

ORIGINAL DE

TEODOSIO AUSIN Y DONIS.



MADRID.

SATURNINO CALLEJA,

CALLE DE LA PAZ, 7, LIBRERIA.

1879.

Digitized by Google

Calle fund

Es propiedad.

Madrid.—Imp. de Fernando Calleja, Calvario, 19, 21 y 23

Digitized by Google

Á MIS QUERIDOS PADRES:

¿Qué otro nombre que el vuestro pudiera con más justicia estampar á la cabeza de los primeros frutos de mi fantasía? Ocioso fuera pensarlo.

Tú, mi inolvidable Madre, cuya alma, al abandonar aún en la mitad de su carrera, esta triste mansion de los vivos, para volar al cumplimiento del destino para que fué creada, me privó desde mis más tiernos años de tus maternales caricias; y Tú, Padre mio, cuyos solícitos esfuerzos se dirigieron constantemente á encaminar mi razon por la espinosa senda de la verdad y del bien, recibid ambos esta débil muestra de respetuoso recuerdo y gratitud, que desde el fondo de su corazon os consagra vuestro hijo,

Teodosio.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO PRIMERO.

DOS AMANTES *á la dèrnière.*

Era una noche del frio mes de Enero.

En el régio coliseo se representaba *La Favorita.*

El aspecto del teatro era deslumbrador.

En los palcos veíanse elegantes damas resplandecientes de hermosura.

Pero nosotros solo nos fijaremos en uno de aquellos, ocupado por tres personas.

Una señora que frisaria en los treinta y cinco años, á su lado un caballero que tendria aproximadamente la misma edad, y una hermosisima jóven que excasamente contaria de diez y seis á diez y siete primaveras.

Concretemos nuestra atencion á ésta última.

Colocada en el ángulo izquierdo del palco y blandamente reclinada sobre el respaldo de la silla, podremos examinar sus formas con todo el detenimiento que su posicion nos permite.

Digitized by Google

Vestia un elegante truje azul celeste, salpicado de pequeñas estrellas blancas, cuyo abierto escote dejaba admirar la nívea blancura de su garganta y el nacimiento de su turgente seno.

Sus ojos, de un azul purísimo, su boca pequeña, sus labios finos y rosados, su tersa téz y su admirable cabeza, cuyos dorados cabellos eran el más precioso adorno que sobre sí tenia, formaban un singular conjunto de rara belleza.

En aquellos momentos sus miradas se dirigian al *parterre* y en sus lábios se dibujaba una leve sonrisa.

En sus diminutas manos, cubiertas hasta cerca de medio brazo por unos finísimos guantes, sostenia unos pequeños gemelos de concha que de vez en cuando aproximaba á sus ojos, mirando con, al parecer, especial interes.

¿Quién causaba éste?

Veámoslo.

Ocupando dos butacas frente al mencionado palco, y conversando amistosamente, estaban dos jóvenes de diez y nueve á veinte años de edad.

Oigamos lo que hablaban.

—Preciso es que me confieses, querido Enrique, que Luisa es encantadora.

—No puedo negártelo, en efecto, es bellísima; pero tampoco tú me negarás, querido baron, si eres imparcial, que tiene tanto de coqueta como de bonita.

Digitized by Google

—Dispensa, Enrique, que te arguya protestando de tus palabras; pero, y sin que me ciegue la pasion, no puedo ménos de tacharlas de injustas: ¿en qué te fundas para denominarla así? ¿Qué has visto eu ella que te dé siquiera el menor motivo para aplicarle ese epíteto? Nada, pues, á lo sumo, una débil tendencia á mostar su hermosura; lo cual, además de discuparla la inexperiencia de sus pocos años, es una tendencia ingénita en casi la totalidad de las jóvenes bellas, y de esto, como ves, existe una gran distancia á esa frivolidad que tú quieres suponerla.

—Veo con sentimiento, amigo mio, que acabará por trastornarte los sentidos esa loca pasion que se ha apoderado de tí y que te hace ver las cosas bajo un prisma enteramente opuesto al por que yo las miro; pero en fin, sigue contemplando el poético cielo de los ojos de tu amada, y déjame vea el deplorable fin de nuestra heroina.

En efecto, los melodiosos acordes de la orquesta habíanse dejado oir, pues iba á comenzar el tercer acto.

Por lo que nuestros lectores habrán podido comprender, el objeto de la polémica sostenida entre el baron y su amigo Enrique, no era otro que la bellísima jóven de quién ántes nos hemos ocupado, como así mismo pues, el baron era á quien ella dirigia sus miradas y sus sonrisas.

Digitized by Google

A mediados del acto empezaron á desalojarse palcos y butacas.

El baron, fijos los ojos en el de su amada, no perdia el más insignificante de sus movimientos; cuando vió que le abandonaban, se levantó, y mientras se ponia el abrigo, dijo á Enrique.

—¿Te quedas?

—Sí.

—Pues adios

Se estrecharon las manos, y el baron, con cuanta rapidez le era en aquella ocasion posible, fué á situarse á la salida de los palcos.

No tardó en distinguir la esbelta figura de Luisa.

Confundiéndose entre la multitud, llegó á colocarse á su lado.

Ambas manos se buscaron, y por la del baron se deslizó un papel que Luisa oprimió rápidamente entre sus dedos.

Sigámosla.

Al aparecer sobre la escalinata, de entre el numeroso grupo de lacayos que allí se hallaban esperando, separóse uno que se apresuró á mandar acercar un magnífico *landó* de cinco luces.

Subieron á él nuestros tres personajes, y cuando se hubieron acomodado, el caballero, dirigiéndose al lacayo que sombrero en mano aguardaba órdenes, dijo:

—A casa.

Digitized by Google

Poco despues los caballos abandonaban el régio coliseo y partian en direccion á la calle del Arenal; atravesaron la Puerta del Sol y entraron en la Carrera de San Gerónimo, deteniéndose en el número...

En medio de las profundas reverencias del portero, cruzaron el anchuroso y elegante portal, y subiendo una cómoda y espaciosa escalera, llegaron al principal, donde Luisa posó un dedo sobre un timbre eléctrico, que á los pocos momentos de dejar oir su metálica voz, atrajo la presencia de un criado que les franquéó la entrada inclinándose á su paso.

Despues de cruzar un pasillo, cuya mullida alfombra enmudecia las pisadas, penetraron en un gabinete, en donde la comodidad y el lujo se daban estrechamente la mano.

—¿Vais á salir? preguntó el caballero dirigiéndose á la señora que parecia ser su esposa.

—Sí, iremos un rato en casa de la de Atienza: ¿y tú, vienes?

—No, yo no puedo, he quedado citado con unos amigos en el Casino.

—Bien, pues vé á vestirte, hija mia, dijo la señora miéntras oprimia el boton de un timbre.

Una doncella se presentó.

—Acompaña á la señorita.

La bella Luisa abandonó la estancia y seguida de la doncella penetró en otro gabinete, donde se res-

Digitized by Google

piraba un ambiente suave y perfumado que deleitaba los sentidos.

Todo aquello parecia ser el santuario de una hada.

El gusto más refinado y la moda más caprichosa, no hubieran tenido nada que pedir.

Luisa se dejó caer sobre un canapé de raso, y dijo á la doncella:

—Que venga Enriqueta.

Aquella salió.

Entonces Luisa se levantó, y aproximándose á un precioso candelabro de plata colocado sobre un velador, sacó un papel y le desdobló.

Era una carta.

Leamos con ella.

«Luisa mia: todo me sonrie, todo me halaga, todo lo entreveo á través de un poético prisma de color de rosa; tu amor es mi cielo; mas dime, Luisa adorada, ¿nos hemos de resignar á estar siempre privados de comunicarnos directamente nuestros mútuos sentimientos? ¡Ah, Luisa! si tú me amaras como yo te amo, no tardariamos en ver abiertas para nosotros las puertas del Paraiso: ¿no cuentas con la fidelidad de Enriqueta? Pues bien, ángel mio, ¿no podria por su mediacion llegar hasta tí y lograr verme así trasportado por un sólo momento á un eden de incomparables delicias, al contemplarme arrobado en el purísimo cristal de tus ojos? ¡Ah, Luisa, sueño tanta dicha y temo despertar!

Digitized by Google

»Adios bella flor de mis ilusiones, no olvides la ansiedad con que espera tus órdenes, el esclavo de tus miradas.

ALFREDO.»

Cuando Luisa terminó la lectura de esta carta, quedó por unos momentos pensativa; el ligero roce de un vestido de seda sobre la alfombra, la hizo volver la cabeza y ocultar aquella con una precipitacion tal, que la hubiera vendido á la mirada ménos perspicaz.

—¡Ah! exclamó, me habias asustado; y estas palabras las dirigió á una jóven de unos veinte á veintiun años, rostro moreno agraciado y un conjunto agradable que se hallaba de pié á pocos pasos de ella.

—Ya sabe la señorita, dijo á la vez que se inclinaba, que puede estar descuidada mientras yo tenga la dicha de encontrarme á su lado.

—Sí, ya lo sé, Enriqueta; pero no sé qué me sucedió que... en fin, ya pasó.

—¿Qué desea la señorita? preguntó la doncella tratando de variar la conversacion.

—Vamos á salir.

Enriqueta, con la habilidad que le era peculiar, *dió una mano* á los hermosos cabellos de su señorita, y cambió su traje por otro de un color más claro.

Pocos instantes despues sonaron unos golpecitos en la puerta de la habitacion.

Digitized by Google

—Adelante, dijo Enriqueta.

La doncella que vimos primeramente se presentó.

A fuer de criada de buena casa, aguardó á que se la preguntara.

—¿Qué quiere V? la interrogó Luisa.

—La señora Marquesa espera á la señorita en sus habitaciones.

—Está bien, contestó la jóven, y dirigiendo una última mirada á un magnífico espejo de tocador, salió seguida de Enriqueta y fué á reunirse con la Marquesa.

A los pocos momentos subian á una berlina, cuyos poderosos caballos arrancaron al trote en direccion á la Puerta del Sol.

Digitized by Google

CAPÍTULO II.

PRELUDIOS DE AMOR.

Serian las once de la mañana.

Poco haria que habia abandonado el lecho el jóven y elegante baron de Rosa-bella, cuando un criado le introdujo una carta.

—¿Aguarda contestacion? preguntó.

—Creo que sí.

—Hazla que pase.

Algunos segundos despues apareció en la estancia la bella Enriqueta, la doncella de Luisa.

—Hola, Enriqueta, exclamó alegremente el baron, ¿qué hay de nuevo?

—Poco de particular, señor baron.

—Pero... ¿no has notado nada en la señorita?

—Sí, señor, parece que está muy preocupada.

—¿Y á tí no te ha dicho...?

—De interés nada.

—¿Crees que accederá á mis deseos?

2

Digitized by Google

—Señor baron, dijo la doncella miéntras desplegaba una leve sonrisa, sin temor de obrar con ligereza, me atreveria á asegurarlo.

—Pues bien, Enriqueta, si logro lo que tanto anhelo, no tendrá límites mi agradecimiento hácia tí.

—Estoy harto recompensada con la distincion con que V. me honra: ¿no tiene el señor baron nada más que mandarme?

—Sí, espera, respondió el jóven, y sentándose ante una mesa-escritorio desdobló y leyó ávidamente el perfumado billete que Luisa le enviaba.

—¡Ah! exclamó levantándose de nuevo y acercándose á Enriqueta, esta noche...

—¿Accede?

—¡Oh, es un ángel! y volviéndose á sentar dejó correr vertiginosamente su mano por un pliego de papel.

Así que terminó, cerróle rápidamente, y sacando una moneda de oro del bolsillo del chaleco, la colocó juntamente con él en las manos de la docella.

—Toma, Enriqueta, ni con la vida te pagaria lo que por mí haces.

—Ya sabe el señor baron, dijo ésta con meloso acento é inclinándose levemente miéntras le enviaba una sonrisa por valor de diez escudos, que le sirvo únicamente por amor á mi señorita y por el afecto que particularmente le tengo:

Digitized by Google

—Gracias, Enriqueta; luego te comunicaré lo que tienes que hacer.

—Cuando el señor baron guste, y si ahora no tiene otra cosa que ordenarme...

—Sí, retírate, ya te abisaré.

—Pues hasta luego.

La doncella salió de la habitacion.

Digamos ahora para mayór claridad quién era el baron y quién Luisa.

Ya hemos dicho que aquel representaba como de diez y nueve á veinte años de edad.

Era de regular estatura y distinguido continente.

Su rostro, sin ser de una correccion perfecta, era agraciado y notablemente simpático.

Su lábio superior, un tanto pronunciado, sombreaba un ligero y aterciopelado bozo.

A través de su ancha y despejada frente y de sus ojos de ardiente y expresiva mirada, se adivinaba un alma soñadora y un corazon de fuego.

Primogénito de una rica y antigua casa de Astúrias, se hallaba en Madrid cursando la noble cuan vulgarizada carrera de la jurisprudencia.

Heredero del título nobiliario que procedia de su ya difunta madre, sus amigos se habian anticipado á concedérsele; seguiremos, pues, adelantándosele tambien nosotros.

Avido de emociones, llegó nuestro jóven á la córde España, deseoso de conocer cuanto de bueno y

Digitized by Google

de malo encierra en su fondo ese profundo pozo, insondable arcano donde todo aparece cubierto bajo una ténue capa de brillante oropel.

Su posicion y su nombre le abrieron simultáneamente las puertas de algunos salones de la aristocracia y alta banca.

En uno de ellos conoció á Luisa, jóven recientemente presentada en el gran mundo, é hija única de los opulentos marqueses de Alsilla.

A su vista quedó ondamente impresionado nuestro héroe, que desde aquel momento se declaró su más rendido adorador.

Luisa, vírgen aún á todo sentimiento que no fuera el tranquilo y apacible afecto á la familia, recibió por primera vez de manos de aquel jóven un billete en donde con vivos y poéticos colores la pintaba el exceso de su pasion.

Luisa leyó aquello sin apenas comprenderlo, mas no obstante, ya su imaginacion empezó á fijarse con demasiada atencion en las maneras finas y desenvueltas de su pretendiente, en su elegante figura, y en otras tantas circunstancias que hasta entonces habian pasado para ella desapercibidas.

Educada constantemente al lado de sus padres y bajo la inmediata direccion de una aya inglesa, no sabia del mundo más que aquello que habian querido enseñarle.

Mas metida de repente en lo más fúlgido del

Digitized by Google

deslumbrador bullicio, y rodeada de una atmósfera completamente para ella desconocida, se halló en un aturdimiento, en el que no la fué al pronto posible darse cuenta de sí.

Vistos los incesantes obsequios con que constantemente la distinguia el jóven baron, que llegó á convertirse en su sombra, y lo halagüeño que por otra parte era á su vanidad de mujer el tener un hombre rico y elegante que por doquier fuera poniendo de manifiesto su gracia y su hermosura, Luisa acogió con benevolencia las reiteradas y sentidas frases de Alfredo, manteniendo desde entonces con él una frecuente correspondencia, siendo mediadora la servicial Enriqueta, su doncella favorita.

En estos platónicos amores llevaban ya un año próximamente con algunas intermitencias, cuándo les hemos presentado á nuestros lectores.

Durante los meses del estío, cuando el jóven estudiante se veia precisado á regresar al lado de su familia, y Luisa, huyendo del calor de la córte marchaba en busca de la refrescante y saludable brisa de una playa, habiase visto interrumpida su correspondencia, para dar motivo á alguna novedad en su próxima entrevista, ya bien culpándose uno á otro, ya suponiendo extravios en las cartas y anatematizando al correo por su mal servicio, ú otros mil artificios, cuyos resultados prácticos eran siempre--perdóname, te amo más que nunca—por parte de él,

Digitized by Google

y—te perdono por esta vez; cuidado con otra—por parte de ella.

Así las cosas, llegó el dia en que nos encontramos.

La pasion de ambos amantes habia ido en progresion ascendente, y no bastando ya á apagar el volcan de su pecho los apasionados billetes y las tiernísimas miradas, buscaban otro medio para mantener la lava en suspension.

Ya hemos visto qué medio era éste.

Alfredo deseaba hablar con su amada, y así sabemos lo solicitó, como asimismo que Luisa accedió á sus deseos.

Veamos ahora de qué modo.

Cuando el baron quedó solo en su habitacion, abrió de nuevo la fausta carta de Luisa, y en los trasportes de su alegría la llevó frecuentes veces á sus lábios oprimiéndola con fuerza convulsiva.

Despues la volvió á leer, procurando dominar su agitacion.

Leamos con él:

«Alfredo: ignoro si voy á obrar bien; tal vez cometa una imprudencia; pero tú lo deseas, y yo accedo. Esta noche á las dos te espero.

»Que Dios me perdone y tenga piedad de tu

LUISA.»

¿Era posible pedir más?

No; Luisa consentia en recibir á Alfredo, iba

Digitized by Google

éste á tenerla á su lado, y era á cuanto él aspiraba.

Difícilmente consiguió dominarse nuestro jóven, y cuando ya un poco más tranquilo, fijó la vista en un reloj que habia sobre la chimenea, asomó á sus lábios una sonrisa y murmuró:

—Hoy habia pensado asistir á clase, pero ¡bah! un dia...mañana asistiré.

Tenia razon el jóven; ¿cómo habia de resolverse á pasar aquel dia en las frias aulas de la Universidad, sufriendo por espacio de hora y media el lento martirio de estar oyendo hablar sobre las prerogativas de los Papas ó la convocacion de los Concilios, cuando en su mente bullia la encantadora perspectiva de una dicha incomparable de un goce sin fin?

Así fué, que no pudiendo permanecer en la inaccion, se levantó, y cogiendo el llamador de la campanilla, tiró de él con fuerza.

Un criado se presentó.

—El almuerzo, dijo.

Pocos instantes despues se sentaba á la mesa con tal inapetencia y tan súmamente ageno á lo que hacia, que no le hubiera sido fácil luego dar cuenta de lo que habia almorzado.

Abandonó el comedor dirigiéndose á su habitacion; entró en ella, y maquinalmente se dejó caer en una butaca al lado de la chimenea.

Digitized by Google

—Chico, ¿qué te pasa que estás tan distraido? oyó que le preguntaban.

Volvió entonces la cabeza y exclamó.

—Adios, Enrique, ¿tú por aquí?

—Pues qué, ¿no te lo habian dicho?

En efecto, un criado se lo habia indicado mientras almorzaba, pero él no lo oyó.

—No... es decir... no sé, ¿tú lo habias encargado así?

—Sí, y por eso me extraña.

—Pues chico, no lo extrañes, porque tal vez me lo hayan dicho, pero...

—¿Qué tienes? le interrumpió su amigo.

—Nada...es decir...un leve dolor de cabeza que... en fin, ya se irá pasando; y tú, ¿has estado en clase?

—Sí, ¿y tú?

—No; me he levantado algo tarde, y luego como te digo, me molestaba un poco la cabeza y lo he dejado.

—Has hecho bien, pues hace un frio glacial y te hubiera perjudicado.

—¿Quieres que salgamos?

—Como gustes, mas si te parece, fumaremos antes aquí un momento hasta que se te acabe de despejar la cabeza,

Sentáronse ambos amigos al lado de la chimenea, y despues de encender unos cigarros, preguntó el baron.

Digitized by Google

—¿Tardaste mucho en dejar anoche el teatro?

—No, en seguida terminó; y tú ¿seguiste á Luisa?

—Tampoco; la ví únicamente á la salida, y acto contínuo me retiré.

Por unos momentos guardaron silencio.

—¿Quieres que tomemos café? pregunto Enrique.

—Bueno.

—Pues iremos á Fornos, allí deben estar Miguel y Ciro.

—¿Les has visto hoy?

—Sí, en la Universidad; por tí me han preguntado, con que si quieres les veremos.

—Vamos, pues, cuando gustes, dijo Alfredo levantándose y en tanto que se ponia un saco ruso y se calzaba los guantes.

Enrique le imitó, y poco despues se encontraban en la calle.

Era ésta la de la Montera.

Tomaron por la de la Aduana, y en breve se hallaron en el concurrido y elegante café de Fornos.

Siguieron por el centro, y Enrique, que iba paseando la vista por las mesas de esta parte, señalando á una, dijo:

—Allí están, y dirigiéronse hácia ella.

Se hallaba ocupada por dos jóvenes de la misma edad próximamente que nuestros amigos.

Saludáronse cordialmente y generalizóse la conversacion.

Digitized by Google

Media hora no habia aún trascurrido, cuando poniéndose en pié Alfredo, dijo:

—Señores, con vuestro permiso voy á retirarme, pues tengo que hacer algunas visitas, y el tiempo convida más bien que á pasear.

Y esto diciendo, estrechó afectuosamente las manos que sus amigos le tendian y se separó.

Salió del café y tomó por la calle de Sevilla en direccion á la Carrera de San Gerónimo.

Ya sabemos dónde iba.

Digitized by Google

CAPÍTULO III.

LA PRIMERA IMPRUDENCIA.

Nos encontramos de nuevo en la aristocrática vivienda de los Marqueses de Alsilla.

Aquella noche habian dado un *thée* de confianza, y ya empezaban á retirarse los convidados.

Un magnífico reloj colocado sobre el blanco jaspe de una chimenea señalaba la una y media.

Los Marqueses y Luisa andaban de un lado para otro haciendo los honores de la casa con la delicadeza que les caracterizaba.

En el rostro de la jóven notábase cierta alteracion, y aunque se esforzaba por aparecer serena, eran, sin embargo, vanos sus esfuerzos.

Al despedirse de una amiga observándolo ésta la dijo:

---¿Qué tienes, querida Luisa? ¿Te sientes mal?

—No, gracias... una ligera indisposicion, el calor sin duda...

Digitized by Google

—Pues querida, estás agitada, trémula, ¿quieres que avise á tu mamá? Mira, aquí viene... Marquesa...

—No, por Dios, Carlota, que no es nada, te lo suplico, ¿á qué ponerla en cuidado?

—En fin, hija mia, como quieras; pero en verdad Luisa, créeme, cualquiera te juzgaria enferma.

—¿Qué quieres, Carlota? decia á este punto la Marquesa aproximándose á las jovenes.

—Nada, decirla adios, contestó la aludida mientras abrazaba á Luisa para ocultar así su turbacion y le decia al oido:

—Serénate, querida mia, y adios.

Escenas como esta, tuvo que sufrir varias la jóven.

Cuando quedaron solas madre é hija, tampoco pasó desapercibida para aquella la situacion de ésta.

—¿Te encuentras mal, hija mia? la preguntó fijando en ella una mirada que parecia querer escudriñar su alma.

—No, mamá, no; un poco fatigada únicamente, y el calor tal vez... contestó con precipitacion la niña forzándose al mismo tiempo por aparecer tranquila.

—Entonces acuéstate, hija mia, y avísame si te sintieras molestada.

—Bien, mamá, descuida, no será nada, adios; y dándola un beso prosiguió, y tú mamá ¿te vas á acostar?

—Sí, Luisa, en seguida, retírate hija mia; y estam-

Digitized by Google

pando un segundo beso en los purísimos lábios de la hermosa niña, la acompañó hasta la puerta de la estancia dejándola al lado de una doncella.

Luisa pasó á su habitacien, donde la esperaba Enriqueta.

Al llegar allí, sintió que le faltaban las fuerzas y se dejó caer casi desvanecida en el canapé.

¡Pobre niña! en su inocencia no comprendia el paso que habia dado, y sin embargo, un secreto instinto se le hacia presentir.

Enriqueta se aproximó rápidamente á ella, y procurando bajar todo lo posible la voz, exclamó:

—¿Qué tiene V., señorita? Serénese V. por Dios que me va á comprometer si llega á enterarse la señora Marquesa, y en tanto la hacia precipitadamente aire con un abanico.

Por fin, Luisa abrió los ojos y los fijó casualmente en una preciosa imágen de la Inmaculada Concepcion, pendiente de uno de los lienzos laterales de la pared.

—Perdon madre mia, murmuró, y sus ojos se humedecieron.

Aquello fué un inmenso desahogo.

Pasaron unos momentos en medio del silencio más solemne.

No se oia más que la desigual respiracion de las dos jóvenes, y el acompasado movimiento de la péndola de un reloj de mesa.

Digitized by Google

Así trascurrieron unos minutos.

Pero el instante se acercaba; el impasible reloj dejó producir dos campanadas.

Luisa exhaló un débil grito y se desvaneció de nuevo.

Enriqueta se iba á precipitar á socorrerla; pero un prolongado silbido que desde la calle llegó á herir sus oidos, paralizó repentinamente sus movimientos.

Escuchó á la puerta.

No se percibia otro ruido que el lejano murmullo que producian los criados, al apagar sin duda las luces de los salones.

—Es preciso, dijo, y con resuelto ademan se dirigió hácia un balcon.

Abrió con el mayor cuidado una de sus hojas, y sacando por entre ellas un brazo, agitó violentamente en el aire un pañuelo; cerróla seguidamente y retrocediendo hasta la puerta, desapareció con el silencio de una sombra.

Trascurrieron diez minutos.

Luisa continuaba desmayada.

De nuevo se presentó Enriqueta, mas no venia sola.

Trás ella apareció la elegante figura del baron de Rosa-bella.

—Sigue desmayada, dijo en voz baja la doncella.

Digitized by Google

—Pues bien, déjame solo, es menester que al volver en sí, solamente á mí me vea.

—Pero...

—Nada, espera en la antecámara.

La doncella obedeció.

Entonces Alfredo se dirigió al tocador de Luisa y tomó de él un botecito de esencia y un abanico.

Se postró de rodillas ante el exánime cuerpo de la niña y aproximó aquel á su nariz.

Su mano temblaba.

Conteniendo en lo posible la respiracion, devoraba con la vista las pálidas facciones de su amada.

Luisa entreabrió débilmente los ojos, mas volvió instantáneamente á cerrarlos.

Alfredo, que la observaba atentamente, dejó entonces la esencia, y mientras la refrescaba el rostro con el abanico, murmuró:

—Luisa, ángel mio, ¿me repeles de tu lado? Vuelve en ti, alma mia, y haz que muera abrasado por el divino fuego que irradian tus pupilas.

La jóven levantó nuevamente los párpados y fijó una mirada de indefinible expresion en Alfredo.

—¿Qué tienes, purísima flor que embelleces mi existencia? ¿Soy yo la causa de tus sufrimientos? Háblame, Luisa adorada, que oiga yo el precioso timbre de tu voz, ó me verás morir de desesperacion á tus piés.

—¡Alfredo! articuló con apagado acento la jóven.

Digitized by Google

—Luisa, ¿por qué sufres? respóndeme, ángel mio.

—Alfredo... no es nada... ya pasó... un desvanecimiento... la emocion... dame agua.

Rápido como el pensamiento, se levantó el jóven y se lanzó á una botella que habia sobre un velador.

Llenó una copa y la aproximó á los secos lábios de Luisa.

Esta la apuró con avidez.

Su respiracion se hizo más pausada, sus ojos fueron recobrando su brillo natural y á sus mejillas volvió á asomar su primitivo color.

—Luisa mia, exclamó Alfredo, que iba notando la metamórfosis por que pasaba su amada; tranquilízate, nada temas, estoy á tu lado, ¿qué te sobrecoje? ¿Qué te asusta?

—Nada, Alfredo, perdóname, fuí débil... pero mira, ya estoy tranquila. ¿Me perdonas mi debilidad? Y al decir esto, la jóven parecia en efecto que se habia reanimado.

A sus lábios asomó una sonrisa y envolvió á su amante en una mirada enloquecedora.

—¡Ah, Luisa idolatrada! ¿Que te perdone dices? ¿Y qué te he de perdonar, pura é inocente paloma, cuando el único culpable soy yo, que he osado profanar tu santuario, quc debia haber sido para mí sagrado? Dime tú que me perdonas, Luisa, ó no estaré tranquilo un momento.

Digitized by Google

—Bien, Alfredo, los dos hemos faltado; que Dios nos perdone á los dos.

—¡Oh, ángel mio! ¿Y qué tal te encuentras ya?

—Bien, ya lo ves, yo ya nada siento ¿y tú Alfredo?

—Yo, ¡ah! ¿qué he de sentir, Luisa mia, sino un fuego inextinguible que me abrasa el corazon? Una pasion loca en que me veo morir por tí; una sed insaciable de tu amor que me ahoga, y al mismo tiempo me inunda de felicidad; una felicidad apenas concebible, pues me hace entrever un cielo á través de tus radiantes pupilas; y al expresarse así Alfredo, que permanecia postrado á los piés de Luisa, la oprimia una mano entre las suyas.

—Alfredo mio, yo no sé qué siento al escucharte, quisiera hablar y no puedo, ¡soy tan feliz oyéndote expresar así!

—Pues bien, Luisa mia, dijo Alfredo cuya exaltacion iba aumentando por momentos, eso es que me amas; eso es que en tu pecho arde la misma pasion que á mí me consume; eso es, en fin, que nuestras almas están unidas por un mismo lazo, están estrechamente enlazadas por ese sagrado vínculo á que se llama amor; ¿no es cierto, adorada mia, que sientes agitarse tu corazon á impulsos de ese sublime sentimiento?

—No sé, Alfredo, te quiero y... no sé más; y la niña llevóse al decir esto una mano al corazon ele-

Digitized by Google

vando sus ojos al cielo como si quisiera demostrar que la faltaban frases con que expresarse.

El baron, en un arranque irreflexivo, oprimió contra sus lábios la preciosa mano que retenia entre las suyas.

—¡Oh, Luisa! exclamó, mientras atraia hácia sí dulcemente el rostro de la jóven, á tu lado me siento trasportado, renace en mí una nueva existencia, y llega mi fantasía hasta el punto de creerme elevado á un paraiso, al paraiso de tu amor.

Y el jóven, que sentia en su rostro el embalsamado aliento de Luisa que cual fluido eléctrico hacia hervir la sangre en sus venas, rodeó con un brazo la flexible cintura de su amada, y como arrastrado por una corriente magnética, unió los suyos á los purísimos lábios de la niña y estampó en ellos un beso en el que parecia iba envuelta su alma.

Luisa, que hasta entonces habia parecido como presa de un poderoso influjo que la impedia articular ni producir el más leve movimiento, al sentir la dulce presion de los ardorosos lábios de Alfredo, un vértigo oscureció su vista é instintivamente abrió su boca recibiendo en ella el abrasador aliento del jóven, que cual lengua de fuego, sintió que la quemaba el corazon.

Luego maquinalmente separó hácia atrás su cabeza, que vaciló un momento, hasta que por fin fué

Digitized by Google

á reclinarla lánguidamente sobre un hombro de su amante.

Alfredo, que sentia agitarse violentamente su pecho á impulsos de tan fuertes emociones, estrechaba convulsivamente entre sus brazos el inmóvil cuerpo de su amado.

El perfumado aliento de la jóven, que aspiraba con delicia, le enloquecia.

De repente, y como movido por un resorte, oprimió entre sus manos el esbelto talle de Luisa; la separó de la postura en que se hallaba, y contempló afanosamente aquella dulce languidez.

Los apagados ojos de la jóven, su densa palidez y su boca entreabierta exhalando eflúvios de ambrosía, acabaron de trastornar la razon de Alfredo.

Un extremo enervamiento invadió todos sus músculos, y la febril agitacion de que era presa debilitó hasta tal punto las fuerzas de sus brazos, que no pudiendo sostener entre ellos el inerte cuerpo de Luisa, la dejó caer suavemente á lo largo del canapé.

Esta permanecia como extasiada.

El abandono en que se hallaba, la morvidez de sus desnudos brazos, la nítida blancura de su garganta y la turgencia de su palpitante seno, hubieran perturbado los más perfectos sentidos.

Alfredo la contemplaba ébrio, delirante... y ya no fué dueño de sí.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO IV.

ESCENAS SUELTAS.

Ocho dias pasaron.

El cielo habia amanecido sin que una nube empañara su límpido y trasparente azul.

El sol brillaba en todo su explendor.

Era uno de esos dias tan frecuentes en el mes de Enero en Madrid, en que parece que todo convida á los desocupados á disfrutar de lo apacible de ru temperatura.

En los paseos de Recoletos y la Castellana comenzábase á notar una extraordinaria animacion.

Entremos en el primero.

Ocupando unas sillas á la izquierda del paseo, se encontraban tres conocidos nuestros.

Eran Enrique y los dos amigos con quienes le dejamos en el café de Fornos.

Oigamos lo que hablaban.

—Pues ciertamente, señores, decia Enrique, que

Digitized by Google

no me explico lo que le sucede al baron; él no asiste á clase, no sale apenas de casa, segun nos dice, y cuando alguna tarde voy á verle, jamás le hallo, sin que hasta ahora haya podido conseguir me descubra lo que hace.

—Le habrá dado *carta de pago* Luisa, objetó uno de los amigos.

—No, hombre, si el caso es que se encuentra satisfecho como nunca; pero me extraña su reserva, cuando antes todo nos lo referia y consultaba.

—Pues yo creo, dijo el otro amigo, que debe haberle dado algun disgusto Luisa, y rehuye nuestra compañía por temor de que se lo conozcamos, porque él es un tanto vano, y se veria naturalmente mortificado.

—Dispensa, querido, que no opine como tú, replicó Enrique, pero no sé por qué, me parece que no debe ser nada de eso.

—Pues entonces no alcanzo á qué viene...

—En fin, chicos, ya lo sabremos, quizás estemos juzgando muy á la ligèra y estribe en cualquiera otra causa su conducta, agena completamente á lo que nosotros suponemos.

—Miradle donde viene, exclamó á este tiempo el que primeramente habia objetado á Enrique, y señalaba á un ginete que, sobre un caballo blanco, avanzaba al trote en direccion á la Fuente Castellana.

—Veremos si anda muy lejos ella, repuso Enrique.

Digitized by Google

En efecto, á los pocos momentos, una lujosa carretela, arrastrada por dos yeguas alazanas, cruzaba ante ellos conduciendo á la Marquesa de Alsilla, su preciosa hija y otra jóven de alguna más edad.

Luisa ocupaba la delantera.

—Si quereis, podemos observarles, dijo entonces Enrique.

—¿Y cómo?

—Desde un carruaje de punto.

No hablaron más.

Abandonaron los asientos y se dirigieron hácia la Cibeles.

Poco tuvieron que andar.

Frente á ellos pasaba uno desalquilado.

Ocupáronle.

El auriga siguió por la Castellana.

No tardaron nuestros amigos en tornar á ver á Luisa.

Observáronla.

Parecia agradablemente entretenida en la conversacion con su mamá y amiga; mas notaron que su mirada se elevaba sobre las cabezas de sus interlocutoras.

Entre sus manos daba constantes vueltas á un pañuelo.

En esto pasó Alfredo.

—Van hablando, indicó Enrique.

—Sí, y muy entusiasmados.

Digitized by Google

—Ya ves, pues, que han resultado falsos tus juicios, Miguel.

—Pues amigo mio, repuso el así nombrado, entonces, Alfredo nos está ofendiendo á todos con su falta de confianza.

—Dispensadle, queridos mios, como yo le dispenso, prosiguió Enrique, porque estoy seguro que no es suya toda la culpa; esa niña le tiene subyugado y ya le he pronosticado yo que le ha de proporcionar más de un disgusto.

—Ese en seguida se obceca, insistió Miguel.

—Ciertamente, afirmó el otro, que para mayor claridad, y por si no lo recuerdan nuestros lectores, diremos que se llamaba Ciro.

—Señores, preciso es confesar que Luisa es acreedora á eso y mucho más, interrumpió Enrique, y no hay que extrañarlo, pues, en Alfredo.

—Yo no concedo á ninguna mujer tanta preponderancia, hasta el punto de que absorva á un hombre todas las horas del dia.

—Querido Ramirez (este era el apellido de Miguel), no hables tú acerca de eso, pues que tenias que empezar por reprocharte á tí mismo; estuviste con Leonor que no sabias separarte de ella, y ahora Angelita es raro el momento que te deja libre.

—Porque yo quiero; porque no tengo otra cosa que hacer; pero que jamás por ellas he faltado á un compromiso.

Digitized by Google

—Vaya, de eso, aún podríamos hablar.

—No, señor, lo niego absolutamente; yo podré estar á su lado una, dos, tres, cinco horas si gustais, pero es cuando lo hago por mera via de distraccion.

—En fin, dejemos esto, me doy por convencido; pero saca unos cigarros.

Ramirez, haciendo un gesto amistoso que equivalia al calificativo de «gorrista,» sacó sonriendo del bolsillo del chaquet una cartera-petaca, y ofreció á cada uno un cigarro.

Durante unos minutos guardaron silencio.

—Pronto dan la vuelta, dijo Ciro que ocupaba la delantera.

—¿Están ya ahí?

—Sí; adios baron, añadió saludando con la mano á Alfedro que cruzaba próximo á ellos.

Este detuvo el trote de su caballo y se acercó al carruaje.

—¿Hola, señores, vosotros por aquí? exclamó:

—Sí, aquí nos tienes, contestó Enrique, y ya vemos que vas muy entretenido.

—Ya os podeis figurar si iré, repuso ronriendo el enamorado jóven.

—Te tenemos que ajustar unas cuentas, querido Alfredo, le dijo Ciro.

—¿A mí? ¿Y con respecto á qué?

—Ya te lo diremos; pero anda, vete, no pierdas el tiempo.

Digitized by Google

—Esperaré á que vuelva.

—A propósito, Alfredo, le preguntó Enrique, ¿dónde diablos te metes que apenas se te vé?

—Pchs, cuándo en una parte, cuándo en otra; lo cierto es que no sé dónde se me vá el tiempo.

—Dime, Alfredo, le interrumpió Miguel, ¿quién es la que acompaña á Luisa?

—Una amiga suya, Cecilia de Santaró.

—¿Sabes si tiene amores?

—No sé, chico, pero qué, ¿te gusta?

—Hombre, por hacerte compañía, la haria el amor.

—Gracias, querido, pero aquí vienen: ¿dónde nos veremos?

—Despues de comer, en Fornos.

—No faltaré; adios.

A tal punto, la curretela de Luisa pasó rápidamente por delante de ellos.

Alfredo se lanzó detrás.

Dejémosles y sigamos á los tres amigos.

Así que se hubo separado Alfredo, preguntó Enrique á Migual.

—Pero qué, ¿vas á hacer la córte á la amiga de Luisa?

—Hombre, si tuviera ocasion de hablarla, lo pensaria.

—Pues nada más fácil, procura indagar á dónde concurre, y busca los medios de introducirte tú.

Digitized by Google

—De lo primero me enterará Alfredo, y despues... ya veremos.

—Pero ¿qué fin te propones?

—Primeramente, ver si logro descifrar la conducta del baron, y en segundo lugar... pasar el rato, y... ¡quién sabe!

Enrique miró fijamente á su amigo.

—No eres franco, querido Miguel, le dijo, tú algun fin directo te llevas.

—Te aseguro...

—¡Bah!

—En fin, sea lo que fuere, ya lo sabeis: ¿á dónde nos dirigimos?

—Donde gusteis.

—Pues nos apearemos en la Puerta del Sol.

Así se lo indicaron al cochero.

Todos guardaron silencio.

Volvieron á ver á Alfredo, que les envió un afectuoso saludo.

Poco despues despedian el carruaje.

—Y ahora ¿qué hacemos? preguntó Ciro.

—Yo, señores, voime á casa, dijo Enrique, despues nos reuniremos en Fornos.

—Pues hasta luego, repuso Miguel, nosotros nos quedamos por aquí otro ratito.

Tendió Enrique ambas manos á sus amigos y se separó, dirigiéndose hácia la calle de la Montera.

—Y nosotros, ¿dónde vamos? preguntó Ciro.

Digitized by Google

—Por aquí, respondió Miguel, y cogiéndose del brazo de su amigo, siguieron por la Carrera de San Gerónimo.

Subieron hasta frente á la iglesia de los Italianos.

—Mira, dijo entonces Miguel, si no tienes ningun inconveniente, esperaremos dando por aquí unas vueltas á que vuelva Luisa.

—Pero ¿qué te propones?

—Ya os lo he dicho, hacer el amor ó el *oso*, como más te guste, á su amiga.

—En fin, me alegraré que tengas buenas suerte.

—Gracias.

Prosiguieron sus paseos.

Así trascurrió cerca de media hora.

Por fin, por la calle de Cedaceros desembocaron las hermosas yeguas que arrastraban la expléndida carretela de los Marqueses de Alsilla.

Fueron á detenerse ante la puerta de la casa.

Al apearse, notó Luísa que dos jovenes, detenidos á pocos pasos del carrnaje, la miraban con insistencia.

Eran, como supondrá el lector, Miguel y Ciro.

Al atravesár el umbral de la puerta, envió aquella una dulce sonrisa á un ginete que en aquel momento entraba en la calle por el mismo camino que ella habia traido.

Era el Baron de Rosa-bella.

Digitized by Google

Tambien le distinguieron sus amigos, que se acercaron á él.

—Ya veo que comienzas tu empresa, dijo Alfredo sonriendo á Miguel.

—Ya veremos cómo acaba, le contestó éste de la misma manera.

—Celebraré sea con el más feliz éxito.

—Gracias, querido.

—Con que luego, en Fornos ¿eh?

—Sí.

—Pues hasta luego.

—Adios.

Se separaron.

Miguel y Ciro entraron por la calle de Cedaceros, y Alfredo siguió en direccion á la Puerta del Sol.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO V.

DONDE VEREMOS CÓMO MIGUEL APROVECHABA EL TIEMPO.

Era Jueves; dia de recepcion en casa de los Marqueses de Alsilla.

Los salones estanban cuajados.

Parecian una inmensa áscua de oro.

El de baile principalmente, presentaba un aspecto maravilloso.

Por aquí y por allá pululaban mil elegantes parejas, cuyos rostros resplandecian de hermosura y felicidad.

Pero entre estos dichosos séres, no hay que decir que eclipsando áun á lo más selecto de tan escogida sociedad, brillaria la deslumbradora belleza de la hija de los señores de la casa.

En efecto, allí debia hallarse, confundida en aquel revuelto mar, entre cuyo incesante oleaje bullian las más encontradas pasiones.

Busquémosla.

Digitized by Google

Se bailaba un rigodon.

Luisa se encontraba de cabecera en uno de los cuadros del centro.

A su lado un jóven, en cuyos ojos se notaba un mal reprimido deseo, la hablaba con marcada expresion de interés.

Representaba como de veinte á veintiun años de edad.

Vestia con esquisita elegancia y admirable desenvoltura.

Sus facciones, perfiladas por una fina y sedosa barba, un tanto pálidas, pero correctas y hermosas, pudieran muy bien haber servido de modelo para una cabeza del divino Rafael.

En su mirada fija y penetrante se percibia un vivo destello, que á primera vista indicaba la gran preponderancia que sobre todas sus facultades ejercia la del sensualismo.

Este jóven de tan interesante figura, era Miguel.

¿Cómo se encontraba allí?

Valiéndose de unos y otros, no le fué difícil conseguir su introduccion en aquella fastuosa morada.

Fué presentado á los Marpueses y á su hija.

De ésta solicitó el honor de un rigodon.

¡Qué cosa más natural!

Entraba por primera vez en aquella casa, y era un deber de galantería rendir culto á su bellísima dueña.

Digitized by Google

Ya vemos, pues, por qué le hemos hallado llevando de la mano á una de las primeras joyas del gran mundo.

Pero... ¿y Alfredo?

Por una medida de tal vez nociva prudencia, no entraba en casa de Luisa.

Mas sigamos á ésta

A la derecha de Miguel, para todos tenia una amable sonrisa y una seductora mirada.

Entre tanto éste, proseguia expresándose, como hemos dicho, con señalado calor.

Oigamos, pues, qué le decia.

—Señorita, perdóneme V. si me atrevo á rogarla me conceda el honor de escucharme un momento, aunque tal vez le sea enojoso, lo que me veo en la absoluta necesidad de decirla.

—Ya le escucho.

—¡Ah! Noto en V. una indiferencia que me hace sufrir horriblemente.

—¿Indiferencia? No; presto á V. la mayor atencion.

—Pues bien, Luisa; he venido aquí con el único objeto de saber á qué atenerme, y sería agravar mi desgracia si despreciara esta feliz ocasion que la fortuna me ha otorgado. Yo, Luisa, hace largo tiempo que en V. únicamente sueño, desde que tuve la inefable dicha de ver á V., que el recuerdo de su preciosa imágen no se ha borrado de mi mente un sólo

Digitized by Google

instante; amo á V. con ciego frenesí y la suplico por lo que le sea más sagrado en el mundo, me desengañe de una vez, y me diga lo que puedo esperar de este insensato amor.

Miguel calló.

Iba á responder Luisa, pero se detuvo, pues la tocaba dirigir una figura.

Cuando hubieron terminado, Miguel prosiguió:

—Luisa, por piedad siquiera, hable V.

—Pues bien, caballero, voy á hablarle con toda la sinceridad de que soy susceptible. Agradezco á V. el interés que por mí manifiesta, y créame, siento verdaderamente verme precisada á desorientar sus esperanzas; pero no me es posible conceder á V. otra cosa que mi amistad, atreviéndome á suplicarle no insista más, pues me haria sufrir ver que no puedo otorgarle lo que me pide; y no solicite explicaciones, porque tampoco puedo dárselas. No hablemos, pues, más de esto, y yo espero que al fin logrará V. darme al olvido.

Miguel la escuchaba estupefacto. No esperaba una contestacion tan explícita y que tan poco lugar daba á un segundo ataque.

—¿Olvidarla? ¡Nunca! acertó á decir; mis lábios callarán, pero en mi pecho vivirá eternamente el recuerdo de su nombre.

Luisa guardó silencio.

Digitized by Google

Terminado el rigodon, Miguel la dejó en el lugar que ella le indicó.

Al separarse, se sentia mortificado, pero procuró olvidarlo.

—Veremos la otra, murmuró; y fué paseando la vista por toda la concurrencia; al fin debió encontrar lo que buscaba, porque dijo:

—Allí está: y se encaminó hácia un grupo de jóvenes que conversaban alegremente.

Se acercó á una de ellas y con galante entonacion solicitó el próximo cotillon.

Le fué concedido.

Por si nuestros lectores no lo han adivinado, diremos que era Cecilia de Santaró, la amiga de Luisa, de quien oimos hablar á Alfredo.

Poco despues, la orquesta preludiaba el baile anunciado.

Todos se pusieron en movimiento.

Miguel se acercó de nuevo á Cecilia.

—Doy mil gracias á Dios porque al fin logré lo que tanto anhelaba; la dijo así que se hubo cogido de su brazo.

—¿Y qué era eso? le preguntó ella con un acento lleno de gracia.

—Poder hablar á V. libremente. Quince dias hace que por vez primera la ví en la Castellana. Iba V. en compañía de Luisa. Desde entónces, mi único afan ha sido el proporcionarme la incomparable

Digitized by Google

dicha de acercarme á V. De verla con Luisa, inferí que en esta casa la hallaria, y felizmente he visto realizados mis más ardientes deseos, despues de unos dias de tan crueles martirios.

—¿Y únicamente por verme ha sufrido V. tanto? volvió á preguntarle la jóven con un si es no es de burla.

—Ah, no sea V. cruel, señorita, no se mofe V. de mí, pues que me hiere en lo más íntimo de mi alma. Si deseaba verla, si anhelaba hablarla, es porque me es ya imposible sofocar por más tiempo la mortal ansiedad que me devora, es porque necesitaba verla y arrojarme á sus piés pidiéndola una frase de compasion, porque yo adoro á V., Cecilia, con ciega idolatría, desde el feliz instante en que tuve la dicha de admirarla y ya no aspiro á otro cosa sino á saber cómo es acogido por V. cuanto la digo, que es lo que siento.

Ante esta declaracion *á boca de jarro*, se sintió un tanto turbada Cecilia, como le habia sucedido á Luisa, únicamente que ésta á más de que le era completamente indiferente, tuvo tiempo para reponerse y obrar con plena discrecion.

Cecilia, por más que por el exordio comprendió de qué clase de asunto se iba á tratar, no obstante, el fuego con que Miguel parecia expresarse, llegó á inmutarla.

Mas poco tardó en serenarse.

Digitized by Google

—Calla V, prosigió aquel imperturbable, viendo que la jóven permanecia silenciosa; ¿no me considera V. digno de merecer una contestacion? ¿Qué debo pensar de su silencio? ¡Ah, Cecilia, por compasion respondame V.!

—Caballero, dijo al fin la jóven un tanto repuesta de su primera turbacion, no me es posible ahora dar á V. una contestacion categórica, así que le suplico me dispense me abstenga de ello en este momento.

—¡Ah! ¿con que puedo esperar? ¿Con que aún no pertenece á nadie su corazon? exclamó como arrebatado por una febril alegría. ¡Oh! Cecilia, dígame V. qué he de hacer para merecerle, y no habrá sacrificio ni obstáculo, por insuperable que parezca, que yo no venza alentado por tan hermosa esperanza.

Cecilia guardaba silencio.

Miguel, que queria asegurarse en su triunfo, prosiguió aún expresándose con ficticio entusiasmo, hasta que, conociendo que hablar más hubiera sido exponerse á perderlo todo, calló.

La vista suplió á la lengua.

Así pemanecieron cinco minutos.

Cesó el baile.

Describamos ahora á Cecilia.

Su talle era esbelto.

Unos ojos negros, grandes y rasgados, velados por largas y sedosas pestañas, una tez de un more-

Digitized by Google

no claro y una boca pequeña circundada de unos dientes blancos y brillantes, que dejaban en descubierto al plegarse sus hechiceros lábios, entraban á formar parte de un rostro ovalado y encantador.

Si se añade á esto unos cabellos negros y abundantes peinados con admirable coquetería, se comprenderá que no era del todo desagradable á Miguel la revancha.

Solicitó otro baile y obtuvo un rigodon.

Llegó el deseado momento.

Cecilia se cogió nuevamente del brazo de Miguel.

En su rostro se notaba una ligera alteracion.

Áquel empezó con doble insistencia, su empeñada lucha.

Ella sólo le respondia con monosílabos ó algunas lacónicas frases.

Parecia preocupada.

Miguel creyó estaba reflexionando.

Por fin terminó el rigodon.

Al conducirla de nuevo al lado de sus amigas, clavó Cecilia una intensa mirada en el jóven y le preguntó:

—¿Está V. dispuesto, como dice, á darme pruebas de su amor?

—Cuantas V. desee, contestó irreflexivamente Ramirez.

Digitized by Google

—¿Por extrañas que le parezcan?

—Y por imposibles que sean.

—Pues bien, entónces es preciso que haga V. el amor á Luisa.

—¡Cómo!

—¿Conoce V. al Baron de Rosa-bella? prosiguió ella sin hacer alto en la natural admiracion de su pretendiente.

—Sí.

—Pues bien, el dia que los amores de Luisa de Alsilla y Alfredo de Rosa-bella hayan terminado, suyo será mi corazon.

Y haciéndole un gracioso saludo en donde iba envuelta una provocativa sonrisa, fué á reunirse con sus amigas.

Miguel quedó anonadado.

Nunca hubiera esperado semejante proposicion.

¿Qué fin pretendia la jóven al querer destruir aquellos amores?

¿Estaria enamorada de Alfredo é intentaria atraerle hácia sí desviándole de Luisa, ó seria únicamente una mera venganza teniendo por objeto hacer sufrir á ésta, por particulares rencillas?

Todo esto se lo preguntó á sí mismo Miguel y confesó que era preciso reflexionarlo.

¿Le detendria el hacer traicion á Alfredo? Ya hemos visto, que, aunque ignoramos con qué fin, ya lo habia él intentado por cuenta propia.

Digitized by Google

¿Escucharia Luisa una segunda declaracion?

El suponia que nò.

Altamente preocupado, abandonó aquellos régios salones y se dirigió hácia su casa.

Digitized by Google

CAPÍTULO VI.

LAS DOS AMIGAS.

Serian las dos de la tarde.

El tiempo estaba lluvioso.

En una de las habitaciones exteriores, y sentada ante un precioso piano, se hallaba la encantadora Luisa.

Ejecutaba unas melodías de Beethoven con admirable perfeccion.

Sus dedos, cuya blancura superaba á la de las teclas mismas, se movian con una rapidez prodigiosa.

Vestia una elegante bata de seda y lana adornada de encajes blancos.

Su cabello, graciosamente recogido y aprisionado bajo una sencilla red, caia hasta cerca de su esbelta cintura.

En su hechicero rostro, se notaba la más completa satisfaccion,

Digitized by Google

De vez en cuando, asomaba á sus lábios una ligera sonrisa, que al desplegarse, ponia á descubierto aquel inapreciable tesoro de perlas.

Sin duda pensaba en su amante.

La última modulacion de una nota se escapaba bajo la dulce presion de sus dedos, cuando se alzó levemente la cortina que cubria la entrada y apareció una doncella diciendo:

—La señorita de Santaró.

Luisa abandonó rapidamente el piano y recibió en sus brazos á su amiga.

—Supuse que no saldrias y he querido estar un rato en tu compañía, le dijo la hermosa Cecilia dándola un cariñoso beso.

—Gracias, Cecilia; tambien yo habia pensado pasar á verte y sólo esperaba á saber si mamá, tenia intencion de salir.

—Pues aquí me tienes y me congratulo de haber podido evitarte esa molestia.

—¡Molestia! qué injusta eres; pero en fin, ven, sentémonos y hablaremos; y ambas jóvenes se acomodaron en una marquesita á la derecha del balcon y enfrente del piano.

—¿Cómo no fuiste anoche al Teatro? preguntó Luisa á su amiga.

—Porque papá anda ahora muy ocupado y no pudo acompañarme.

—¿Y por qué no viniste con nosotros?

Digitized by Google

—¡Phs! igual me dá, ya ves que si tuviera grandes desos, me llevaria Conrado.

—Cierto, pero por si querias venir comigo...

—Gracias, Luisa; ¡ah! ¿Sabes que tengo que referirte una cosa?

—¿Cuál?

—Pues nada, que el Jueves, de buenas á primeras, me declaró un jóven un amor tan ardiente, que llegué á temer se abrasara con tanto fuego.

—¡Hola! ¿Y quién és? ¿Le conozco yo?

—Un tal Miguel Ramirez, que creo fué presentado aquella misma noche en esta casa.

—Já, já, já, prorrumpió alegremente Luisa.

—¿De qué te ries?

—Del buen humor de ese jóven; voy creyendo que hizo el amor á cuantas pudo hablar.

—¿Te lo hizo á tí? preguntó un tanto contrariada Cecilia.

—¡Bah!

—Vamos, Luisa, no seas jactanciosa.

—Qué niña eres, ¿le has vuelto á ver?

—Sí.

—Y, ¿os habeis hablado ó te ha escrito?

—Sí; y me ha jurado que soy la única á quien él ha amado y requerido frases de amor.

—¡Bah! ¿Y tú le crees?

—Y miéntras no tenga pruebas de lo contrario...

Digitized by Google

—Pero bien, Cecilia, ¿no te digo que tambien á mí me habló de amor?

—¿Y tú?

—Ya debes comprender cuál seria mi respuesta.

—Sí, ya, repuso Cecilia con irónica entonacion, le dirias que era poco para tí ó cosa parecida.

—¡Cecilia! le interrumpió Luisa ofendida en su modestia; ¿tal me crees?

—¡Hablas de él con tal desprecio!

—¿Con desprecio yo? ¿En qué te fundas? Te he dicho que debias comprender mi respuesta, porque yo no puedo amar á otro hombre que Alfredo.

—¡Ah!

—¡Así, ya ves...!

—Perdóname Luisa; he sido injusta, me reconozco.

—No es necesario, querida Cecilia, tus palabras me duelen pero no me ofenden.

—Y desde entónces, prosiguió Cecilia con estudiada naturalidad, ¿le has vuelto á ver?

—Sí, y eso me extraña doblemente; todas las tardes poco ántes de las cuatro se entretiene en dar paseos por la acera de enfrente, sin que yo sepa qué espera.

—¿Todas las tardes dices?

—A lo ménos, dos ó tres, que me ha dado la idea de asomarme á los cristales, ahí le he visto.

—¿De modo que hoy...?

Digitized by Google

—Le verás ciertamente.

—Pues bien, querida Luisa, exclamó Cecilia con fingida expresion de calor, quiero convencerme de si ese hombre pretende burlarme, y entónces... sabré darle su merecido.

—Pero, él, ¿te escribe? preguntó Luisa vivamente interesada por su amiga.

—Sí, me ha enviado una carta, solicitando mi correspondencia.

—Y tú ¿le has contestado ya?

—No, pero...

—¿Le amas?

—¡Oh! No sé..

—Pues bien, querida Cecilia, dijo Luisa cuyo interés iba en aumento á medida que se expresaba su amiga, es preciso saber ántes de todo, qué se propone ese hombre y luego, obrar conforme convenga.

—Segun eso, ¿podré contar contigo, Luisa mia? la preguntó Cecilia con acento de tierna súplica.

—¡Conmigo, Cecilia! ¿Y lo has dudado? contestó la hermosa niña posando en su amiga una mirada de dulce reconvencion.

—¡Ah, gracias, Luisa querida! exclamó esta poseida de una extraña alegría, y rodeando la flexible cintura de la niña con sus mórvidos brazos, estampó un beso en sus lábios.

Aquel fué el beso de Judas.

Digitized by Google

Luisa la correspondió con otra igual demostracion, que nacia en el fondo de su alma.

¡Pobre niña! ¡Cuán fácilmente habia caido en el lazo que su pérfida amiga la tendia!

Como tendremos ocasion de ver, todo aquello no era más que un incentivo, para excitar los angelicales sentimientos de Luisa y obligarla por este medio á secundar sus planes.

Bajo el bellísimo rostro de Cecilia, se ocultaba un alma, que encerraba el más pobre de todos los sentimientos: la envidia.

Era hija de un brigadier, cuya posicion la debia únicamente á su espada.

Viudo hacia ya cuatro años, vivia en compañía de Cecilia y otro hijo teniente de artillería, en un principal de la calle de Hortaleza.

Aunque no podia compararse con el fausto que rodeada á Luisa, sin embargo, tenian la casa lujosamente amueblada y poseian un carruaje, casi exclusivamente para el servicio de Cecilia, pues que el brigadier y su hijo, raras veces le usaban.

Estaban relacionados con todo lo mejor de la córte, por cuya causa, aquella, alternaba con las hijas de las principales casas de la aristocracia y alta banca.

Particularmente, habia simpatizado con Luisa.

Pero habia comenzado á mortificarle el deslumbrador aparato que á esta rodeaba, así como los in-

Digitized by Google

cesantes obsequios de que constantemete era objeto, por parte de los más escogidos jóvenes de la buena sociedad.

Vió últimamente el cariño que profesaba á Alfredo, y las contínuas pruebas que éste la daba de rendirla la más ciega adoracion, y esto exacerbó más su ruin pasion, hasta el punto de desear satisfacerse humillándola.

¿Cómo lo habia de conseguir?

Haciendo de modo que Alfredo la abandonara; y eso era lo que por tan bajos medios intentaba.

Hacia ya dias que estaba en connivencia con Miguel y obraban de comun acuerdo.

Pero no alteremos los sucesos y prosigamos el hilo de nuestro cuento.

—Vamos Cecilia, dijo Luisa hondamente afectada y engañada por las falsas demostraciones de aquella; no seas niña, ¿por qué me das gracias? ¿No somos amigas? ¿No nos amamos como hermanas? Pues entónces, ¿qué haré yo por tí que tú por mí no hicieras?

—Tienes razon, querida Luisa, pero... en fin, ya ves, es natural.

—Bien; dejemos esto.

—Como tú gustes, querida, ¿quieres que toquemos un poquito el piano? Así haremos más agradable el tiempo, hasta las cuatro, hora en que dices acostumbra á venir él por aquí; y levantándose acto contínuo, se aproximó á él.

Digitized by Google

—¿Qué estabas tocando? prosiguió diciendo miéntras ocupaba la banqueta.

—Esas melodías, dijo Luisa, sentándose á su lado, é indicando unos papeles que habia sobre el sostenedor.

Cecilia dejó correr los dedos por el teclado.

Despues tocó varias piezas con no mala ejecucion.

Sin embargo, á pesar suyo, en sus manos notábase una agitacion que la hubiera vendido á una persona prevenida y más suspicaz que la cándida niña que entónces la contemplaba.

—Eres una aturdida, la dijo cariñosamente, viendo que daba algunas notas en falso unas veces, y se equivocaba otras.

—Ay, hija, estoy fatal, exclamó Cecilia cesando de repente y fingiéndose mal humorada, para fundar en algo su entorpecimiento, toca tú, porque si yo prosigo voy á terminar por desafinar el piano.

—Yo tambien tengo dias en que no doy una nota bien, dijo Luisa queriendo disculpar la torpeza de su amiga, y eso debe consistir en el poco ó mucho gusto con que se tome.

—No sé, pero yo ahora no tengo motivos para estar disgustada, y sin embargo...

—Toma, exclamó con una ingenuidad encantadora Luisa, de eso, ¿qué sabes tú? muchas veces me parece que estoy tan alegre y á lo mejor, pienso en

Digitized by Google

Alfredo ó por cualquiera otra cosa, y de repente me pongo de un humor insufrible.

—Pues qué, preguntó con extrañeza Cecilia, ¿siempre que piensas en Alfredo te pones de mal humor?

—Siempre no; pero mira, me acuerdo, por ejemplo, de que en el teatro volvió una vez la cabeza, y me digo, ¿por qué la volvió? Y de pensarlo siempre acabo por entristecerme.

—¡Bah! qué niña eres, ea, vamos, toca un poquito.

Luisa se apresuró á dar gusto á su amiga.

Ejecutó con admirable gracia todos los papeles que halló á la mano.

Así trascurrió cerca de una hora.

Cecilia, dirigiendo una mirada á un relój que habia sobre la chimenea, dijo:

—Las cuatro y cuarto, y asomándose al balcon añadió: pues aún no se le vé.

Demasiado sabia ella que no iria; pero eso entraba en sus planes.

—Es extraño, murmuró Luisa, es rara la tarde que falta, pero en fin, me alegraria que yo me hubiera equivocado; mas por si acaso, bueno es que estemos de acuerdo.

—Bien, pues tú me comunicarás lo que vaya ocurriendo, dijo Cecilia miéntras se ponia el sombrero frente á un espejo.

—¿Te vas ya? la preguntó Luisa.

Digitized by Google

—Sí, querida, me estará esperando papá.

—¿Cuándo nos volveremos á ver?

—Cuando gustes; mañana te espero en casa ó vendré yo; como quieras.

—No, mañana me corresponde á mi.

—Pues bien, hasta mañana.

Las dos amigas se confundieron en un estrecho abrazo y un doble beso rosonó en la estancia.

Luisa oprimió un timbre.

Una doncella se presentó.

—Acompañe V. á la señorita hasta el caruaje, la dijo.

—Hasta mañana, Luisa.

—A Dios, Cecilia.

Esta salió seguida de la doncella.

Poco despues sintió aquella el ruido del carruaje que se alejaba.

Digitized by Google

CAPÍTULO VII.

SIGUE ADELANTE EL JUEGO.

—Vamos, no sea V. guason, y al grano.

—Bueno, hija mia, al grano y á la espiga y á donde tú quieras iré yo por tí, suspiro de gloria.

—Pues bien, la señorita me ha encargardo le diga, procure V. enterarse pronto del contenido de esa carta y que no pierda V. el tiempo.

—Bien, pimpollito, puedes decir á tu señorita que solamente por oir yo sus deseos de una boquita tan mona...

—Ea, ó habla V. con formalidad, ó me voy.

Esta conversacion tenia lugar en una de las aceras de la calle de Hortaleza, sostenida como habrá comprendido el lector, por una doncellita, de esas que con sus melosas y aduladoras frases, se hacen depositarias y confidentes de los amores de sus jóvenes señoritas, logrando así explotar artificiosamente su bolsillo juntamente con el de su amante, y uno

Digitized by Google

de éstos, en cuyo acento y su poca formalidad en estas cuestiones, se traslucia claramente el carácter de esos tipos especiales, que desde las orillas del Betis, vienen á las ingénuas Castillas á lucir su nunca desmentida facilidad en el empleo de frases chistosas y de buen efecto.

Ahora sólo falta añadir que éste no era otro que Miguel, y la doncella, una de las de Cecilia.

Dicho esto, prosigamos oyendo su conversacion.

—Pero, por Dios, hija mia, ¿es por acaso posible que yo pueda formalizarme, mirando esos ojos, que echan chispas lo mismito que una máquina eléctrica? y esto lo decia Miguel con una entonacion y una parsimonia, que no dejaban de causar cierta gracia en la airosa doncellita.

—Vamos, señorito, le contestó enviándole una picaresca sonrisa, déjese V. ahora de bromas, que tengo prisa: ¿qué digo á la señorita?

—Que sí, hija mia, que sí; ¿no te lo estoy diciendo? Que haré todo lo que ella quiera: que me diga que la molesta el sol y desde mañana no vuelve á salir más.

—Vaya, veo, que con V. no se puede atar un ochavo de cominos, á Dios; y la doncella hizo ademan de marcharse.

—¿Qué se ha de poder atar? Si estoy más amarrado á esas dos candelillas que un mico á los hierros de un balcon; pero escucha, niña, no te vayas, aña-

Digitized by Google

dió obstruyéndola el paso; toma, y dí á tu señorita... en fin, que me estoy deshaciendo como un caramelo en tu boca. Hasta luego, reina mia, y despues de haber colocado una moneda en las pequeñas manos de la doncella, la dejó pasar haciéndola un gracioso saludo.

—A Dios señorito, le respondió ella, con su más amable sonrisa y se alejó con ese paso especial que tienen la generalidad de las modistas y doncellas de oficio de Madrid.

Miguel se echó sueltamente el embozo de su capa y siguió hacia la Red de San Luis; torció por la calle del Caballero de Gracia y entró en una casa de regular apariencia.

Subió al principal y se internó en una habitacion decentemente amueblada.

Dejó la capa sobre una silla y él fué á sentarse en una butaca.

Sacó una carta del bolsillo del chaquet y rompió el sobre.

La desdobló y leyó lo siguiente:

«Miguel: Enterada de lo que V. me dice, no puedo ménos de confesarle mi agradecimiento, al ver que tan generosamente se apresta á secundar mis caprichos.

»Necesitaba asegurarme de su amor y quise someterle á una extraña prueba.

»Usted asintió á ella y eso le hace acreedor al mio.

Digitized by Google

»Ya ha dado V. los primeros pasos y le veo proseguir con el mismo ardor.

»Si un feliz éxito corona sus esfuerzos, si por fin veo rotos los lazos que unen á Alfredo y Luisa, suya será eternamente

CECILIA DE SANTARÓ.»

—¡Oh! esta carta vale un tesoro, exclamó Miguel cuando hubo terminado su lectura, volviéndola á guardar; ¡ah, mujeres! ¡Cuántas lágrimas os puede costar una simple coquetería, proseguida casi siempre de alguna ligereza ó imprudencia!

Tenia razon Ramirez; aquel papel en sus manos tenia un valor inmenso y no se concibe hubiera sido escrito, sino por una cabeza trastornada como la de Cecilia, por el deseo de humillar á Luisa.

Aquella carta, la ponia á merced de Miguel, pues con su sola publicidad, hubiera caido sobre ella el desprecio y la burla de la sociedad que la rodeaba

—Bien, pues prosigamos el juego, murmuró el jóven miéntras saboreaba el humo de un cigarro que retenia entre los dientes; yo, en último caso, nada me expongo á perder y puedo ganar mucho; y por sus lábios vagó una lijera sonrisa.

—¿Qué hora tenemos? exclamó de pronto irguiéndose sobre la butaca y mirando su reloj; ¡diablo! las tres; voy á ver en qué estado nos encontramos.

Digitized by Google

Se levantó, é iba á coger la capa, cuando se abrió la puerta de la habitacion y se presentó Ciro.

—A Dios, Ciro ¿tú por aquí? exclamó tendiéndole una mano.

—¿Qué? ¿Ibas á salir? contestó éste.

—¡Phs! Me estaba aburriendo é iba á buscar algun entretenimiento, ¿Qué? ¿Hay algo de nuevo?

—No sé; he visto á Enrique que me ha contado lo mismo de siempre respecto á Alfredo.

—Ese pobre chico va á acabar por entontecerse y luego le va á resultar algun fiasco.

—¡Cómo! ¿Ocurre algo? ¿Tiene otro amante quizás la Marquesita?

—Chico, yo nada sé, pero no tendria nada de particular.

—¡Diablo! exclamó asombrado Ciro; ¿con que no tendria nada de particular? ¡Pues me gusta!

—Hombre, prosiguió Miguel, ¿qué extraño seria que esa niña tuviera media docena para cada hora del dia?

—¡Friolera! Si supiera Alfredo tu modo de pensar, con razon se escamaria.

—Pues hijo, el que no quiera exponerse á naufragar, que no se embarque.

—¿Sabes, chico, que me vas poniendo con cuidado? Cuando así hablas, debes tener motivos en que fundarlo.

—Pues te aseguro...

Digitized by Google

—¡Bah! ya te habrá enterado Cecilia de los enredos de su amiga.

--En quince dias, no mucho se puede saber.

—En quince dias, con esos elementos, se sabe la historia de todo Madrid.

—Pues confieso mi torpeza; no sé una palabra; en fin, ¿quieres que salgamos?

—Vamos donde quieras, respondió Ciro, y acto contínuo ambos jóvenes se encaminaron á la calle.

—¿Y á donde nos dirigimos? preguntó así que se hallaron en ella.

—¡Phs!.. Iremos al azar, respondió Miguel como con indiferencia, y tomó por la calle abajo.

Hablando y como distraidos en la conversacion, entraron en la de Peligros, atravesaron la de Alcalá y cruzando la de Sevilla, se encontraron en pocos minutos en la Carrera de San Gerónimo.

—¿Dónde estamos? preguntó de pronto Miguel, interrumpiéndola.

—Ya lo ves; le contestó su amigo, en la Carrera de San Gerónimo.

—Y, ¿á qué hemos venido aquí?

—No sé, tú lo sabrás.

—Pues mira, ya que aquí nos encontramos, subamos hácia arriba á ver si está por ahí Alfredo.

—Bien pensado.

Prosiguieron andando hasta llegar frente á casa de Luisa.

Digitized by Google

Allí se detuvieron.

—Querido Ciro, dijo entónces Miguel aparentando el mayor misterio, voy á hablarte con franqueza, mas ántes espero me des palabra de guardar secreto en lo que te voy á decir.

—Te la doy.

—¿No lo has de revelar á nadie?

—A nadie absolutamente.

—Pues bien, sabe que estoy haciendo el amor á Luisa.

—¡A la Marquesita!

—Sí, á esta hora acostumbra á salir su doncella y hoy voy á ver si me admite una carta.

—Pero, hombre, ¿y vas á jugar esa mala partida á Alfredo?

—¡Eh, que diablo! es asaz pretencioso y cree que ella le adora; así que no seria del todo malo sacarle de su error.

—En fin, chico, haz lo que gustes, pero yo te auguro un mal éxito.

—¡Bah! en todo caso, ¿qué pierdo? ¡Si tú me prometes reserva!

—Ya sabes que no acostumbro á dar dos palabras.

—Bien, querido; pero mira, allí sale, espérame aquí: y se separó.

En efecto, Enriqueta habia aparecido en la puerta, y saliendo á la calle se dirigió hácia la derecha,

Digitized by Google

Miguel la salió al alcance.

—A Dios, trocito de cielo, la dijo, con su proverbial gracejo.

—Buenas tardes, señorito, contestó ella sonriendo.

—¿Qué me dice V. de nuevo?

—Que hice presente á la señorita lo que V. me encargó y me ha contestado que sí es urgente lo que tiene V. que decirla, puede hacerlo por escrito, pero que cree no será mucho, cuando no asistió V. el Jueves, único medio que existe de poder hablar como V. desea

—Pues, hija mia, se engaña su señorita, porque para mí es urgentísimo; mas es necesario se lo diga á ella misma directamente, y en cuanto á lo de que no asistí el Jueves, harto lo deploré yo, pero por mi desgracia, un malestar tan repentino como extraño, me obligó á privarme de lo que tanto anhelo; así que tendré que resignarme, hasta que la suerte quiera proporcionarme esa dicha; pero entre tanto, no olvide V. reiterar á su señorita, la ansiedad con que espero ese feliz momento.

—Así lo haré.

—Pues tome V., quede V. con Dios... y que El la colme de tanta dicha, como de gracia ha puesto en ese rostro, para tormento de los hombres; y poniendo en sus manos una moneda de oro, la despidió con un gracioso saludo.

Digitized by Google

—Muchas gracias, le contestó sonriendo Enriqueta, á Dios.

Se separaron.

Miguel volvió á reunirse con Ciro.

—¿Qué, admitió? le preguntó este.

—Esta, sí, veremos á ver la otra.

—Siempre es algo,

—En fin, vamos.

Miguel dirigió una última mirada á los balcones de Luisa, en uno de los cuales y á través de los vídrios, se distinguian sus angelicales facciones, en cuyos ojos parecia brillar una chispa de indignacion, por el mal proceder que observaba con su amiga.

Miguel la saludó con una galante cortesía, á la que ella correspondió con una fria sonrisa.

¡Cuán lejos estaba la tierna niña de figurarse que aquellos dardos, cuya ponzoña desconocia, se asestaban tan directamente contra ella!

¡Cuántas lágrimas la habia de costar más tarde, la generosidad de sus sentimientos!

Pero ya tendremos ocasion de verlo.

Los dos amigos, comentando cada cual á su manera los hechos, se alejaron en direccion al Prado.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO VIII.

EL COCODRILO Y LA PALOMA.

Nos encontramos en casa de Cecilia.

Como que para que entremos, no es necesario que antes se anuncie nuestra llegada, ni aún siquiera que nos franqueen la entrada, nosotros, sin el menor cuidado, y con todo el fuero del que penetra en sus posesiones, salvémosla y despues de atravesar un corto pasillo y cruzar dos salones lujosamente decorados, nos detendremos ante una puerta totalmente oculta trás dos gruesas cortinas de seda y lana color de rosa, más; ¿por qué detenernos? Salvemos así mismo aquel débil obstáculo y nos habremos introducido en un elegantísimo *boudoir*.

Sin fijar particularmente nuestra atencion en ninguno de los costosos muebles y caprichosos objetos que componian el ornato de aquella *confortable* habitacion, dirijamos nuestra vista á un costado de

Digitized by Google

ella, donde habia colocadas una marquesita y dos duquesitas, de raso azul celeste.

Sentada, ó más bien, tendida en una de éstas, y en una voluptuosa actitud, se hallaba la hermosa Cecilia.

Su cabeza, reclinada con indolencia sobre el respaldo, permitía admirar una garganta encantadora, al final de la manga de su bata, descuidadamente encogida, sobresalia parte de su blanco y torneado brazo lánguidamente tendido á lo largo del cuerpo; y á sus bordes, asomaba la punta de un pié, pequeño como el de una niña de ocho años, calzado con unas zapatillas de terciopelo negro.

Cecilia, en aquella posicion, producia un efecto irresistible.

En su mano derecha, sostenia un libro.

Sus ojos, velados por largas pestañas, estaban medio entornados.

Así permaneció largo rato.

Por fin levantó sus soñolientos párpados, y fijó la vista en el techo.

Trascurrieron cinco minutos.

El ruido de un carruaje que se detenia ante la puerta, llegó á herir sus oidos.

Entónces se incorporó.

Se alzó rápidamente, y fué á abrir el balcon.

Miró á la calle.

Era una elegante berlina.

Digitized by Google

A este punto, ligera como una corza, habia descendido Enriqueta y tendia la mano para ayudar á bajar á su señorita.

Se apeó ésta, y una trás otra penetraron en el portal.

Cecilia se retiró del balcon.

Momentos despues, se abrazaban ambas amigas.

Sentáronse en la marquesita.

—¿Y tus papás? preguntó Cecilia á Luisa miéntras la ayudaba á quitarse el sombrero.

—Bien, gracias; mamá se ha quedado en casa y yo he aprovechado esta ocasion para venir á abrazarte; ¿y el tuyo, y tu hermano?

—Bien, querida, gracias: los dos hace un momento han salido. Y qué, ¿tienes algo que comunicarme, respecto á nuestro comun adorador? preguntó con una naturalidad admirable.

—Pues nada, que prosigue paseando como siempre y sin cesar de enviarme recados con Enriqueta, que arde en deseos de hablarme, y sin embargo, ni me escribe ni se presenta por casa, como tú sabes.

—Pero, ¿qué fin se propondrá con eso?

—Yo sólo alcanzo pueda proponerse uno.

—¡Ah, si, Luisa, tienes razon! repuso Cecilia con acento de profunda amargura, él sabe que somos amigas y teme que una carta en tus manos le delate ante mí; ¡oh! Luisa, prosiguió con una expresion de sentimiento inimitable, y á pesar de todo, le amo, no

Digitized by Google

puedo olvidarle... pero no, no, continuó con doble energía, yo necesito hacerle conocer todo lo vil de su proceder, necesito vengarme de su infamia, apostrofándole cual se merece, y así, al ménos, quedaré tranquila.

—¡Pobre amiga mia! exclamó Luisa enternecida, extrechándola ambas manos entre las suyas; ese hombre no es digno de que tú le ames, despréciale y conseguirás darle al olvido.

—¡Oh! sí, Luisa sí, le olvidaré, le despreciaré, pero ántes quiero satisfacer mi deseo de venganza arrojarle al rostro su ruin conducta... ¡Ah, si yo tal lograra, aún creo que seria feliz!

—Pero, ¿y cómo? Si él no me escribe, ni se presenta ante mí, cuando sabe que puedes estar á mi lado.

—¡Oh! si yo pudiera en un baile ó en cualquiera otra parte, observarle sin que él me viera y...

Sus ojos parecieron iluminarse y animarse sus facciones.

—¿Qué se te ocurre? preguntó impaciente Luisa.

—¡Ah, que idea!

—¿Cuál?

—Eso es, sí, prosiguió Cecilia como asaltada por un repentino pensamiento, en un baile de máscaras podria...

—¡Un baile de máscaras! repitió admirada Luisa.

—Sí; allí le observaria, me presentaria cuando te estuviera hablando de amor, y entónces...

Digitized by Google

Cecilia cerró los ojos.

Era una actriz consumada.

No hay que decir, ,que la idea del baile de máscaras era un plan preconcebido, como más adelante veremos.

Luisa la escuchaba atónita.

—Vamos, Cecilia, la dijo cariñosamente, tranquilízate y reflexionemos con calma la realizacion de tu pensamiento.

—¡Ah! no, si es imposible, murmuró con abatido acento.

—¿Imposible?

—Sí, ¡sabe Dios cuando se dará algun baile!

—¡Bah! ¿Y eso sólo te contraría? pues calmate, querida mia, que yo sastisfaré tu deseo.

—¿Tú?

—Sí, ¡qué cosa más sencilla! Diré á mamá que desearia diera un baile de trajes y asunto terminado.

—¡Ah! Luisa exclamó Cecilia pudiendo reprimir más su alegría.

—¿Qué? ¿Vas ahora á darme las gracias? replicó aquella con angelical ingenuidad, vamos, Cecilia, no seas niña y dime lo que intentas, que estoy impaciente por saberlo.

—Pues mira, Luisa, dijo algo repuesta la hipócrita jóven, todo es muy fácil; yo me fingiré enferma algunos dias antes, tú se lo anuncias á él y cuando se halle hablando contigo me presento de impro-

Digitized by Google

viso y entre las dos haremos que pague cara su alevosía, ¿te parece mal combinado?

—No, pero más me alegraria si tampoco asistiera.

—¿Por qué?

—Por que eso probaba, que á pesar de todo, él tambien te ama y podias ser feliz.

—¡Oh! sí, pero...

—De todos modos, nada se pierde con arriesgar la prueba, y si nos engañamos, tanto mejor.

—¿Y cuándo?

—Pues regularmente dentro de unos ocho dias; hoy mismo se lo indicaré á mamá.

—Pero... dime, Luisa mia, exclamó Cecilia con admirable ficcion de sentimiento, ¿te violentas al complacerme? ¿No sientes repugnancia alguna en ello?

—No, Cecilia, respondió la hermosa niña con su natural candidéz; obro en extremo gustosa: ¿no lo deseas tú? ¿No depende de esto tu tranquilidadad y acaso tu dicha? pues entónces, ¿qué mayor satisfaccion para mí si logro alcanzar cualquiera de la dos cosas? Amo, como sabes, y comprendo cuán debes anhelar convencerte de si eres ó no correspondida.

—Sí, Luisa, es mi único afan. ¡Oh! vivir así no es vivir.

Hablaba Cecilia con tan estudiada expresion de sentimiento, que aún hubiera podido interesar á cualquiera otra de corazon ménos sensible que el de la cándida niña á quien burlaba.

Digitized by Google

Parecia increible tal refinamiento de hipocresia.

Luisa habia caido de lleno en la red que su astuta amiga tan hábilmente la habia tendido.

Una vez en sus mallas, su posicion estaba en inminente peligro.

¿Qué resultaria de tan indigna trama?

No tardaremos en conocerlo.

Luisa, tratando de cortar aquella conversacion, y queriendo distraer los pensamientos de su amiga, dijo:

—¿No quieres salir un ratito?

—¿Y á donde?

—Iremos á casa, y veremos si sale por fin mamá.

—Como tú gustes, querida mia.

—Sí, vístete.

Cecilia se levantó y se aproximó al cordon de la campanilla.

Tiró de él.

—Voy á salir, dijo á la doncella que acudió.

Luego se acercó al piano y abriéndole prosiguió, dirigiéndose á Luisa:

—¿Quieres tocar un poquito?

Aquella se sentó á él y amenizó con algunas piezas la *toilette* de su amiga.

Cuando ésta hubo terminado, abandonaron el gabinete.

En el pasillo, las salió al encuentro Enriqueta.

—Véte á casa, la dijo su señorita.

Digitized by Google

Bajaron la escalera.

La berlina esperaba.

Al ver aparecer á Luisa, un lacayo, un *tití*, se apresuró á abrir la portezuela.

Ambas jóvenes subieron.

—A casa, ordenó Luisa al lacayo.

Digitized by Google

CAPÍTULO IX.

EL ANONIMO.

Volvamos á ver en qué estado se encuentra nuestro particular amigo Alfredo, á quien hace un tiempo tenemos abandonado.

Eran las dos de la tarde y se hallaba en su habitacion, en compañía de su más íntimo, y apreciable Enrique.

La más completa felicidad, continuaba sonriéndole.

Luisa, cada vez más enamorada y seductora, proseguia recibiéndole en su casa, segun ya hemos visto, y á su lado disfrutaba horas de incomparable ventura.

Sin embargo, aquella mañana habia recibido un billete por conducto de la bella Enriqueta, en el que le anunciaba, que una ligera indisposicion la habia obligado á permanecer en el lecho, y aunque creia era un leve dolor de cabeza, era preciso, no obstan-

Digitized by Google

te, renunciar por aquella noche á sus amorosas entrevistas.

Enriqueta habia afirmado el repentino malestar de su señorita, confirmando así mismo su poca gravedad.

Alfredo, convino en que le comunicaran con suma frecuencia, noticias sobre el estado de su amada.

Este iba mejorando progresivamente, segun testificacion de algunos avisos de Luisa, pero sin embargo, aquel dia guardaria cama por consejo del facultativo.

A la hora en que le presentamos, ya habia recibido dos.

Estaba, pues, casi tranquilo.

Se hallaba conversando con su amigo, cuando le introdujeron una carta.

Miró la letra del sobre.

Le era desconocida.

«Urgente: Para el Señor Baron de Rosa-bella,» decia.

—¿Quién la ha traido? preguntó al criado que se la habia entregado.

—Un muchacho, que ha marchado en seguida, contestó éste.

Alfredo quedó un momento pensativo.

¿Quién le podria escribir con tal urgencia y sin esperar contestacion?

La letra era indudablemente de mujer.

Digitized by Google

Su desigualdad y falta de correccion en ella, al ménos así lo indicaba.

Rompió el sobre.

Desdobló el papel y fijó con ávida curiosidad la vista en los caractéres allí estampados.

Su respiracion se hizo violenta, y sus manos temblaban á medida que avanzaba en la lectura.

Cuando terminó, su rostro estaba lívido y era presa de una febril agitacion.

Enrique le contemplaba con natural impaciencia.

—¿Qué tienes, Alfredo? ¿Qué te sucede? ¿Hay alguna desgracia en tu familia le preguntó con no fingido interés.

El jóven Baron apretó convulsivamente los puños extrujando entre sus dedos el fatal papel.

—¡Oh! toma, exclamó con acento de reconcentrada cólera, y casi arrojándosele á Enrique.

Este se precipitó á cogerle y leyó lo siguiente:

«Si el Señor Baron de Rosa-bella, desea tener una prueba de la fidelidad de su amante, la Marquesita de Alsilla, tómese la molestia de asistir al baile de trajes que tendrá lugar esta noche en sus salones y verá y juzgará.

»No extrañe el aviso, pues que me intereso por usted.

»Luisa, vestirá un traje de Sultana, distinguiéndose fácilmente, por una rosa de brillantes que llevará en la cabeza.

Digitized by Google

«Adjunto le remito esta targeta, por si no le falta, cómo no dudo, valor para presentarse.»

No decia más, pero tampoco era necesario.

¿No se habia fingido Luisa aquel dia enferma? ¿No era esto una prueba patente de que deseaba verse libre aquella noche?

Así al ménos, se traslucia á primera vista.

Enrique quedó algunos minutos pensativo.

Despues leyó el billete de invitacion.

Este venia dirigido á nombre de un desconocido.

Luego probaba que se obraba á prevencion.

—¿Y qué piensas hacer? preguntó pausadamente á Alfredo que permanecia como abismado en un mar de ideas.

—¿Qué? exclamó éste vivamente, cuyos ojos parecian despedir centellas; ir, y luego... ¡Oh! no sé, y se oprimió la frente con una mano.

—Vamos, Alfredo, cálmate y hablemos como hombres: á nada conduce dejarse arrebatar ni más ni ménos que haria una débil mujer.

—¡Oh, exclamó; quiero convencerme y si me engaña...!

Sus dientes rechinaron y su mejillas palidecieron.

—Bien, hombre, prosiguió Enrique, eso ya lo verás y obrarás segun te dicte tu corazon y tu conciencia, pero ahora, sosiégate y meditémos con calma, pues no olvides que en muchas ocasiones, suelen

Digitized by Google

engañarnos las apariencias. Ea, Alfredo haz un esfuerzo y muéstrame que no eres un niño.

El pobre jóven sentia hervir la sangre en sus venas.

Sin embargo, reprimióse sobrehumanamente lo que le fué posible y ya un poco más tranquilo dijo:

—Enrique, tú no sabes lo que por mí pasa; la amo como un loco, por ella todo lo arrostraria, pero vas á ver hasta qué punto puedo dominarme. Mira, prosiguió cogiéndole una mano, si ella me hubiera dicho que para obtener su amor era preciso que robara, que asesinara, que incendiara, nada en el mundo hubiera sido respetado por mí, y me hubieras visto subir las gradas del patíbulo con la frente serena y la sonrisa en los lábios, si al final de ellas habia de encontrarme con su última mirada que me enviaba el postrero á Dios; y la vista del jóven parecia animarse á medida que avanzaba en su relacion; pues bien, continuó, hoy que veo que me engaña, hoy que ha destrozado una por una todas las fibras de mi corazon, me verás sonreirla con desprecio; y en cuanto á él, en cuanto al miserable que ha venido á arrebatarme la más preciada prenda que atesoraba mi alma, ¡oh! rugió oprimiendo la mano de Enrique que retenia entre las suyas, su sangre será poca para calmar mi sed de venganza, y como si se hubieran agotado sus fuerzas, se dejó caer sobre el respaldo de la butaca.

Digitized by Google

Enrique le escuchaba enternecido.

Conocia las bellas cualidades y generosos sentimientos de su amigo y le profesaba especial estimacion.

Sabia cuánto amaba á Luisa y le juzgaba capaz de cumplir cuanto decia.

—¿De modo que esta noche piensas asistir al baile? le preguntó.

—¡Oh, sí!

—Pues bien, yo tambien iré, dijo con naturalidad.

—¿Tú?

—Sí, yo, ¿qué te sorprende? repuso tranquilamente, no tengo nada en qué ocuparme y de paso presenciaré esa fiesta, que debe ser magnífica.

—¿Acaso temes...?

—Bah, te conozco demasiado para saber que eres incapaz de faltar en lo más mínimo á Luisa.

—¿Entónces...?

—Pero bien, ¿no vas á provocar á tu rival? pues nada más natural que la provocacion termine por un duelo y en ese caso necesitarias padrinos, ¿qué? ¿Desconfias de mi inhabilidad? y concluyó fijando una intensa mirada en su desgraciado amigo.

—Enrique... dijo éste reconviniéndole dulcemente.

—Vamos, Alfredo, no te dejes llevar de tus ardientes impulsos y hablemos con cordura.

Alfredo guardó silencio.

—Tú estas decidido á presentarte en el baile, ¿no

Digitized by Google

es cierto? prosiguió su amigo, sí, porque así te lo aconseja tu corazon; pues bien, no me opongo, pero tampoco creo que tú te negarás á que yo te acompañe.

—Pero, ¿cómo vas á entrar? preguntó Alfredo con negligencia.

—Pues como entrarás tú y como entrará todo el mundo; por la puerta, contestó sencillamente Enrique.

—Pero... ¿y el billete de invitacion que te exigirán á la entrada?

—Bah, ¿eso te preocupa? Pues ya le buscaré, ó mejor dicho, tú te encargarás de buscármele.

—¿Yo?

—Tú, sí, ¿qué? ¿Te parece extraño? Pues no veo nada más sencillo. Enriqueta ha de venir á darte la *ultima hora* de tu amada, pues la dices has sabido que esta noche dan un baile, y que desearias que yo asistiera: ¿tiene esto algo de particular?

—Pero, por Dios, Enrique, ¿no comprendes que eso seria delatarme? ¿Cómo quieres que diga yo que van á dar un baile en su casa, estando ella enferma ¿No te parece que seria una indiscrecion.

—Me has convencido. Veo que es verdad aquello de que, más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena. Pero en fin, descuida, que le buscaré y le encontraré, te lo aseguro, y el jóven se puso en pié.

Digitized by Google

—¿Te vas?

—Sí, Alfredo, vámonos á la calle, que á tí te conviene respirar el aire libre, y de paso iremos á tomar los trages; yo voy á vestirme de polichinela, verás como nos vamos á divertir, ea, toma estos papeles, guárdalos y en marcha, que yo tengo que buscar el billete y eso puede depender de un segundo.

Ambos jóvenes tomaron sus sombreros y se dirigieron á la calle; Enrique, con su jovial conversacion procuraba alejar de la mente de su amigo los tristes pensamientos que lo embargaban.

Dejémosles.

Digitized by Google

CAPÍTULO X.

EL BAILE.

Ya tenemos noticia de la explendidez que desplegaban en sus reuniones y saraos, los marqueses de Alsilla.

Pero en la presente noche superaba á toda ponderacion.

Daban un baile de trajes accediendo á los deseos de su única hija y era preciso, pues, que sobresaliera entre todos.

La pluma se resiste á describir, someramente siquiera, aquella confusion de luces que esparcian sus claros reflejos á través de las vidrieras de los balcones, como si quisieran hacer partícipes á los transeuntes de la grandeza que allí se encerraba, ó intentaran arrojar su explendor al rostro de algunos desgraciados, para agravar más su infortunio, al comparar la inmensa fortuna que representaban aquellas

Digitized by Google

paredes rellenas de seda y oro, con la completa desnudez de sus bohardillas ó la profunda oscuridad de su porvenir.

Nada diremos tampoco acerca de aquella profusion de ricas joyas, que ya sobre los blondos y perfumados rizos de una linda cabellera, ya ante el desmesurado escote de un elegante vestido, y como sirviendo de luminoso faro para atraer sobre sí la vista, cual si no bastara á ello la tersura de su garganta y la turgencia de su seno; al mismo tiempo que una ligera pantalla de seda cubre aquel rostro, ocultando así tal vez el subido rubor que les causaria, la procedencia de la joya que la engalana ó la desvergüenza de las formas que exhibe.

Pero, en fin, no nos detengamos en consideraciones *hors de temps* y prosigamos nuestro cuento.

La fiesta habia llegado á su mayor apogeo.

Centenares de personas ocultas trás vistosos y costosísimos trajes, se confundian en medio de un bullicio atronador, corriendo de un lado para otro y obrando con toda la libertad que les permitia su faz cubierta, dentro de la limitada ley de la educacion y del decoro.

Los armoniosos acordes desprendidos de los diversos instrumentos de una numerosa y escogida orquesta, contribuian poderosamente á producir la efervescencia en aquellos agitados cerebros.

Digitized by Google

De repente, un extraño rumor se trasmite á toda la concurrencia y se paralizan como por encanto casi todas las conversaciones.

¿Que causa habia motivado aquella repentina calma?

Veámoslo.

Sin duda, el excesivo calor que se dejaba sentir, á pesar de estar abiertos todos los balcones, habia producido un desvanecimiento á una jóven, disfrazada con un riquísimo traje de Sultana y en cuya cabeza resplandecia, hasta herir la vista, una preciosísima rosa de brillantes.

No hay que decir que era Luisa.

¿Qué habia, pues, sucedido?

Digámoslo.

Cuando más confusion parecia notarse en todos los ámbitos del salon de baile, dos máscaras, llevando el uno un airoso traje, del tiempo de Luis XIV de Francia, y el otro, uno del de Felipe IV de España, recorrian cogidos del brazo los salones, indiferentes al parecer, á la algazara que les rodeaba.

—¡Oh! ¿Dónde estará? decia el primero con reconcentrada voz.

—Cálmate, Alfredo, le respondió el otro; ¡cuánto mas valiera que no la encontráras!

—¡Oh, no, no! Enrique, el corazon me hace presentir que la encontraré para mostrarla todo lo infame de su proceder.

Digitized by Google

—Pues bien, busquémosla, y proseguian dando vueltas.

Eran, en efecto, nuestros jóvenes amigos, que se habian introducido allí para vengar el uno la falta que tachaba en su amada y para contenerle el otro y salvarle en caso necesario.

Indudablemente, amigos como Enrique no tienen precio; pero por desgracia existen muy pocos.

Iban corriendo salon trás salon, cuando de repente, un rugido, no un grito, se escapó de la garganta del jóven Baron, y por un momento no pudo moverse.

—Vamos, valor, le dijo rudamente Enrique sacudiéndole con fuerza un brazo, si prosigues así, lo que conseguirás es que se burlen de tí, sin que puedas siquiera defenderte.

Alfredo se repuso y echó á andar de nuevo.

¿Qué habia visto?

Por aquel salon y en direccion á ellos venian dos máscaras, una de las cuales llevaba el traje indicado á Alfredo en la anónima carta.

Cuando pasaban por su lado tuvo éste que apoyarse en el brazo de su amigo para no caer.

Las piernas le temblaban como presas de una fuerte calentura.

—¡Oh! exclamó Enrique con desesperacion y así que aquellas se hubieron alejado. Baron de Rosa-bella ¿desde cuándo un vástago que ostenta el ilustre

Digitized by Google

nombre de tus abuelos, ha prostituido su sangre hasta el punto de temblar ante sus enemigos como el último rufian?

El efecto que estas palabras produjeron en Alfredo, es indescriptible.

Soltó súbitamente el brazo de su amigo é irguiendo su noble cabeza, se vieron brillar sus ojos á través del antifaz y á haber este caido, se hubiera podido ver que la sangre habia afluido á su cerebro, dando á su rostro una expresion terrible.

Por un momento sus músculos se agitaron y dió un paso atrás, llevando maquinalmente la diestra á la empuñadura de la espada que pendia de su cintura.

Instantáneamente se repuso, y dirigiendo sus pasos en direccion á donde seguia Luisa, dijo sordamente:

—Vamos.

Enrique, cuya mirada no habia perdido el más leve gesto de su amigo, marchó tras él murmurando:

—Tal vez haya sido peor el remedio que la enfermedad; pero era preciso; y continuó resuelto á no abandonarle.

Todo esto habia sucedido en ménos tiempo del que hemos empleado en describirlo, por lo que al paso que nuestros jóvenes marchaban, ganaron terreno llegando al salon de baile ántes que Luisa y su compañera hubieran podido confundirse entre la multitud.

Una vez allí, salvando aquellas contínuas oleadas

Digitized by Google

de gente, llegaron hasta un sitio, de donde se destacó un elegante máscara y se acercó á ellas.

Ofreció galantemente su brazo á Luisa y la otra enseguida desapareció.

Nada de esto pasó desapercibido para Alfredo y Enrique.

Aquel, aún se sentia poseido de su noble orgullo de raza y la vista de estas escenas hizo hervir con más fuerza su sangre.

En esta crítica situacion permaneció unos minutos.

La orquesta dejó oir sus acordes y se organizó el *wals*.

El máscara acompañante de Luisa, rodeó con su brazo la exbelta cintura de la jóven y se lanzaron en medio del torbellino del baile.

Alfredo, ciego por la ira, se iba á lanzar trás ellos, cuando Enrique, cogiéndole de un brazo, le dijo:

—¿Qué vas á hacer?

El indignado jóven se contuvo.

—Es verdad, murmuró. Ven; y asiendo á su amigo de una mano, atravesaron á duras penas por entre los que bailaban, yéndose á situar al lado opuesto.

—Déjame obrar, le dijo entónces Alfredo, te prometo tener calma y no hacer sino lo que debo.

—¿Me lo juras?

Digitized by Google

—Por mi honor.

—Obra, pues.

Luisa, que habia desaparecido por entónces de su vista, no tardó en reaparecer.

Alfredo observó que, por un momento, los lábios del que bailaba con ella, se posaron sobre sus dorados cabellos.

Su vista se oscureció, y como impulsado por un resorte, de un salto fué á anteponerse á ellos, obstruyéndoles el paso.

—Aparta, aturdido, le dijo con voz fingida el caballero de Luisa.

Alfredo, por fortuna, logró contenerse, y aproximando sus lábios al oido de la jóven, la dijo con alterado acento.

—Eres una infame, hemos concluido; y se confundió entre los que bailaban.

Luisa, al timbre de aquella voz, para ella siempre tan dulce y tan dura entonces, sintió una horrible pesadez en la cabeza y la fué imposible poderse sostener.

El que la acompañaba y que, como habrá comprendido el lector, no era otro que Miguel, todo esto lo habia observado y en seguida comprendió lo que aquello significaba, así que se propuso desde luego salvar del mejor modo posible para él aquella situacion.

Vió que Luisa se iba á desmayar, é instantánea-

Digitized by Google

mente la colgó de su brazo y la condujo casi arrastrando hasta el hueco de un balcon.

Allí la claridad era ménos intensa, y sobre todo, merced á los pabellones que amenguaban notablemente la proyeccion de las luces que irradiaban el salon, desde éste apenas se distinguia.

Dejó caer entónces el vacilante cuerpo de Luisa sobre su brazo izquierdo

Levantó con la otra mano el antifaz que cubria su rostro, y contempló con avidéz unos instantes aquellas bellísimas facciones.

Aproximó á ellas su cabeza, y rápidamente imprimió por dos veces sus lábios en los apagados, pero siempre deleitantes, de la infeliz niña.

Iba á profanarle por tercera vez, cuando se sintió bruscamente cogido por un brazo, y una voz dura, imponente y descompuesta por la cólera, dijo:

—Detente, miserable.

Miguel volvió la cabeza y se encontró con las amenazadoras miradas de Alfredo y Enrique.

Tenle ahí, repuso aquel á éste, y avalanzándose sobre el cuerpo de Luisa, la obligó á ponerse en pié, exclamando vivamente: vamos Luisa, un esfuerzo; es preciso.

La cuitada niña obedeció como un autómata.

Reunió las pocas fuerzas que la restaban y alentada por el valor que la infundia la voz de su amante, pudo asirse á su brazo y echar á andar.

Digitized by Google

Alfredo, á quien ahogaba la ira, conociendo que se le iba á desvanecer en ellos se acercó con presteza á las primeras que vió más traquilas, entre todo aquel revuelto occéano de criaturas humanas, y las dijo precipitadamente.

—Señoras... esta jóven... el calor... en fin, que se siente enferma; vuelvo enseguida; y desapareció entre la multitud que comenzaba á agolparse.

Cogieron á Luisa entre dos de aquellas, sus comensales, y sin permitirse descubrir su rostro por medida de un prudente respeto, la condujeron al tocador, dejándola al cuidado de las camareras.

Descubriéronla entónces, y todas retrocedieron sorprendidas.

—¡La señorita! exclamaron, y precipitáronse á socorrerla.

Esta se habia desmayado.

Poco tardó en volver en sí.

Abrió los ojos y miró donde estaba.

En torno suyo se encontraba cuatro doncellas.

—¿Qué tal se siente V. señorita? la preguntó una.

—Bien, gracias, contestó maquinalmente.

Luego empezó á coordinar sus ideas.

Se la representó el baile, Miguel, Alfredo, y por último, las palabras de éste.

—¿Quiere la señorita que se avise á la señora marquesa? la interrumpió otra de las sirvientas.

—¡No, no! respondió con precipitacion, que no

Digitized by Google

sepa ahora nada, seria ocasionarla un disgusto. Que venga Enriqueta.

Una de ellas se apresuró á ejecutar sus órdenes.

No tardó en presentarse la doncella favorita de la jóven.

—Vamos, la dijo ésta en medio de la mayor agitacion, levantándose y andando trabajosamente.

Enriqueta la siguió

Momentos despues, la inocente niña sollozaba amargamente en su habitacion.

Aquellas lágrimas eran un dulce bálsamo para su comprimido corazon.

Pero dejémosla entregada á ese natural desahogo de nuestras penas, y volvamos á ver lo que ocurria entre tanto en el salon.

Así que Alfredo hubo dejado á su desgraciada amante, tornó al lado de Enrique y Miguel.

Este se habia descubierto.

—¡Cómo! ¿Tú? exclamó Alfredo retrocediendo, ¡oh! no sé como me contengo; pero vamos fuera pronto; los dos no cabemos ya en el mundo.

—Escucha, Alfredo, respondió sin inmutarse apénas Miguel.

—Basta, exclamó aquel con altivez, despues de lo que ha sucedido, entre nosotros no puede mediar más que una bala ó una estocada.

—Pero ántes...

—¿Oh! Me obligará V. á que le azote el rostro para

Digitized by Google

ver si la vergüenza hace hervir su sangre, si es que la tiene; gritó ya fuera de sí Alfredo miéntras se quitaba precipitadamente un guante.

—Basta, dijo á su vez conteniéndole Miguel, estoy á las órdenes de V. señor baron.

—¡Ah! por fin...

—Vamos.

Miguel se volvió á cubrir el rostro, y los tres, atravesando los salones en los que se notaba, como dijimos, la mayor confusion, se dirigieron á la calle.

Una vez en ella, dijo Alfredo á Enrique.

—El señor te dirá con quién te has de entender.

—Buscaremos á Ciro.

Alfredo se aproximó á su carruage, y dijo al cochero.

—Ponte á las órdenes de los señores; y dirigiéndose á éstos prosiguió, yo en casa espero.

A pié se encaminó á ella.

Su alma rebosaba ira.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO XI.

EL DUELO.

Llegó Alfredo á su casa y entró en su habitacion.

Se dejó caer en una butaca.

Su cabeza ardia.

El corazon le palpitaba con ruda violencia.

Abismado en tristísimas ideas, permaneció largo rato.

Por fin se levantó, y fué á sentarse ante su mesa escritorio.

Cogió una pluma y un pliego de papel timbrado, y estampó un nombre.

«Luisa» luego continuó: Confiado en la bella esperanza de tu amor llegué á creerme feliz; por tí y para tí vivia; no hallaba más porvenir que tú.

»Acostumbrado ya á repetir tu nombre en cada uno de mis actos, no puedo omitir esta costumbre en la hora de mi muerte.

»Como tu amor era mi vida, ya que me falta,

Digitized by Google

muero; es el postrer consuelo que me resta. En el cielo está mi madre, único ser que podria enlazarme con la existencia; voy pues, si es que soy digno, á reunirme á ella.

«A Dios, por última vez, Luisa: Él te haga tan felíz como desgraciado ha sido tu constante,

ALFREDO.»

Dobló esta carta y la guardó bajo un sobre.

Acto contínuo, escribió otra para su padre.

Cuando terminaba, daban las cuatro en el relój de la habitacion.

Se oyó el ruido de un carruaje que se detenia ante la puerta.

Pocos momentos despues se presentaba Enrique.

Su mirada era sombria.

—Os batís á pistola, dijo secamente.

—¿Cuándo?

—Dentro de media hora, ante las verjas del Botánico.

—Bien.

—Las condiciones...

—No necesito saberlas.

—Es preciso. Os batireis, como digo, á pistola, á quince pasos y á primera sangre; y sacando unos papeles del bolsillo se los presentó.

—Toma, firma, le dijo.

—¿Qué es esto?

Digitized by Google

—El acta.

Alfredo firmó sin leerla.

—Ahora hablemos, prosiguió Enrique mientras volvia á guardarla y se sentaba.

Alfredo le miró con extrañeza.

—Primeramente, empezaré por decirte que Luisa es inocente.

Que Luisa es... já, já, já, exclamó el Baron; y una carcajada nerviosa terminó su frase.

—Rie cuanto quieras, continuó sin alterarse su amigo así que él se hubo calmado, pero nada hay más cierto que lo que té digo.

—¿Pero..... cómo.....? ¡oh, explicate!

—A eso voy, si tú me dejas, prosiguió. Pues como te iba diciendo, has de saber que todo lo que hemos visto, no es mas que apariencia. Es una vil trama de de su amiga Cecilia, cuyo cómplice há sido Miguel. Ignoro á qué medios han apelado para hacerla caer en el lazo; pero supongo con algun fundamento, habrá sido sorprendiendo su candidez. Ella, en fin, te ama, tanto ó más que tú á ella; hé aquí todo.

—¡Oh! exclamó Alfredo sin poderse contener, ¿con que dices que Luisa...?

—Es inocente.

—Pero... ¿y Miguel? ¿Cómo se hallaba con ella?

—¿Pues no te lo digo? Han abusado de su buena fé.

—Pero, ¿qué fin se proponian?

Digitized by Google

—Que tú la abandonáras, y gozarse así Cecilia en su dolor.

—¡Ah, miserables! gritó rechinando los dientes y apretando los puños con fuerza. Perdóname, Luisa mia si dudé de tí; yo haré que paguen con su sangre las lágrimas que te hayan hecho verter, y despues de un momento de silencio prosiguió:

—Y á tí, ¿quién te ha contado eso?

—Miguel, que está pesaroso; pero que no retrocede, sin embargo.

—No, no.

—Pues bien; vamos ya, que se va acercando la hora.

—Espera, repuso Alfredo; y sentándose de nuevo ante su mesa, escribió rápidamente:

«A Dios, Luisa mía: voy tal vez á morir, mas muero tranquilo.

»Sé que eres inocente.

»Conserva algun recuerdo de mi nombre y ruega por mí al cielo.

»A Dios, Luisa idolatrada; para tí será mi último pensamiento, tuyo será mi postrer suspiro, como tuya ha sido la vida de tu desgraciado

ALFREDO.»

Cerró y selló esta carta, y la guardó en el bolsillo.

—Si muero, dijo á su amigo, haz que llegue á sus manos.

Digitized by Google

Iban á dirigirse hácia la puerta, pero Enrique se detuvo.

—¿Vas así? dijo á Alfredo indicándole el traje.

Este se miró y vió que aún no se habia desnudado.

En pocos momentos lo efectuó.

Entónces salieron.

A la puerta les esperaba el sereno.

Alfredo puso un duro en sus manos

—Por si es la última, murmuró.

Subieron al carruaje despues de haber dado Enrique la órden en voz baja al cochero.

Instantes despues, la berlina de Alfredo, arrastrada por un hermoso caballo francés, marchaba en direccion al Jardin Botánico.

Al cruzar la Puerta del Sol el relój daba el cuarto.

Poco hablaron nuestros amigos durante el camino.

Ambos iban altamente preocupados.

Alfredo, pensando en Luisa y en su familia, y Enrique en la situacion de sus amigos.

—Pero, se atrevió, por fin, á objetar éste: ¿no podeis llegar á un honroso arreglo, sin necesidad de apelar á un medio tan violento?

—Imposible, le contestó impetuosamente Alfredo, han hecho derramar lágrimas á sus hermosos ojos y no viviria tranquilo si no borrara sus huellas con la sangre del culpable.

—Vamos, Alfredo, reflexiona....

Digitized by Google

—No prosigas, es inútil, dijo con acento resuelto.

Enrique calló.

Poco despues, el caballo se detenia

Ambos jóvenes se apearon.

Una brillante luna esparcia sus plateados reflejos sobre la superficie de la tierra.

Se dejaba sentir un viento sutil y refrescante.

Anduvieron como unos cien pasos.

—Aquí es, dijo Enrique reconociendo el terreno.

La luna proyectaba allí su luz con intensa claridad.

Sin desplegar á penas los lábios, permanecieron unos minutos.

Por fin se distinguieron tres bultos que se aproximaban.

—Ellos son, murmuró Enrique, y su generoso corazon le palpitó violentamente.

Los tres bultos se acercaron.

Eran Miguel, Ciro y otro de alguna más edad.

Ciro y Alfredo se saludaron con cordialidad.

—El Doctor Don José Fernandez, dijo presentando á su segundo acompañante, á Enrique y su amigo.

Igualmente hizo con ellos.

—Señores, dijo el Doctor entónces, aunque penoso es el deber que me proporciona el honor de conocer á ustedes, no por eso es ménos sincera la amistad

Digitized by Google

que les ofrezco, aunque sea, sí, menor mi satisfaccion.

Los dos amigos le tendieron sus manos.

—Señores, prosiguió; yo, creyendo interpretar los deseos que animan á estos caballeros, y señaló á los padrinos, como así igualmente el mio, me atrevo á rogar á ustedes ántes que esto pase más adelante, que vean si por medio de cumplidas satisfacciones, pueden arreglar este asunto, sin necesidad de que haya que deplorar una desgracia, tan dolorosa para una amante familia.

—Yo, por mi parte, dijo Miguel, estoy dispuesto á dar cuantas guste, dentro de lo que mi honor exije, al Baron.

—Ya, ves, Alfredo, sólo por tí queda, añadió afectado Enrique.

Alfredo vaciló, pero representósele Luisa medio desmayada y Miguel profanando sus puros lábios, y ya no dudó.

—Señores, dijo con grave entonacion, por medio de este caballero y yo, está el honor de una tercera persona, y yo no podria, sin mengüa, retroceder.

Todos perdieron la renacida esperanza.

Sin pronunciar una palabra más, cada padrino cargó una pistola y ambas se colocaron bajo un abrigo.

Se midieron las distancias.

Se sorteó á cara y cruz quién habia de tirar.

Digitized by Google

Le tocó á Miguel.

Cogieron las pistolas y ocuparon sus respectivos sitios.

Sonó la señal.

Miguel disparó.

La bala pasó silbando sobre la cabeza de Alfredo.

Este parecia tranquilo.

Le tocó á él su vez.

Extendió el brazo é hizo fuego.

Miguel vaciló un instante, y fué á caer en los brazos que sus tres amigos se apresuraron á tenderle.

Recostáronle en tierra y el Doctor examinó la herida.

Era en el muslo izquierdo.

Todos esperaban con la mayor ansiedad el fallo del médico.

—Por fortuna no hay gravedad, dijo al fin éste, solamente una lesion en la piel, sin que se halle interesado órgano importante alguno. Cuestion de quince dias á lo sumo.

Nuestros amigos respiraron con libertad.

Se le practicó la primera cura.

Entre todos le condujeron al carruaje.

Ellos habian venido en uno de alquiler.

—Introducidle en el mio, dijo Alfredo; tendrá ménos movimiento.

—Gracias señor baron, contestó atentamente el Doctor.

Digitized by Google

En él entraron éste y el herido, y Alfredo, Enrique y Ciro ocuparon el de alquiler.

Se pusieron en marcha.

El más completo silencio reinó durante el camino.

Llegaron á casa de Miguel y el sereno abrió la puerta.

—Esperamos noticias, dijo Enrique á Ciro.

—Así lo haré, contesto éste.

Despidiéronse, y aquel y Alfredo volvieron á ocupar su caruaje.

—Quédate en casa, le dijo éste; ¿para qué has de ir ya á incomodar?

—Pchs, bien.

Se dirigieron á ella.

Alfredo despidió el coche.

Subieron.

Se hallaban los dos vivamente preocupados.

Alfredo, á pesar de todo su encono, comenzó á sentir la desgracia y bendijo el feliz extremecimiento que le hizo bajar repentinamente el brazo.

Alfredo, dejado llevar de sus primeros impulsos, habria matado á Miguel, aunque luego le hubiera matado á él el remordimiento.

Y era que su generoso corazon se resistia á esas escenas.

Y sin embargo, era tan inmenso el amor que profesaba á Luisa, tanta su veneracion hácia la ange-

Digitized by Google

lical niña, que hubiera sacrificado sin la menor vacilacion. hasta sus más caras afecciones á una sola mirada de sus hermosos ojos, á la más inocente sonrisa de sus hechiceros lábios.

En el más profundo silencio, les sorprendieron seis campanadas.

—¡Las seis! dijo Enrique como por decir algo.

—Las seis, repitió Alfredo.

—¿No te vas á acostar?

—No tengo sueño.

—No importa, al ménos descansarás.

—No, Enrique, yo no puedo; duerme tú.

—Vamos, Alfredo...

—¡Ah! Hasta que no sepa el estado de Luisa, no estaré tranquilo un momento.

—No has de tardar mucho en saberlo, creo yo.

—¡Oh, Enrique! Cada vez que recuerdo...

—Haz por olvidarlo.

—Dudo si podré; mira, Enrique, si me hubieran escupido á mí al rostro lo hubiera perdonado; pero haber osado profanar tan villanamente sus purísimos lábios, ¡oh! y un destello de indignacion se escapó de sus ojos.

—Ea, Alfredo, olvida y lograrás calmarte. Yo voy á acostarme un poquito.

—Sí, haces bien; yo veré si consigo conciliar el sueño.

—Procura hacerlo y no te empeñes en torturar tu

Digitized by Google

mente con la representacion de abigarradas ideas. Hasta luego, pues; y Enrique desapareció trás las cortinas que cubrian la puerta de la alcoba.

Alfredo permaneció aún un largo rato abismado en sus tristes pensamientos, hasta que al fin la fatiga rindió al espíritu, y sus ojos se cerraron á un sueño reparador.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO XII.

DOS CORAZONES HERIDOS POR UN MISMO DARDO.

Cuando despertó Alfredo eran las diez.

Habia, pues, dormido cerca de cuatro horas.

Enrique aún no se habia levantado.

Alfredo sentia una ansiedad horrible.

«¡Luisa!»

He aquí su único pensamiento.

En este estado trascurrieron quince minutos.

La puerta de la habitacion se abrió dando paso á un criado que al ver á Alfredo se contuvo.

—El señor Baron me perdonará, dijo respetuosamente; pero yo, creyendo que aún no se habia levantado...

—¿Qué ocurre? interrumpió bruscamente este disgustado porque llegaban á distraerle de sus ideas.

—Dispénseme el señor Baron, si he hecho mal; pero por más que yo la he dicho que estaba V. acos-

Digitized by Google

tado y dejára la carta si era lo mismo, que se la entregaria á V. en cuanto llamara, no ha querido...

—¿Pero quien? preguntó Alfredo molestado de la verbosidad de su criado.

—La doncella que acostumbra á traerle cartas, que se empeña en ver al señor Baron.

—¿Y la has detenido, bergante? Que pase en seguida, gritó el jóven con tal expresion, que hizo creer al criado que su señorito estaba loco, pues nunca le habia tratado con tal dureza, por lo cual se apresuró á cumplir sus órdenes.

Alfredo sintió agitársele rudamente el corazon.

Fijó una ansiosa mirada en la puerta.

La figura de Enriqueta se dibujó en ella.

Su semblante denotaba una profunda tristeza.

Por unos momentos, ambos se miraron sin acertar á pronunciar una sola palabra.

Por fin Enriqueta, más serena, dijo.

—Señor Baron, mi señorita se atreve á rogar á V. no forme ningun juicio, hasta que haya leido esto; y le presentó una carta.

Alfredo la cogió precipitadamente y la abrió.

Fijó en ella su vista y no podia leer.

—¡Oh, luz! exclamó con acento de desesperacion; y se pasó una mano por los ojos.

Al fin pudo distinguir.

Leyó lo siguiente:

«Alfredo... perdon... me engañaron, no me creas

Digitized by Google

culpable, voy á morir... lo sé; olvidada por tí, no quiero la existencia; pero dí que me perdonas y morirá tranquila la que te amó más que á su vida,

LUISA.»

Alfredo terminó esta lectura casi trastornado.

—¡Oh, ella morir! exclamó, no, no, habla, Enriqueta, dime qué tiene, qué siente, en fin, todo lo quiero saber, todo, y su vista se clavó intensamente en la doncella.

Esta le miraba sorprendida.

Esperaba oir reconvenciones hácia su señorita y se hallaba con todo lo contrario.

Al fin, con voz pausada, dijo:

—Señor baron, la señorita entró anoche llorando en su habitacion; se habia desmayado durante el baile y vuelta en sí, me llamó á su lado. Solas ella y yo, despues de largo rato de verter amargas lágrimas, logró serenarse un tanto y escribió esa carta, encargándome se la entregára á V. cuanto ántes fuera posible. A fuerza de ruegos conseguí se acostara, y al poco tiempo se presentó la señora Marquesa, á cuyos oidos habia llegado la noticia del desmayo de la señorita. La encontró muy abatida y la señorita la dijo que el calor sin duda la habia trastornado. La señora Marquesa no se satisfizo, sin embargo, y ordenó avisar al médico. Este dijo que era fiebre y que esperaba combatirla felizmente; pero entre tanto,

Digitized by Google

la señorita delira, pronunciando frecuentemente su nombre. Estamos, pues, sobre un volcan.

Así terminó Enriqueta.

Alfredo la habia escuchado reprimiendo la respiracion, para no perder una sola sílaba.

—¡Oh! exclamó elevando al cielo una dolorosa mirada; y luego posándola en la doncella, mas dime... ¿tú qué crees, morirá? prosiguió; habla Enriqueta, habla; y en sus ojos se reflejó una mortal ansiedad.

—Señor baron, repuso un tanto afectada la doncella al ver el angustioso estado del jóven, yo... no sé; pero creo que lo que le conviene á la señorita es que sepa que V. no la ha olvidado; que la ama V. como siempre.

—¡Oh! sí y aún más; que sé que es inocente, que ha sido víctima de un infame engaño y todo, todo lo sé.

—Pues bien, dígaselo V. así.

Alfredo se sentó ante un papel y con mano convulsa escribió lo siguiente:

«¡Luisa! ¡Divino ángel de mis venturosos ensueños! Todo lo sé; el miserable cómplice de tu pérfida amiga, lo confesó al cabo. Alma de mi vida; vuelve la tranquilidad á tu angelical corazon y vive para amar como te ama tu

ALFREDO.»

Digitized by Google

Dobló esta carta y despues de introducirla en un sobre, se la entregó á Enriqueta.

—Toma, le dijo, procura que se entere y no olvides con cuánta impaciencia espero verte nuevamente.

Enriqueta se despidió y salió.

Cuando Alfredo volvió la cabeza, se encontró con Enrique que acababa de abandonar el lecho.

—¡Ah! exclamó el enamorado jóven.

—Todo lo he escuchado, replicó Enrique.

—Entónces...

—Dame su carta, dijo extendiendo la mano.

Alfredo se la entregó.

—Luisa mañana está buena, ó habrá dejado de existir, exclamó cuando la hubo leido.

—¡Oh! murmuró Alfredo, é inclinó la cabeza sobre el pecho presa de un profundo abatimiento.

Pero sigamos á Enriqueta y veamos por nuestros ojos cómo se encontraba Luisa.

Ya sabemos por aquella que se hallaba en el lecho.

En el gabinete que ya conocemos estaban dos doncellas que no permitian el paso á nadie.

Sus padres entraban con frecuencia en la habitacion.

Llegó Enriqueta.

—¿Cómo sigue? preguntó á sus compañeras.

—Lo mismo, la contestaron tristemente.

Digitized by Google

Penetró hasta donde estaba Luisa.

Esta se hallaba con fiebre.

Enriqueta se acercó al lecho.

Fijó en ella una intensa mirada.

Estaba densamente pálida.

Su respiracion era fatigosa.

Sus ojos se hallaban cerrados.

Se inclinó sobre ella, y con voz apénas perceptible la dijo:

—He visto al señorito Alfredo.

Luisa alzó tristemente los ojos.

—Sabe que es V. inocente y ama á V. más que nunca.

Su mirada pareció animarse y aspiró con más fuerza.

—Leyó su carta, prosiguió Enriqueta viendo los efectos, y creí que se moria.

Una fuerte convulsion agitó sus nervios y la más viva ansiedad se pintó en su mirada.

—Pero por fin nombrando á V. con delirio, me rogó le contara todo lo que la hubiera á V. sucedido.

Luisa plegó levemente los lábios y espiró en ellos una dulce sonrisa.

—Todo se lo referí y cuando le dije que V. le nombraba con frecuencia, llegué á temer se volviera loco. Llamaba á V. y la bendecia diciendo que usted no podia morir porque es preciso que viva para amarse los dos eternamente.

Digitized by Google

La pobre niña abrió cuanto pudo su boca y aspiró con avidez.

Sus ojos, ántes cerrados, comenzaron á adquirir algun brillo y los tenia fijos en Enriqueta.

—Y por último, añadió ésta, escribió una carta...

Se interrumpió.

Una violenta sacudida acometió á Luisa.

Enriqueta, asustada, se precipitó sobre ella.

—La car... ta, pronunció con apagado acento la niña.

Enriqueta, sin reflexionar siquiera que obraba imprudentemente, se la mostró.

Luisa movió repetidamente sus lábios.

Comprendiendo la insinuacion la doncella, aproximó á ellos la carta.

Entónces Luisa, haciendo un supremo esfuerzo, irguió rápidamente la cabeza, y oprimió con fuerza sus lábios contra el papel.

Moduló un débil beso y cayó pesadamente sobre la almohada.

Enriqueta, sobrecogida, la contempló afanosamente.

Parecia entregada á un dulce sueño.

Su respiracion era más pausada.

Poco á poco la extremada palidez de sus mejillas, fué adquiriendo un ligero tinte rosado.

La agitacion de su pecho se hizo ménos violenta.

Digitized by Google

Entónces se separó del lecho y fué á sentarse en un divan cerca de él.

Allí permaneció inmóvil un largo rato.

Osciló levemente la *portière* y apareció la Marquesa.

Enriqueta se puso en pié.

—¿Cómo sigue? la preguntó.

—Duerme, murmuró la doncella.

La Marquesa alzó la colgadura del lecho y se aproximó á su hija.

La estuvo contemplando silenciosamente, por espacio de algunos minutos.

Despues acercó sus lábios á los secos de la niña y estampó en ellos un tierno beso.

Esta abrió los ojos.

—¿Cómo te sientes, hija mia?

Luisa desplegó una leve sonrisa y pronunció un «Bien» suave, como el murmullo de la brisa, delicado, como el perfume de una flor.

—Ya habla, exclamó la Marquesa, será la crísis que el Doctor esperaba, haz que le avisen.

Enriqueta salió.

La madre de Luisa fué á sentarse en el divan.

Media hora trascurrió.

Llegó el doctor.

Reconoció á la enferma y declaró una sorprendente mejoría; la fiebre cedia con una rapidez extraordinaria.

Digitized by Google

—¿Qué siente V., hija mia? la preguntó cariñosamente.

—Sed, respondió la niña con débil acento.

Recetó una bebida calmante que inmediatamente fueron á buscar.

Luisa refrescó sus lábios y cerró los ojos indicando que queria estar sola.

Todos salieron, excepto Enriqueta que se quedó á su lado.

La niña volvió á levantar los párpados.

—Y su car... ta preguntó.

La doncella se la mostró nuevamente.

—Da... me... la.

Enriqueta la puso en sus manos.

Débilmente la oprimió Luisa entre sus dedos y la llevó á sus lábios.

Aquello parecia comunicarla fuerzas.

Así la retuvo unos momentos.

Luego la separó y la llevó al corazon.

¡Pobre niña, cuya alma toda, era amor!

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO XIII.

EL IDILIO DEL AMOR.

La enfermedad de Luisa habia seguido rápidamente su curso.

Al siguiente dia ya se encontraba enteramente buena, mas sin embargo, aún permaneció en el lecho.

A su lado constantemente se hallaba Enriqueta.

Acababa en aquel instante de venir de la calle y Luisa incorporada sobre las almohadas, leia y releia un papel.

No hay necesidad de expresar que era de Alfredo.

Veamos qué le decia.

«Luisa mia: quisiera decirte mucho y no hallo frases suficientes á ello.

»¡Cuán lentas van á parecerme las horas del dia!

»El recuerdo de tu nombre las endulzará.

»Hasta luego, radiante sol, que inundas de felicidad mi alma; piensa en mí y vive en la completa con-

Digitized by Google

viccion de que jamás tu preciosa imágen podrá existir por un sólo instante separada de la mente de tu

ALFREDO.»

La lectura de esta carta, parecia darla doble vida.

No se hubiera creido al ver la dulce expresion de su rostro y el intenso brillo de sus pupilas, que aquella niña, un dia ántes, hubiera sido presa de una horrible fiebre.

Lo cual prueba que Cupido es un excelente médico; siendo verdaderamente una sensible desgracia que sus *específicos* no se expendan en ninguna farmacia ni droguería.

Luisa no permitió la entrada en su habitacion á ninguna de las numerosas amigas que iban á enterarse de su estado.

Queria estar sola, para poder dejar volar libremente su pensamiento, por el risueño horizonte de su amor.

Sus padres, ocupados en recibir, tampoco llegaban á distraerla con frecuencia.

Se encontraba, pues, en la exclusiva compañía de su doncella favorita.

Así permaneció todo aquel dia y parte de la noche.

La una de la mañana seria, y ya en aquella casa todo reposaba en el mayor silencio.

Estaba enferma la principal motora, la reina de

Digitized by Google

las diversiones, y no habia, por lo tanto, que pensar en ellas.

El menor ruido, además, podia molestarla.

En el dormitorio de Luisa, alumbrado por la opaca luz de una gran lámpara, cuyo intenso foco se hallaba recogido por una magnífica bomba de porcelana verde, se encontraba ésta, reclinada en un canapé.

Se acababa de levantar y se hallaba envuelta en una elegante bata.

Sus cabellos arreglados con encantadora negligencia, daban á sus rostro una expresion de indefinible belleza.

Por su pálida frente, caian algunos sueltos rizos, asemejándose á un campo de marfil, sembrado de espigas de oro.

Descansando ambos brazos sobre sus rodillas, tenia la vista fija en sus pequeñas manos, como admirando ella misma, aquellos dos copos, sublime mezcla de nieve y rosa.

En esta actitud la sorprendió su doncella.

—Ah, exclamó, ¿que hay?.

—Nada, señorita, todos duermen.

—¿Qué hora es?

—La una y media, próximamente.

—Ya, pues, debe venir.

—No tardará.

Como si estas palabras hubieran tenido un efec-

Digitized by Google

to májico, un prolongado silbido se oyó por la parte de la calle, llegando á herir los oidos de las dos jóvenes.

—Ahí está, murmuró trémulamente Luisa, y se llevó una mano al corazon qne le palpitaba con ruda violencia.

Enriqueta se dirigió acto contínuo al balcon y agitó un pañuelo, como ya en otra ocasion la vimos practicar; cerróle en seguida y salió de la estancia.

Luisa quedó sola.

Estaba convulsa.

Parecia la débil hoja de un árbol, arrastrada por el poderoso impulso de un fuerte huracan.

Por fin la noble figura de Alfredo, apareció por entre el rico portier que cubria la entrada.

Corrió á postrarse á sus piés.

—¡Luisa mia! exclamó cogiéndola una mano, que estrechó dulcemente entre las suyas.

—Perdon, Alfredo mio, murmuró á su vez la niña, envolviéndole en una mirada de indecible ternura.

—Perdon ¿y de qué? inocente víctima de la más baja y fea trama.

—¡Ah!

—Sí, ángel mio, nada ignoro, todo lo confesó el infame cómplice de tu falsa amiga, que á su vez me burlaba de igual modo.

—¡Cómo! ¿ese hombre...?

—Sí, era uno de mis más íntimos amigos.

Digitized by Google

—Oh, ¿y cómo te lo ha confesado?

—Bah, pues... ya ves, tartamudeó Alfredo, que queria ocultar la verdad á su amada, el remordimiento...

—Ah, no, no, le interrumpió vivamente la jóven, que adivinó lo sucedido, tú me mientes Alfredo.

—¡Luisa!

—Sí, Alfredo; el corazon no me engaña ¡tú te has batido! y fijó en su amante una penetrante mirada.

—Pero, por Dios, Luisa mia...

—No, no, Alfredo, quiero saber la verdad, no me la ocultes, por compasion, y cruzó sus manos en ademan suplicante.

Alfredo no pudo resistir por más tiempo, á la expresion de angustioso afan que se pintó en el bellisimo rostro de la niña.

—Pues bien, sí, Luisa mia, dijo; ese hombre te habia ofendido y era preciso que con su sangre, lavara las huellas de las lágrimas que por su causa han derramado tus celestiales ojos.

—¡Ah! ¿Has expuesto tu vida? Alfredo mio, exclamó atrayéndole hácia sí de una mano, como si temiera que aún fueran á arrebatársela; ¿y si llegas á morir?

—No, Luisa, respondió Alfredo dejándose arrastrar por la dulce presion que sobre sí ejercian las manos de la niña, yo tenia el seguro presentimiento de que viviendo tú no podia yo morir, porque tu amor me escudaba.

Digitized by Google

—¡Ah! Alfredo, es que si tú mueres, hubiera muerto yo, porque sin tu amor no quiero la existencia; y sus ojos brillaron con todo el fuego de su intensa pasion.

—¡Luisa adorada! exclamó trasportado Alfredo y enlazando sus brazos á la flexible cintura de la jóven la oprimió dulcemente en ellos.

Sus lábios se unieron y un doble beso resonó en la estancia.

Luego Alfredo, reclinó suavemente su cabeza sobre un hombro de la jóven.

Esta se sentia desfallecer de felicidad.

Habia llegado á creer perdido para siempre el amor de Alfredo, y aquello la parecia un agradable sueño.

Su pecho se agitaba violentamente á impulsos de tan extrema dicha.

Alfredo no daba señales de vida.

Aspirando con delicia el delicado perfume de los cabellos de su amada, al mismo tiempo que sintiendo aromáticamente rociado su rostro, por las contínuas corrientes de su fresco aliento, le habia producido un alucinamiento, que lentamente le fué privando de todas sus facultades.

Se hallaba, pues, aletargado.

Luisa le contemplaba con embeleso.

Mayor felicidad era imposible.

En esta actitud les sorprendió Enriqueta.

Digitized by Google

—Señorita, las cinco, dijo.

—¡Ah! exclamó la jóven como si despertara de un profundo sueño; y luego, Alfredo... Alfredo mio, murmuró con un acento, que parecia arrancado de las divinas cuerdas del arpa de Sion.

Este abrió los ojos.

—Alfredo, las cinco, prosiguió y en su voz se conocia el inmenso sacrificio que la costaba sacar á su amante de aquel dulce éxtasis.

—¡Ah! ángel mio.

Una lágrima resbaló suavemente por las mejillas de Luisa.

—¿Lloras, Luisa? ¿Qué tienes? preguntó irguiéndose Alfredo, con acento de indefinible expresion.

En efecto, trás aquella lágrima, habian asomado otras á los ojos de la jóven, formando sobre sus largas y sedosas pestañas, un círculo de cristalinas perlas.

—Nada, Alfredo mio... la emocion... el tener ya que separarnos...

—¡Oh! purísima flor que embelleces mi existencia, cálmate; dia llegará mediante el cielo, en que nos veamos unidos por toda una eternidad.

—Por Dios, señor baron, vamos, interrumpió Enriqueta, que muda é inmóvil, presenciaba desde la puerta esta tierna escena.

Alfredo hizo un sobrehumano esfuerzo y se lanzó fuera de la habitacion exclamando:

—¡A Dios, Luisa mia!

Digitized by Google

Una débil exclamacion se escapó del pecho de la niña, y cayó desvanecida sobre el canapé.

En este estado la encontró Enriqueta, que se apresuró á socorrerla, y vuelta en sí la dijo:

—¿Se va V. á acostar señorita?

—Sí, Enriqueta, murmuró con apagado acento.

La doncella la desnudó rápidamente y la colocó entre las blancas sábanas de finísima batista y encajes, que entraban á formar parte de su riquísimo lecho.

Una vez allí la preguntó cariñosamente:

—¿Desea algo la señorita?

—No, Enriqueta, puedes retirarte, contestó; y cerró los ojos.

La doncella, despues de haberla acomodado bien, se inclinó y salió con el silencio de una sombra.

Contra lo que frecuentemente sucede, Enriqueta profesaba un especial cariño á su jóven señorita; bien es verdad, que Luisa con su angelical carácter se hacia amar de cuantos la rodeaban.

Solamente á la envidia más pertinaz, podia serle repulsiva la celestial niña.

Digitized by Google

CAPÍTULO XIV.

LA EXPIACION.

La herida de Miguel, segun anunciara el Doctor habíase ido cicatrizando rápidamente, y á los quince dias ya pudo abandonar el lecho.

Encontrábase en el presente sólo en su habitacion y muellemente reclinado en una butaca.

Ya iban desapareciendo de su rostro las huellas de su pasada enfermedad.

Aún se notaba en él una ligera palidez, pero su mirada era fija y expresiva.

—Oh, murmuraba, ella tambien me abandona ó pretende abandonarme, al ver que no he conseguido sus inícuos fines... pero, ¡bah! repuso en seguida, la tengo entre mis manos y no la soltaré tan fácilmente. Veamos lo que piensa, y aproximando un velador, que estaba al alcance de su mano, concibió una carta en los siguientes términos:

Digitized by Google

«Adorada Cecilia: Grande es la ansiedad que devora en estos instantes mi alma, al ver pasados tantos dias sin tener de tí la menor noticia.

»¿Cuál ha sido la causa de tal retraimiento por tu parte?

»En vano torturo mi mente, para hallar alguna en que fundarle, pues á lo sumo, consigo perplejas suposiciones, que no sirven para darme el menor rayo de luz, acerca de lo que con tanto afan pretendo alcanzar.

»Así, pues, espero de tu reconocida bondad, te dignes manifestármela y volverá á renacer la perdida tranquilidad, en el amante y esclavizado corazon de tu

MIGUEL.»

Así que hubo terminado, la encerró bajo un sobre y miéntras ponia la direccion, tiró del cordon de la campanilla.

Un criado se presentó.

—Vaya V. á la calle de Hortaleza número... principal, pregunte V. por Carolina, y de mi parte la entrega esta carta.

El doméstico tomó el papel que Miguel le alargaba y salió de la habitacion.

Trascurrieron quince minutos.

Volvió á presentarse el criado.

—Entregué la carta y me encargó hiciera á usted presentes sus afectuosos recuerdos, dijo.

Digitized by Google

—Está bien, contestó Miguel.

El sirviente se retiró.

Pasó otro cuarto de hora.

La puerta de la habitacion se abrió y apareció en ella Ciro.

—¿Cómo te encuentras, amigo mio? le preguntó endiéndole una mano.

—Bien, gracias, le respondió estrechándosela amistosamente.

—¿Ha venido hoy Fernandez?

—No, ya hace unos dias que me dió de alta.

—¿No has salido?

—Aún no; me hallo sin ganas.

—¿Pero ya puedes andar bien?

—Sí, querido, perfectamente.

Así prosiguieron hablando por espacio de media hora.

El criado se presentó nuevamente.

—Ahí está la jóven á quien llevé la carta, que desea ver á V., dijo á Miguel.

—Que pase, respondió éste.

—Mira, añadió dirigiéndose á Ciro, es Carolina, ocúltate ahí, y señaló á la alcoba.

Así lo verificó éste.

Momentos despues entraba la doncella de Cecilia.

—Buenas tardes, señorito, le dijo afectuosamente.

—Hola, Carolina, felices las tengas.

—¡Cómo sigue V.?

Digitized by Google

—¡Phs! respondió Miguel, faltándome poco para rabiar.

—¡Jesús, señorito! usted siempre con tan buen humor.

—Qué quieres hija, si ganara álgo con tenerle malo, pero en fin, ocupémonos de lo que interesa, ¿Y la señorita?

—Bien, gracias; esto me ha entregado para V.; y le presentó dos sobres separadamente.

Miguel comprendió lo que aquello era y se sonrió levemente.

Desdobló el más pequeño, y leyó lo siguiente.

«Miguel: Deseando obremos con la mayor franqueza, voy á hablarte con la que á mí me caracteriza.

»Como no debes haber olvidado, las condiciones que te puse al solicitar mi amor, considero hasta prolijo, decirte que todo ha terminado entre nosotros al no haberse cumplido aquellas.

»Siento verdaderamente te hayas expuesto de ese modo para tan nulos resultados, mas ya comprenderás, que eso no me obliga á otra cosa que á un reconocimiento hácia tí, pues que es claro, que al aceptar tú el compromiso, aceptaste asi mismo y bajo tu única responsibilidad, los inconvenientes que éste llevara consigo; yo jugaba con el fin y tú con los medios, aquel no se ha logrado, no puedo, pues, haber perdido, cuando mis cartas no han entrado en juego.

Digitized by Google

»Así, que te devuelvo las tuyas, esperando de tí igual correspondencia.

»Y deseándote un sin número de prósperas felicidades, queda tu reconocida y afectísima amiga,

CECILIA DE SANTARÓ.»

No podia darse carta con más insolencia, en tales circunstancias.

Claramente se percibia que Cecilia habia escrito aquellas letras en un arranque de frenético arrebato.

Miguel sintió rebosar su alma en ira; mas no obstante, logró reprimirla y dejando asomar á sus lábios una sardónica sonrisa, tomó la pluma y la contestó en los siguientes términos.

«Cecilia: He leido tu carta, no sé si con mayor asombro qué satisfaccion.

»Quieres que arrojemos la máscara, y nos presentemos tal cuales somos; enhora buena: eso me place, pues que así marcharemos más pronto á óptimos resultados.

»Dices, que te consideras desligada del compromiso de concederme tu amor: no te lo combato; has querido cebar en mí tu cólera creyendome postergado, pero te has olvidado de un cabo suelto, al cual te encuentras estrechamente unida: este cabo suelto, son tus cartas.

»Yo, al ponerme frente á la razon, al romper con mis más íntimos amigos, abrigué en mi mente una seductora y realizable idea.

Digitized by Google

»Sabia que tu amor era sueño ilusorio, y por lo tanto nunca llegó á impresionarme.

»Mas ambicionaba otra cosa, que tú me hiciste alimentar, y ya puedes comprender que no he de ser tan necio, que vaya á quedarme imposibilitado para obternerlo.

»Tus cartas, pues, las conservo en rehenes.

»Y esperando tu resolucion, que no dudo será propòrcionarme la inefable dicha de ir á postrarme á tus piés, te suplica no olvides la impaciencia con que queda, tu ferviente adorador

MIGUEL.»

Tampoco podia pedirse mayor cinismo.

Guardóla bajo un sobre y la puso en manos de Carolina, juntamente con una moneda de oro.

Le convenia ganar su confianza, para un último caso.

La doncella se despidió y salió.

Sigámosla y veamos en qué estado se encontraba Cecilia.

Desde la noche del baile, donde todo lo presenció oculta bajo un disfraz estaba poseida de una profunda desesperacion.

Sus planes habian salido fallidos, pues ella, juzgando equivocadamente á Alfredo, creyó que éste únicamente reprocharia á su amada, dando por terminados sus amores.

Mas, cuando le vió dirigirse rápidamente sobre

Digitized by Google

Miguel y arrancar de sus brazos á Luisa; eonducir á ésta y luego escuchó la reparacion exigida á aquel, todas sus esperanzas las fundó en el resultado del duelo.

¿Cómo enterarse de éste?

Al dia siguiente envió á su doncella á preguntar por Miguel.

La dijeron que al amanecer, habia sido conducido en un mal estado.

No necesitó saber más Cecilia.

Su desesperacion no tuvo límites.

Ya sólo una idea la preocupó.

¿Qué habia decidido Alfredo?

Esto era más difícil de averiguar, más sin embarbargo no desmayó.

Fué ella misma á enterarse del estado de Luisa.

Con gran satisfaccion de su parte, no la pudo ver, pues la enferma niña habia hecho sobre esto una prohibicion en absoluto.

Volvió al siguiente dia.

Estando conversando con la Marquesa, ella, que todo lo observaba con la mayor atencion, vió á Enriqueta cruzar por la antecámara.

Despues oyó abrir y cerrar la puerta de la escalera.

No vaciló.

Se despidió de la madre de Luisa.

A la puerta, la esperaba su berlina.

Digitized by Google

Dió órden al lacayo de detenerse en la calle de la Montera, frente á la Iglesia de San Luis.

Corrió las cortinillas.

A los pocos momentos se hallaba en observacion.

No habian trascurrido diez minutos, cuando volvió á ver á Enrıqueta, que con precipitado paso penetró en casa de Alfredo.

Ya no la quedó la menor duda.

Alfredo y Luisa se habian dado explicaciones.

Estaba, pues, en descubierto con ambos amantes.

Tenia que renunciar forzosamente á la amistad de Luisa.

Eu un estado de agitacion nerviosa se dirigió á su casa.

Desde luego se decidió á romper definitivamente con Miguel.

Ya hemos visto que así lo intentó á la primera ocasion que tuvo.

Prosigamos, pues.

Se encomtraba á la sazon en el gabinete que ya conocemos, esperando á su doncella.

Esta no tardó en presentarse.

Se apresuró á leer la carta.

Entónces comprendió su tristísima situacion.

Sintió que le faltaban las fuerzas.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y así permaneció un largo rato.

Por, fin la levantó y murmuró.

Digitized by Google

—Perdon, madre mia; y sus ojos se hallaban humedecidos por las lágrimas.

Comenzaba á comprender todo lo mal que habia obrado.

Pero lo conocia tarde.

En una mano retenia la fatal carta.

Secóse el llanto y volvió á leerla.

No se le escapó su verdadero sentido.

Aquel hombre abusaba de su posicion.

Poseia sus cartas, que podian hacer públicos sus desacertados proyectos y los queria vender á un infame precio.

Este precio era su honra.

Es decir, un deshonor la habia de salvar de otro.

Pero que éste, estaba mucho más próximo.

Aquello era un justo castigo.

Así lo comprendió ella.

Se levantó y se acercó á un velador.

Se puso á escribir.

He aquí lo que escribia.

«Miguel: Tenga V. piedad de mí: he sido muy criminal, lo sé; mas pídame V. la vida y respete el honor de mi anciano padre.

«No desoiga V. mis ruegos y vivirá bendiciéndole lo poco que le resta de vida,

CECILIA DE SANTARÓ.

Digitized by Google

Enseguida volvió á mandar á Carolina.

Ella tornó á sentarse en una duquesita y allí se entregó al más amargo llanto.

Pensaba en su tierna madre.

Digitized by Google

CAPÍTULO XV.

QUE ES CONTINUACION DEL ANTERIOR.

En este estado encontró á Cecilia su doncella, que la entregó otra carta.

Limpió sus lágrimas y leyó.

«Cecilia: serán inútiles sus ruegos. Se ha llegado á apoderar de mí este pensamiento y me domina por completo; no admito demora; V. verá lo que resuelve:

MIGUEL.»

¡Oh!, Aquel honbre tenia un corazon de cieno.

Cecilia debia considerarse perdida.

Por un momento permaneció inmóvil con la vista fija en el suelo.

—Basta, exclamó con acento siniestro, nada adelanto con llorar, supe hacer el crímen, sabré cumplir el castigo, y por tercera vez, con mano convulsa, escribió.

«Pues que es preciso, sea y que sobre su cabeza caiga la responsabilidad de mis actos. Esta noche á

Digitized by Google

las dos, espero á V. con las cartas; arregle V. los medios como mejor juzgue.»

Llamó á su doncella.

—Toma, la dijo, obedece á ese hombre en todo, y... vete, Carolina.

....

Cecilia se hallaba sola en su habitacion.

Un magnífico candelabro de cinco luces colocado sobre un velador, extendian su claridad por todos los ámbitos de ella.

Sentada en un canapé, parecia presa de una febril agitacion.

En sus hermosos ojos se notaban profundas huellas de llanto; pero entónces brillaban con un fulgor siniestro

Frecuentemente se dirigian á la puerta de entrada, como si temiera la presencia de un sér extraño.

No eran vanos sus temores.

El largo portier osciló, y se separó pausadamente á impulsos de una fuerza exterior.

La figura de un hombre, se dibujó entre él.

Era Miguel.

Tropezó su vista con las fulminantes miradas de Cecilia.

Por fin, dió un paso.

—Perdóneme V., Cecilia, dijo, si contra mi voluntad no he accedido á sus ruegos.

Digitized by Google

—Esas palabras, exclamó ella indignada, en boca de V. son un horrible sarcasmo.

—¡Oh, no! prosiguió Ramirez, avanzando hasta caer á sus piés, si V. supiera, Cecilia...

—Terminemos, interrumpió ésta despreciativamente; ¿y las cartas?

—Hélas aquí, dijo Miguel, sentándose en el canapé y sacándolas de un bolsillo de su chaquet.

Cecilia las tomó.

Sintió abrasarse los dedos á su contacto, como si hubiera cogido un hierro candente.

Se levantó, y las arrojó á la chimenea, donde á pesar de lo avanzado del tiempo, ardia un gran fuego.

Pronto una intensa llama, brilló entre los rojos troncos de encina, y poco despues se convertian en cenizas.

Cecila las contempló por un momento.

Luego volvió á sentarse.

—¿Y bien? preguntó por fin Miguel, que habia presenciado impasible aquella escena.

Cecilia se extremeció al sonido de aquella voz.

—¿Qué desea V? exclamó fijando en él una intensa mirada de solemne desprecio.

—Cecilia, prosiguió resistiéndola y clavando él á su vez otra en ella; donde brillaba un fuego satánico; yo estoy loco, desde hace largo tiempo, vengo alimentando esa bella esperanza, que me esclaviza, me subyuga. Yo quisiera...

Digitized by Google

—Basta, le interrumpió altivamente la jóven, creí que aún podia esperar de V. una resolucion genere-sa, una accion noble y elevada; me engañé; en V. no hay más que un corazon empedernido, esclavo como todo lo bajo de los vicios más groseros. Pues bien, caballero, prosiguió levantándose rápidamente y haciendo brillar en su diestra un agudo puñal, intenté consumar sus infames deseos, dé V. un paso hácia mí y me hundiré este puñal en el pecho, pues prefiero mil veces morir, á ver torpemente manchado el limpio honor de mi noble padre.

Miguel se puso instantáneamente en pié y retrocedió dos pasos.

Pero en seguida se repuso.

—¡Bah! exclamó dejando asomar una infernal sonrisa á sus lábios, V. no hará eso, porque seria lo mismo que dar pábulo á la calumnia, que cebaria su viperina lengua en los nombres de su padre y hermano que indudablemente se verian acusados de un crímen, que no parecia testificado, ¡y quién sabe! si lograria con ese rasgo heróico, hacer que ambos terminasen su gloriosa carrera en las infamantes gradas de un patíbulo. Con que vamos, Cecilia, arroje V: léjos ese fatal hierro, que sólo puede traer en pós de sí la deshonra y el cadalso, y ábrame V. amorosamente sus brazos, que aún podemos ver abiertas para nosotros las puertas del Paraiso.

Indisputablemente, Miguel representaba en aque-

Digitized by Google

llos momentos la horrible figura del ángel de las tinieblas.

Cecilia, sobrecogida, anonadada, dejó escapar el puñal de sus manos y su cuerpo vaciló un instante, yendo á caer en los brazos que el infame seductor se apresuró á tenderla.

Sus ojos brillaron con todo el fuego de sus impúdicos deseos.

La estrechó fuertemente contra su pecho, sellando con sus lábios, los purísimos de la jóven.

La contempló ansiosamente un momento y una nube oscureció su vista.

Luego... ya no vió mas.

....

Cuando volvió á salir, aún permanecia desmayada Cecilia.

En el salon contiguo y profundamente dormida en una butaca, estaba Carolina.

La despertó y ámbos desaparecieron silenciosamente.

Diez minutos despues volvió aquella y entró en la habitacion de Cecilia.

Se apresuró á socorrerla.

La jóven abrió los ojos.

Miró en su derredor, fijó la vista en sí y comprendió todo lo horrible de su desgracia.

Pocos momentos despues, se hallaba en su lecho, devorada por una intensa fiebre.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO XVI.

LA PRIMERA ESPINA.

Dejamos á Luisa presa de una agitacion nerviosa, producida por tan violentas emociones.

En toda la noche la habia sido posible reconciliar el sueño.

Al amanecer, la fatiga del espíritu la habia sumido en una especie de letargo, que le duró algunas horas.

A las doce de la mañana se presentó la Marquesa en su habitacion.

Luisa estaba ya vestida.

En su hermoso rostro se veian inequívocas señales del insomnio.

Sus mejillas, se hallaban cubiertas de mate palidez.

Su mirada era vaga é indecisa.

La Marquesa imprimió un beso en los lábios de su hija y la contempló con maternal afan.

—¿Qué tienes, hija mia? la preguntó con acento

Digitized by Google

de inmensa ternura; hace una infinidad de veces, de poco tiempo á esta parte, que te he visto enfermar sin que sepa de qué proviene; hoy te encuentro pálida, ojerosa; ¿que te aqueja, Luisa? ¿Por qué sufres?

—No, mamá, respondió la niña procurando sonreir alegremente; si no sufro, ni siento malestar alguno, tú te engañas, mamá mia; estoy completamente buena; ¿no me ves? Y dándola un cariñoso beso, intentaba dar á sus ojos el brillo y la expresion que habitualmente tenian.

—Hija mia, tú te esfuerzas por ocultármelo, sin comprender que eso no es posible á una madre: tú padeces; hace tiempo que veo constantemente velados tus ojos por una profunda tristeza. ¿Por qué no me revelas su cáusa, Luisa? ¿No tienes confianza en mí?

—¡Ah! mamá, exclamó la pobre niña abrazándola, como si quisiera por este medio eludir una contestacion.

La Marquesa fijó en ella una intensa mirada.

—Tú amas, Luisa, la dijo sin vacilar.

—Madre mia, murmuró ella, cuyas mejillas se tiñeron de encencido carmín.

—Sí, Luisa, tú amas, no intentes ocultarlo, pero bien, hija mia, ¿por qué recelas? Vamos, háblame como pudieras hacerlo con una tierna amiga: ¿Crees acaso que haya quien desee tu felicidad con más interés que yo?

Digitized by Google

—¡Ah! no, mamá, acertó á responder Luisa, que empezaba á temblar como una azogada.

—Entónces, ¿por qué tiemblas? ¿Por qué no me lo confiesas á mí? ¿Es tal vez un crímen tu amor? Ea, habla, Luisa.

Un extremecimiento convulsivo agitó rudamente los nervios de la pobre niña, que se sentia desfallecer por momentos.

La fué imposible articular.

—Luisa, prosiguió vivamente la Marquesa, viendo el estado de su hija y tomándola suavemente una mano; con testa, yo te lo mando. ¿Por qué tiemblas de ese modo? ¿Por qué no me respondes? Y su vista, se fijó en Luisa que vacilante, convulsa, trémula, levantó sus celestiales ojos, y no pudiendo resistir la intensa mirada de su madre, cayó á sus piés exclamando.

—¡Perdon, madre mia! y por sus mejillas rodaron dos lágrimas.

—¡Cómo, Luisa! ¿Qué es eso? pregunto precipitadamente la Marquesa. ¿Por qué te confiesas culpable...? Amas, ¿es cierto?

—¡Ah, si!

—Pues bien, si él es digno de tu amor, ¿por qué humillas tu frente? ¿Te ama él?

—¡Ah! si, repitió la niña.

—¿Quién es?

—El Baron de Rosa-bella.

Digitized by Google

—¡Un noble! y entónces ¿por qué temes? ¿Dudas de mi cariño? ¿No sabes que mi único deseo es tu felicidad? Vamos, Luisa, levanta y deposita en mí el secreto de tu amor.

Si Luisa hubiera sido dueña de sí, si hubiera tenido un poco de serenidad, se habria salvado; pero se reconocia culpable y su misma culpabilidad la delataba.

En el azoramiento que se encontraba, no era fácil pudiera conseguir la calma que necesitaba para sostener la mirada y contestar sin turbacion á las preguntas de su madre.

Sin embargo, intentó hacer un supremo esfuerzo y arrojarse en los brazos que ésta le tendia; mas de repente, y como si hubiera temido mancharlos con su impureza, retrocedió su cuerpo y dando un agudo grito, habria caido sobre la alfombra en una peligrosísima postura, si la Marquesa no se hubiese precipitado á sostenerla.

—Luisa, Luisa, hija mia, exclamó con acento de indecible ternura, ¿qué tienes? Habla, explícate.

—Perdon, mamá, murmuró débilmente la atribulada niña, ¡le amo tanto!

—Pero, ¿y él...?

—Tambien me ama.

—¿Y os veíais á menudo?

—Sí.

—¿Cuándo?

Digitized by Google

—Todas las noches.

—¿Y... dónde? preguntó con una ansiedad horrible.

—Aquí: respondió medio desfallecida Luisa.

—¡Desgraciada! ¿Qué has hecho? exclamó sordamente, soltando el cuerpo de su hija que fué á caer sobre el canapé, pues se sintió acometida de un vértigo, expantoso que la privó momentáneamente del conocimiento.

Luisa dejó escapar un segundo grito, que atrajo la presencia de Enriqueta.

Se quedó ésta inmóvil en el umbral de la puerta, sin atreverse á entrar.

De una mirada abarcó la situacion y se consideró perdida.

La Marquesa, algo repuesta, fijó en ella la vista.

Se levantó rápidamente y cogiéndola por una mano se la agitó con fuerza diciendo:

—Habla, todo lo quiero saber, pronto.

La pobre doncella sintió flaquearle las piernas y cayó á los piés de su señora.

—Perdon, señora Marquesa, exclamó.

—¡Ah, miserable! gritó ésta, con que tú... ¿es así como pagas los beneficios que recibes de tus señores, vendiendo su honor traidoramente?

—Señora Marquesa, perdon, el cariño hácia mi señorita; la veia sufrir.

—Silencio, no pretendas disculparte: ¿quién es ese hombre?

Digitized by Google

—El señor Baron de Rosa-bella.

—¿Dónde vive?

—En la calle de la Montera, número... principal.

—¡Oh! merecias que te mandara arrojar ignominiosamente á la calle, pero vas á permanecer aquí esperando mis órdenes.

—Bien, señora Marquesa, yo haré cuanto V. E. me mande.

—Socorre á tu señorita, terminó diciendo, y salió de la habitacion.

Se dirigió á las suyas.

Se dejó caer en un divan y sus ojos vertieron amargas lágrimas.

—¡Vírgen purísima, exclamó elevando una dolorosa mirada á una imágen de la Inmaculada Concepcion colocada en una de las paredes, tened piedad de nosotros!

Luego, un poco más tranquila, oprimió fuertemente un timbre.

Una doncella acudió.

—Vé si está el señor Marqués en sus habitaciones y que le avisen que necesito hablarle inmediatamente, la dijo.

Se inclinó la doncella y salió.

Algunos minutos despues, entraba en la estancia el Marqués de Alsilla.

—¿Qué deseas, Teresa? preguntó solícitamente á su esposa.

Digitized by Google

—Cárlos, voy á hablarte de un asunto de inmenso interés.

El Marqués tomó asiento al lado del canapé y dijo:

—Ya te escucho.

—Antes deseo, prosiguió la Marquesa, que me concedas tu perdon.

—¡Mi perdon! ¿y por qué?

—No es para mí.

—¿Pues para quién?

—Concédemele.

—¿Para quién? repitió.

—Por Dios, te lo suplico, Cárlos, otorgámele, imploró la Marquesa juntando ambas manos.

—Le tienes concedido; veamos á quién es.

—¡Ah, gracias, esposo mio, gracias!

—Concluye de explicarte.

—¡Ah, Cárlos! prosiguió la triste madre que sentia anudársele la voz en la garganta.

—Acaba, repuso impacientemente el Marqués.

—Han abusado villanamente de la candidez de nuestra hija, de nuestra Luisa.

—¡Cómo! exclamó, cual si no acertara á comprender.

—Sí, Carlos, continuó ella mirando á su esposo con ademan suplicante, Luisa ha sido débil, perdonémosla.

—Teresa, gritó con voz ronca el Marqués incorporándose en su asiento; ¿qué es lo que dices?

Digitized by Google

—Perdon para ella, repitió la Marquesa dejándose caer á los piés de su esposo.

—¡Oh! rugió éste apretando con fuerza los puños, poniéndose en pié rápidamente y dando un paso hácia su esposa despidiendo centellas por los ojos; ¿quién ha sido el miserable que ha osado atentar contra mi honor?

—El Baron de Rosa-bella.

—¿Dónde vive?

—Cárlos, por Dios, gritó asustada la Marquesa al ver la terrible expresion que se pintó en el rostro del caballero.

—¿Dónde?

—Calle de la Montera, número... principal, pero tén piedad, esposo mio...

—Silencio, desgraciada, la interrumpió el Marqués con extentórea voz; y á pasos precipitados salió de la habitacion.

La Marquesa exhaló un grito y cayó desvanecida sobre la alfombra.

Digitized by Google

CAPÍTULO XVII.

LAS PRIMERAS CONSECUENCIAS.

Acababa de almorzar Alfredo y se hallaba en su habitacion entregado á dulces reflexiones, cuando vino á distraerle la presencia de un criado que le entregó una tarjeta.

Cogióla el jóven y miró distraidamente el nombre allí impreso.

Mas apénas hubo fijado bien su vista, cuando una exclamacion de sorpresa se escapó de sus lábios.

Un escudo de armas con corona, ornaba la tarjeta y debajo se leia un título nobiliario.

«El Marqués de Alsilla.»

Por un momento no acertó á expresarse.

Le enmudeció el asombro.

¿Qué le podia querer el padre de Luisa?

No se lo explicaba.

Por fin se repuso, y dijo:

Digitized by Google

—Que pase, y se preparó á recibirle.

Pocos momentos despues, se hallaban frente á frente aquellos séres que tanto y de tan opuestos modos, amaban á Luisa.

Se contemplaron por un instante.

El Marqués, cuyos ojos chispeaban, retrocedió un paso.

Esperaba encontrarse con un hombre y se hallaba con casi un niño.

—¿Es V. el señor Baron de Rosa-bella? preguntó como dudando.

—Servidor de V., repuso Alfredo, á quien las descompuestas facciones del Marqués hicieron presentir una desgracia.

—Entónces, señor baron, prosiguió el de Alsilla con dura entonacion, creo podré excusarme la enojosa molestia de expresar á V. el objeto de mi visita.

—Si el señor Marqués tiene la bondad de explicarse...

—Oh, jóven, añadió dando hácia él un paso, no me obligue V. á que recuerde lo que deseo olvidar; entre V. y yo media una torpe mancha, que es preciso lavar con sangre. Prepárese V. á recibir mis padrinos; y sin darle tiempo para que contestase, se dirigió hácia la puerta y desapareció por ella.

Alfredo quedó anonadado.

Se creyó víctima de una horrible pesadilla.

Digitized by Google

Se pasó una mano por la frente, que la sintió helada.

Largo rato permaneció sin que le fuera posible darse cuenta de sí.

Al fin logró calmarse un tanto.

¡Qué terrible situacion!

Tenia que matar ó morir.

Lo primero era imposible.

Lo segundo, ¡qué horror!

Luisa maldeciria al verdugo de su esposo ante Dios.

Y éste era su padre.

¡Cruel alternativa!

Alfredo tiró con mano convulsa del cordon de la campanilla.

—El coche... en seguida, dijo al criado que acudió á su llamamiento.

Dió largos paseos por la habitacion.

Sentia helársele la sangre en sus venas.

Un cuarto de hora trascurrió.

Un criado entró á decirle que el carruaje esperaba.

Tomó precipitadamente el sombrero y salió de la habitacion.

Descendió la escalera con vertiginosa rapidez.

—Calle de San Bernardo, número... á prisa, dijo al cochero, miéntras abria la portezuela.

Dejóse caer en el fondo de la berlina.

Digitized by Google

Aquel levantó la fusta sobre el cuello del caballo que se lanzó al trote.

Pocos minutos despues, se detenia ante un portal de regular apariencia.

Subió á grandes saltos la escalera y llegó al segundo piso.

Tiró con fuerza del llamador.

—¿Está el señorito Enrique? preguntó á una criada que salió á abrir.

—Creo que sí, D. Alfredo, pase V.

Este se precipitó en la habitacion de su amigo.

Enrique se encontraba escribiendo.

—¿Qué ocurre? exclamó al verle y notando la densa palidez de su semblante.

—Enrique, dijo Alfredo miéntras se dejaba caer en una butaca, tenemos que hablar sobre un asunto interesantísimo para mí.

Aquel dejó la pluma y fué á sentarse en frente de su amigo.

—Empieza, dijo.

—Enrique, prosiguió Alfredo que estaba en extremo agitado, la necesidad me obliga á confiarte un secreto sagradísimo. Ya sabes cuánto nos amamos Luisa y yo; pues bien, Enrique, en un momento de extravío, se ofuscó mi razon... y manché su virginal pureza. A nadie jamás he hablado sobre esto, y no hubiera salido del fondo de mi pecho, á no haber llegado esta crítica situacion. El padre de Luisa, no

Digitized by Google

sé cómo, se ha enterado, y aún no hace media hora que salió de mi casa. Ha ido á provocarme y de un momento á otro me enviará sus padrinos.

Alfredo calló.

Enrique quedó como aturdido.

Aquella revelacion, impresionó vivamente su alma delicada.

Por espacio de algunos momentos guardó silencio.

—Alfredo, dijo por fin hondamente afectado, has cometido una gravísima falta. Te has dejado arrebatar ciegamente por la pasion, y no reparaste en las inevitables consecuencias, que indefectiblemente tu locura habia de producir tarde ó temprano. Además, la pureza de una mujer nos debe ser tanto más sagrada cuanto más la amamos; pero, en fin, ya el daño está hecho y no resta otra cosa que buscar los medios de no agravarle. Comprendo que el Marqués, en estos momentos de ciego y natural furor, anhele tu muerte, pues que le has robado el más preciado floron de su corona y la reparacion no puede ser otra, en su ofuscacion, que el duelo, aunque luego le habrá de pesar; pero tú no puedes matarle.

—¡Ah, no!

—Tampoco rehusar.

—No, no.

—Ya lo sé, pues el nécio mundo te despreciaria, en vez de alabar tu prudente conducta. No te queda, pues, otro recurso, que dejar que el Marqués se des-

Digitized by Google

ahogue, aunque no sea más que por el momento, juzgando satisfecho su honor, en lo que debia ver un doble crímen.

—Sí, moriré ántes que yo matarle, dijo Alfredo con noble dignidad.

—Pero, ya debes comprender, prosiguió Enrique, que esto es horrible; Luisa maldecirá al matador de su amante, del padre del fruto que lleva en su seno.

—¡Oh!

—Por eso, Alfredo, es preciso aminorar en lo posible esta desgracia.

—¿Y cómo? Si ha de quedar ileso el honor de mi nombre, no existe medio alguno.

—Tú estás ofuscado y por tanto es inútil que intentes buscarle, pero escucha. Tú eres el provocado y por consiguiente tuyo el derecho de eleccion de armas. El florete le manejas regularmente; os batís á florete, y manteniéndote únicamente á la defensiva, puedes hacer fácilmente que tu adversario te hiera, en donde no sea peligrosa la herida. Tienes en tu favor la exaltacion del Marqués y si logras poder serenarte, habremos ganado la partida, y evitado honrosamente mayores desgracias.

—Yo, en todo caso, repuso Alfredo, en cuyos ojos brilló una chispa, no puedo hacer más que sacrificar mi vida por su amor; si cien tuviera, de igual modo las daria.

—Enhorabuena, si con tu generoso proceder ha-

Digitized by Google

brias de labrar su felicidad, mas cuando no ha de servir sino para hacer su eterna desdicha, seria una doble necedad exponerte. Nada, haz lo que te digo y quizás algun dia me des las gracias.

—¡Oh, sí Enrique! Te lo agradezco con toda el alma, hermano mio, y por si la suerte me fuera adversa, deja que desahogue en tí un momento mi pecho; y Alfredo, vivamente emocionado, se arrojó en los brazos de su amigo.

Este le estrechó en ellos tiernamente.

¡Con qué fuerza latieron aquellos dos corazones!

Cuando se separaron, sus ojos se hallaban humedecidos.

—Ea, vamos Alfredo, exclamó Enrique queriendo infundir ánimos á su abatido amigo, ántes que lleguen á tu casa los padrinos del Marqués.

Poco despues, ambos jóvenes bajaban la escalera.

—Buscaremos á Ciro, dijo Enrique al tiempo de entrar en la berlina, es un franco y leal corazon.

—Calle del Pez, número...

El coche se puso en marcha y á los tres minutos se detenia otra vez.

Los dos amigos se apearon y penetraron en el número indicado.

No nos molestaremos en subir tambien nosotros, pues ya sabemos á lo que iban, y así que sólo diremos que no habian trascurrido diez minutos, cuando volvieron á bajar, llevándose á Ciro consigo.

Digitized by Google

Los tres volvieron á ocupar el carruaje de Alfredo, ordenando éste les condujeran á casa.

Al llegar allí le despidió.

Subieron á su habitacion.

No haria media hora que habian llegado, cuando un criado entró á decir, que dos caballeros preguntaban por el señor Baron de Rosa-bella.

Este mandó les introdujeran.

Uno de ellos, representaba de treinta á treinta y cinco años y el otro excasamente contaria veinticinco.

Se dirigieron las puras frases de cortesía, y el de más edad, tomando la palabra, dijo:

—Señores, venimos en nombre del señor Marqués de Alsilla para tratar sobre las condiciones del duelo pendiente con el señor Baron de Rosa-bella, y por nuestra parte aprovechamos esta ocasion para ofrecerle nuestros respetos así como á sus dignos padrinos.

—Señores, repuso Alfredo, yo agradezco á ustedes la atencion con que nos distinguen, y con su permiso voy á dejarles para que lo arreglen libremente; y tendiendo una mano á los padrinos del Marqués‘ salió de la habitacion.

—Nuestro ahijado, caballeros, dijo entónces el que usaba la palabra, nos ha referido que el motivo de este lance es una grave ofensa de honor, y que por lo tanto, está dispuesto á llevarlo hasta el último terreno.

—Por nuestra parte, objetó Enrique, nada tenemos

Digitized by Google

que refutar á ustedes sobre esto; tratemos, pues, de sus condiciones.

—El duelo será á pistola.

—Perdonen ustedes; pero nuestro ahijado prefiere el florete.

—El Marqués es el ofendido.

—Y el Baron el provocado.

—En fin, que sea á florete.

—Mañana á las seis, en las inmediaciones de la Casa de Campo; allí elejiremos el terreno.

—Bien, extendamos el acta.

Ciro se sentó y la extendió en su debida forma.

En seguida llamaron á Alfredo para que firmara.

Los padrinos del Marqués se despidieron.

—Amigos mios, les dijo entónces Alfredo, vosotros cuidareis del médico y del coche, pues que el mio no sirve para este caso.

—Descuida, le respondió Enrique, nada faltará, nosotros te dejamos, hasta mañana.

—A' Dios, amigos mios.

Enrique y Ciro salieron.

Alfredo, así que quedó sólo, se puso á escribir.

Ya debemos suponer lo que escribia...

....

A las seis y cuarto del siguiente dia, se encontraban ambos adversarios, uno en frente de otro.

En ninguno de ellos se notaba la menor señal de miedo.

Digitized by Google

Los dos manejaban el florete, con especial maestría.

En el semblante del Marqués se traslucia el deseo de matar.

Alfredo, por el contrario, parecia conservar una imperturbable serenidad.

Seguìa su sistema de defensiva.

El Marqués, en su ofuscacion, se descubrió varias veces.

El jóven se contentaba con mantenerse en su posicion.

Para ninguno pasó desapercibida esta generosidad, incluso para el mismo Marqués, que se mordia los lábios.

Así permanecieron cerca de cinco minutos.

Por fin, Alfredo hizo una hábil maniobra como intentando tirarse á fondo y resbalando su arma por encima del brazo de su adversario, fué él mismo á clavarse el florete de éste en el hombro derecho.

Vaciló un instante y luego cayo en los brazos de los padrinos.

El médico reconoció la herida.

—Puede ser grave, exclamo, y practicada la primera cura, cogiéronle entre cuatro y le colocaron en el carruaje.

—¡A escape á casa! gritó Enrique al cochero.

Los caballos partieron al trote.

Digitized by Google

CAPÍTULO XVIII.

OTRO LANCE DE HONOR.

—¿Con que dices que el pobre Baron...?

—Sí, se ha dejado atravesar por el florete de su adversario.

—Que ha sido más hábil que él, querrás decir.

—No, querido Alfredo, con una generosidad y una nobleza sin igual, desvió su florete del pecho del Marqués, que en su ofuscacion se descubrió varias veces, y él mismo ha sido el que, para prevenir sin duda otra desgracia mayor, hizo que su adversario le infiriese una herida en el hombro derecho.

—¡Bah! eso tal vez lo dices para disculpar su torpeza ó inhabilidad.

—No, y lo mismo que yo te digo, te lo dirian cuantos han presenciado el duelo.

Digitized by Google

Esta conversacion la sostenian Ciro y Miguel en la habitacion de éste último, dos dias despues de haber tenido lugar las escenas referidas.

--¿Y dices que ha sido...? preguntó Miguel.

—Porque parece que Alfredo, en una cèna que tuvieron varios amigos en el Restaurant de los Cisnes, y entre los cuales en encontraba el Marqués, en un momento en que los vapores del Champagne herbian en su cabeza, se permitió decir algunas frases que herian directamente la susceptibilidad de éste; no me han dicho sobre que, pero yo he sospechado, haya sido alguna inconveniencia sobre sus amores con Luisa.

Ciro sabia la verdad, no porque se la hubieran dicho, sino porque lo habia claramente traslucido, pero en su delicadeza de alma, creyó debia sepultar aquel secreto en el fondo de su corazo n.

—Y no creo te equivoques, repuso Miguel, porque Alfredo siempre ha sido muy jactancioso.

—¿Y qué tal vas tú con Cecilia? le interrumpió su amigo, á quien empezaba á desagradar la conversacion.

—¡Pchs! dijo Miguel con marcado desdén, ya me va hastiando esa pobre chica.

—A tí en seguida te hastían, únicamente con Luisa parece que te hallabas empeñado.

—¡Bah! por mostrarte la tonta presuncion del Baron.

Digitized by Google

—Qué quieres, chico, replicó Ciro, yo todavía no veo claro ese asunto.

—¡Cómo! ¿Dudarás de la veracidad de mis palabras?

—Hombre, no, pero entónces, no me explico cómo Alfredo, habiéndole tú quitado el cariño de la mujer á quien tanto ama, no te guarde resentimiento alguno, pues por el contrario, me preguntaba por tí con mucho interés.

—¡Bah! exclamó un tanto mortificado Miguel; por cubrir las apariencias ocultando su despecho.

—Y además, despues del lance, no has vuelto á tener noticias de Luisa, lo cual prueba que no la tendrias con gran cuidado.

—¡Mujer al fin! dijo Ramirez procurando á su vez reprimir el despecho que sentia.

A este punto llegaban de la conversacion, cuando se presentó un criado diciendo á Miguel:

—Un militar que me parece es de artillería, desea verse con V.

—¿Ha dicho su nombre?

—No; se lo pregunté, pero me ha contestado con acento malhumorado: «no es necesario, no me conoce, dile que quiero hablarle.»

—Pues que pase, respondió preocupado Miguel.

Ciro fuè á ocultarse en la alcoba.

No tardó en aparecer el militar anunciado.

Pertenecia como habia dicho bien el criado, al

Digitized by Google

noble Cuerpo de Artillería, y en sus brazos brillaban dos estrellas y tres galones.

Representaba de veintiuno á veintidos años de edad.

Era de gallarda presencia y regular estatura.

Llevaba su honroso uniforme con cierta elegancia y distincion.

A primera vista, se reconocia en él al hijo de una elevada familia.

Su semblante estaba notablemente contraido.

—¿Es V. D. Miguel Ramirez? preguntó sin cuidarse aún de cubrir las primeras fórmulas sociales.

—Muy servidor de V., respondió Miguel, quien, á pesar de no conocerle, comprendió por sus ademanes, que no iba á darle ninguna buena noticia.

—Pues bien, prosiguió el jóven artillero con acento de marcada altivez, yo me llamo Conrado de Santaró, y vengo á escupirle á V. el rostro por su villano comportamieuto con una mujer débil é indefensa. Merecia V. que le matara como á un perro, pero esto en mí no es posible y quiero aún concederle el honor de cruzar sus armas con las mias. Aquí le enviaré mis padrinos. Supongo que no rehusará V. á pesar de la cobardía que demuestra su denigrante accion; mas por si no fuera bastante, vea si se atreve á devolverme esto.

Y con prodigiosa rapidez descalzóse una mano y arrojó su blanco guante al rostro de Miguel.

Digitized by Google

Sin darle tiempo para reponerse, salió de la habitacion.

Miguel, cuyas facciones se tiñeron de sangre, quiso lanzarse trás él, pero se vió detenido por Ciro que le sujetó de un brazo.

—¡Oh, suelta, gritó; necesito beber la sangre de ese hombre!

—Bien, respondió su amigo, eso ya lo harás, pero no ahora, que nada adelantarias sino promover un escándalo que podria traerte fatales consecuencias.

—¿Y qué me importa? Ese hombre me ha azotado el rostro y su sangre será poca á saciar mi sed de venganza.

—Bueno, cálmate ahora y hablaremos sobre eso.

Miguel, á duras penas, logró sosegarse despues de un largo rato.

—Ahora, dijo entónces Ciro, explícame qué ha pasado entre Cecilia y tú.

—¡Oh, no sé, no quiero recordarlo!

—Perfectamente, Miguel; ¿con que es decir, que al fin de todo, salimos hoy con que usas reserva para conmigo? ¡Nunca lo hubiera creido, en verdad!

—¡Oh, Ciro! exclamó Miguel, ¡esa mujer pretendió hacerme su juguete para satisfacer ódios particulares y despues que arriesgué por su causa la vida, me trató con la más refinada insolencia.

—Vamos, Miguel, refiéreme todo eso, deseo saberlo.

Digitized by Google

—Pues bien, escucha. Esa mujer deseaba destruir, no sé por qué motivo, aunque infiero seria por mezquinas envidias, los amores de Alfredo y Luisa. Cuando la hablé de mi amor, y como por via de prueba sobre mi constancia y adhesion, me exigió hiciera la córte á la Marquesita, advirtiéndome que el dia que triunfara seria absolutamente mia. Yo, ya se la habia hecho ántes, pues me mortificaba horriblemente la vanidad de Alfredo, pero me ví enérgicamente rechazado. No obstante, insistí por segunda vez, diciéndola siempre por su doncella, que deseaba hablarla, pues Cecilia me prohibió terminantemente que la escribiera, y ella por su parte, tambien debia, no sé por què medios, trabajar en mi favor, porque Luisa dió oidos á mis pretensiones y me citó para el baile de aquella fatal noche. Durante todo esto, Cecilia proseguia escribiéndome cartas verdaderamente de palpable ceguedad; en ellas se me ofrecia enteramente, haciendo despertar en mí, ideas de incomparable deleite. La noche á que me refiero, puse en su conocimiento lo que ocurria y ella me contestó diciéndome que al siguiente dia seríamos completamente felices, pues que indudablemente se acercaba el momento deseado. No me dió noticias de lo que intentaba, y yo, enteramente ageno á lo que habia de suceder, asistí al baile.

En Luisa, advertí evidentes señales de hallarse violentada, que entónces no entendí.

Digitized by Google

Yo procuraba alucinarla con mis palabras, y más de una vez, mis lábios aspiraron el delicado perfume de sus cabellos.

Mas de repente, noto que un hombre que se interpuso á nuestro paso, la habla al oido, y siento que la faltan las fuerzas para sostenerse.

En seguida comprendí lo que aquello significaba.

Cecilia, sin duda, habia advertido á Alfredo, y éste, en un arranque de natural indignacion, reprochaba á su amada.

Esta, que le amaba, se sintió desfallecer.

Yo estaba loco.

Luisa me habia trastornado.

La dulce impresion de su talle que oprimia entre mi brazo, su embalsamado aliento y la perspectiva, en fin, de la inmensa felicidad que proporcionaria la posesion del amor de aquella niña, extraviaron mi razon; así, que conociendo que se me iba á desmayar, me apresuré á alejarla de la presencia de cuantos nos rodeaban, y la conduje llevándola casi á remolque, al hueco de un balcon.

Allí, la recliné sobre mi brazo y la levanté el antifaz para que pudiese respirar más libremente; pero la vista de aquellas singulares facciones, de tanta belleza reunida en un sólo rostro, enagenó mis sentidos y completamente ciego, ébrio, imprimí mis lábios en los suyos; en esto llegaron Alfredo y Enrique; despues... ya sabes lo que pasó.

Digitized by Google

Cuando me restablecí de mi herida, pensé en Cecilia y la halagadora idea que tantas veces habia acariciado, tornó á son eirme con más vehemencia que nunca.

La escribí, reconviniéndola por el abandono en que me tenia, pues desde aquella funesta noche, no volví á tener noticias suyas; ella me contestó, pero, ¡en qué términos! su insolencia llegó hasta el punto de decirme que me deseaba prósperas felicidades en otros amores.

Ciego de cólera, la contesté yo á mi vez, con toda la desnudez de la desvergüenza; ya ves que no intento disculparme; la amenacé con sus cartas, y el resultado fué el que era de esperar; conoció su situacion é imploró mi generosidad.

La más criminal obcecacion se habia apoderado de mí; nada hubiera respetado; así que desatendiendo sus ruegos, insistí doblemente y terminó por entregarse á mí á discrecion.

En una carta que revelaba la mayor desesperacion, me citó á las dos de la mañana en su casa con las suyas, que tanto comprometian su reputacion de niña cándida y virtuosa.

Dejó á mi cargo los medios para nuestra entrevista, é inútil creo decirte que ésta se efectuó.

Ella me recibió con natural repugnancia, y sus primeras frases fueron para exigirme las cartas.

Se las entregué y la ví contemplarlas con ávida

Digitized by Google

impaciencia, convertirse en cenizas en el fuego de la chimenea.

Tornó á sentarse á mi lado y nuevamente invocó á mis caballerescos sentimientos.

Fuí un miserable.

Sus expresiones y ademanes no sirvieron sino para aumentar la tension del satánico deseo que me subyugaba.

Entónces ella, viendo mi invencible tenacidad, púsose en pié, y mostrándome un puñal, me amenazó con quitarse ántes la vida que sucumbir al deshonor.

¡Qué horrible obcecacion!

En el primer impulso me horroricé de mí mismo, más fué instantáneo: el diabólico fuego que me devoraba me sugirió infernales ideas que dieron por resultado abatir sus fuerzas y hacerla caer desvanecida en mis brazos.

Despues... yo no sé que pasó.

Ya no fuí dueño de mí.

Miguel calló.

Ciro, que durante su larga relacion habia escuchado con religioso silencio, quedó profundamente pensativo.

Por fin levantó la cabeza y dijo:

—Miguel, ahí has cometido dos gravísimas faltas, por no decir dos crímenes. Empezaste por faltar á la amistad y has concluido por faltar al honor. La

Digitized by Google

corriente siguió su natural curso. Qué Dios te perdone los males que has causado. Ahora lo esencial es procurar salvar felizmente ese nuevo peligro que te amenaza. La razon está de parte de tu adversario; pero por desgracia no suele triunfar siempre en estos casos. Esperemos, pues, los resultados.

Poco despues se annnciaban dos militares.

Ciro y otro amigo, porque Enrique no pudo, ocupado con la desgracia de Alfredo, se entendieron con ellos.

Suprimiremos los incidentes del duelo en gracia á la brevedad, por ser siempre iguales en estas ocasiones.

Este se verificó en la madrugada del siguiente dia.

El arma elegida fué el sable.

Miguel, contra lo que generalmente ocurre, llevó la peor parte.

Fué conducido á su casa mortalmente herido de una cuchillada en la cabeza.

El médico proclamó su gravedad.

No obstante, no abandonó al herido y consiguió, como ya veremos más tarde, su curacion material.

Pero su ciencia no alcanzó, sin embargo, á combatir su enfermedad moral.

Digitized by Google

CAPÍTULO XIX.

LA ENFERMEDAD DE LUISA.

Retrocedamos.

Trasladémonos al instante en que la Marquesa de Alsilla, despues de la conferencia que tuvo con su esposo, fué acometida de una fuerte congoja cayendo sobre la alfombra.

Al grito que exhaló acudió una doncella.

La prestó los auxilios necesarios, y vuelta á la razon, preguntó por él.

Se la dijo que el señor Marqués habia salido un momento hacia.

Sintió oprimírsele el corazon.

Vió de cerca una nueva é inevitable desgracia.

Cuando consiguió reunir algunas fuerzas, tornó al lado de su hija.

Esta se hallaba acostada presa de un horrible delirio.

Digitized by Google

Contínuamente pronunciaba el nombre de su amante.

A los piés de su lecho, Enriqueta lloraba amargamente.

En este estado las encontró la Marquesa.

Inmediatamente envió en busca del médico.

No tardó éste en presentarse.

Reconoció á la enferma.

Declaró ser de alguna gravedad, más no expresó qué era.

Recetó varios medicamentos.

Así trascurrió aquella parte del dia y toda la siguiente noche.

La Marquesa, constantemente al lado del lecho, no se ocupaba en más.

No se acostó.

La fatiga y el peso de las emociones rindieron su espíritu y al amanecer quedó dormida, aletargada más bien, en una butaca.

Así permaneció algunas horas.

Ya era bien entrado el dia cuando despertó.

Luisa parecia más calmada; sin embargo, el delirio continuaba.

A las doce se presentó el médico.

Estudió detenidamente el estado de la niña.

Hizo un gesto de disgusto.

Recetó nuevamente, y se despidió de la Marquesa.

Digitized by Google

Una vez en la antecámara, preguntó á un criado por el señor Marqués.

Este se hallaba en su habitacion.

Pasáronle recado é instantes despues se saludaban afectuosamente.

—Perdone V. señor Marqués, le dijo, si vengo á importunarle, pero he creido preferible hablar ahora claramente; á que vaya trascurriendo el tiempo y queramos recordar cuando ya no tenga remedio.

—Ha hecho V. muy bien, amigo mio, y sólo deseo que V. se explique, contestó el Marqués que no sabia sobre qué le hablaba, pues no habia querido aún ver á nadie, é ingnoraba, por lo tanto, la enfermedad de su hija.

—A eso voy, señor Marqués. Es muy duro para un padre, lo reconozco, lo que tengo que decirle, pero es preciso. La fiebre, mañana habrá desaparecido, más no así desgraciadamente la vaguedad de sus ideas, porque, ó mucho me equivoco, ó ha perdido la razon.

—¿Pero quién...? ¿De quién me habla V.?

—Pues qué, preguntó con extrañeza el médico, ¿acaso lo ignora V.? ¿De quién he de hablar sino de su hija?

—¿De mi hija? exclamó retrocediendo el Marqués, ¿segun eso... es fiebre lo que tiene? prosiguió, comprendiendo por fortuna el triste papel que hubiera

Digitized by Google

representado al haber confesado su completa ignorancia.

—Sí, fiebre, ¿no lo sabia el señor Marqués?

—No... es decir... me habian dicho... que no era cosa de cuidado; pero, hable V. Doctor, hable V.

—Sí, es preciso que nada ignore. Pues bien; como ya ántes decia, su hija de V., al cesar la fiebre que ahora la abrasa, quizás pierda la razon, puede quedar loca.

—¡Oh, loca! exclamó con dolorosa reconcentracion el Marqués.

—Aún no hago más que suponerlo, pero por si acaso, es conveniente ir poniendo los medios de rechazarla, y hasta de combatirla, si necesário fuera.

—¡Ah! existe el remedio.

—Primeramente, prosiguió el Doctor, y ante todo, es esencialmente preciso sacarla lo más pronto posible de Madrid y trasportarla á un punto donde respire otra atmósfera y halle ancho campo ante su vista.

—¿Y cuando podrá ser eso?

—Dentro de cuatro dias á lo sumo, los momentos son preciosos.

—Pues bien, Doctor, voy á solicitar un favor á V. Acompáñenos; sea V. exclusivamente médico nuestro y si logra salvarla...

—Basta, señor Marqués, no me ofrezca V. recompensa alguna. No soy ambicioso, amo la ciencia y

Digitized by Google

ésta absorve todo mi tiempo. Reflexionaré sobre lo que V. desea, y si me es posible, aceptaré en estremo gustoso.

—Gracias Doctor.

—Con el permiso del señor Marqués me voy á retirar; volveré dentro de una hora para observar atentamente el curso de la enfermedad.

—Sí, Doctor, no nos abandone V., hasta luego: y el Marqués estrechaba su mano con la efusion de un amante padre agradecido.

Salió el Doctor.

Aquel, en cuyo rostró se notaba el más intenso dolor, se dirigió á las hàbitaciones de su hija.

Allí encontró á su esposa.

Al verle ésta tuvo que esforzarse para reprimir un grito que tendió á escaparse de su garganta.

—Silencio, desgraciada, murmuró notándolo el Marqués y coguiéndola de una mano, ante todo ella.

—Pero...

—Basta, sígueme, y se encaminó nuevamente hácia sus habitaciones seguido de su esqosa que vertia copioso llanto.

Los criados que encontraban á su paso les saludaban, compadeciendo con verdadero sentimiento su profundo dolor.

Tomó asiento el Marqués é hizo lo mismo ella.

—Teresa, la dijo entonces, aparentando la mayor serenidad, es necesario que te revistas de valor y so-

Digitized by Google

portes todo esto con paciencia, pues nada adelantas con afligirte, si no abatir más tu ánimo, cuando tanto le necesitas.

—¡Cárlos! respondióle con triste acento, si perdemos á nuestra hija, bien sabes que habrá muerto para nosotros toda felicidad; pues bien, Luisa ama á ese hombre hasta la locura; sin él no querria la vida; dime por Dios ¿que ha pasado entre él y tú? El corazon me anuncia una horrible desgracia.

—¡Oh, calla, no me recuerdes eso, olvidémoslo!

—Imposible, lo requiere la tranquilidad, la existencia de nuestra hija. Cárlos, por su amor te lo suplico, habla; y la triste madre fijó en su esposo una mirada que traspasaba el alma.

—¡Oh! exclamó éste, pues que lo quieres, oye. Ese hombre habia manchado torpemente nuestro honor; habia mancillado la pureza de nuestra hija, de nuestro más preciado tesoro, y era preciso que muriera. Fuí á provocarle, y esta mañana nos hemos batido. Es un noble jóven, mil veces pudo impunemente haberme muerto y desvió su arma de mi pecho, y últimamente, él mismo y sin que yo pudiera, aunque lo intenté evitarlo, se clavó la punta de mi florete en su hombro derecho.

—¡Oh! gritó arrebatadamente la Marquesa, ¿y si muere? ¿y si muere? ¿comprendes lo horrible de la desgracia? ¡Ah, Cárlos, qué Dios nos oiga y tenga piedad de nosotros!

Digitized by Google

—Bien, Teresa, dejemos ahora eso, y prepárate á oir otra cosa que te impresionará más. Ha estado aquí el Doctor.

—¡Ah! habla ¿qué te ha dicho? ¿Se muere mi hija? preguntó con acento de indefinible ansiedad.

—No, más...

—¿Qué?

—Perderá la razon, quedará loca.

—¡Loca! ¿loca has dicho? exclamó poniéndose rápidamente en pié y pareciendo que sus ojos se iban á escapar de sus órbitas; y luego, comprimiéndose dolorosamente con una mano el corazon, volvió á caer en su asiento murmurando: ¡ah, hija mia! y por sus mejillas resbalaron dos lágrimas.

Aquel llanto indudablemente la salvó.

Las lágrimas siempre son un inmenso desahogo para el pecho, y no en pocas ocasiones evitan hasta la muerte.

—Vamos, Teresa, replicó profundamente conmovido el Marqués, aún no hay motivo para desconfiar; el Doctor me ha asegurado tiene grandes esperanzas de lograrla combatir, y para ello, dice, es necesario salgamos de Madrid y la llevemos donde pueda respirar el aire libre. Nos trasladaremos, pues, á Alsilla dentro de cuatro dias; él creo nos acompañará.

La afligida madre pareció serenarse un tanto.

—¡Ah, Cárlos! murmuró tristemente, ¡ella loca! Ella, que era nuestra alegría, nuestra única felicidad;

Digitized by Google

¡pero sí, Dios mio, sí, qué viva! prosiguió elevando sus ojos al cielo y plegando ambas manos, que pueda yo abrazarla, que la tenga siempre junto á mí, ó sino, tomad mi vida, Dios mio, en vez de la suya.

¡Oh, santo amor maternal! ¿qué habrá comparable á tí?

El Marqués, viendo el acerbo dolor que laceraba el corazon de su esposa, tomóla suavemente de las manos y la dijo con tierno acento.

—Vamos, Teresa, á su lado y no te dejes abatir; Luisa curará, y levantándose, volvieron á la habitacion de su hija.

En toda la casa reinaba el más profundo silencio.

En el aposento de la enferma niña, se hubiera podido percibir el vuelo de una mosca.

Solamente se oia algun apagado sollozo, ó la comprimida respiracion.

El Doctor volvió, segun habia prometido, y permaneció largo rato observando el curso de la enfermedad.

La fiebre continuaba cediendo.

Cuando se separó de su lado, dejó á los marqueses entrever un rayo de esperanza.

La Marquesa sintió aliviársele el peso del corazon.

¡Pobre madre!

Digitized by Google

CAPÍTULO XX.

EL PADRE Y EL HIJO.

Entre tanto Alfredo seguia igualmente postrado en el lecho del dolor.

El médico indicó á Enrique la necesidad de que se avisara á su familia.

Así lo hizo éste, telegrafiando al padre de su amigo se presentase inmediatamente en la córte por enfermedad de su hijo.

No le decia más.

A los dos dias llegaba éste, saliendo aquel á recibirle á la estacion.

Por el camino le fué explicando todo con sus más esenciales detalles.

El padre de Alfredo le escuchó tranquilamente, objetándole algunas consideraciones que se le ofrecian.

Llegaron á casa y allí encontraron al médico.

Digitized by Google

—¿Cómo sigue? le preguntó despues de los primeros saludos.

—Empiezo á tener grandes esperanzas de poder salvarle, señor baron, le dijo afectuosamente éste.

—Mi reconocimiento será eterno.

—No soy acreedor á él, señor baron, pues no haria más, en todo caso, que cumplir con mi deber.

Poco más hablaron.

Digamos ahora cuatro palabras sobre el padre de nuestro héroe para que podamos apreciar con mas exactitud, su carácter.

Don Pedro Barzan, Baron viudo de Rosa-bella, era un rico fabricante cuya mayor parte de su vida la habia pasado al lado de su padre y entregado al fomento de la fabricacion del papel.

Poseía varias fábricas que constituian casi toda su fortuna, y no pensó en dedicarse á otra carrera que proseguir la industria que heredara de su padre.

En su mayor edad, casó con la primogénita de los Barones de Rosa-bella y en quien recaia el título por falta de hijo varon.

De este matrimonio tuvieron cuatro hijos, siendo el primero Alfredo.

Don Pedro mostró sus deseos de retenerle á su lado y dedicarle á su misma industria, mas á ruegos de la baronesa su esposa, siguió la carrera de la jurisprudencia.

En la fecha que nos encontramos, ya hacia dos

Digitized by Google

años que ésta habia dejado de existir, permaneciendo él viudo.

Distraido constantemente con sus muchas ocupaciones, rara vez iba á Madrid; así, que no sabia de su hijo más que lo que éste le decia.

Al tener noticia de lo sucedido, primeramente se indignó, pues en su tranquila existencia le eran completamente desconocidas aquellas perturvaciones de la vida social; más se resignó, al considerar que su hijo llevaba un título, que aunque él por su parte habia siempre hecho caso omiso del tal, era preciso, ya que le llevara, que le supiera sostener con dignidad.

Ya, pues, conocemos quién era el autor de los dias del héroe de nuestra novela.

Sigamos ahora ésta.

Don Pedro Barzan salia muy poco de casa.

Apenas se separaba del lado de su hijo y cuando no se hallaba en compañía de Enrique, cuya agradable conversacion le distraia, se entregaba á la lectura y revisaba unos cuantos periódicos.

Una noche, que tenia en sus manos *La Correspondencia de España*, y paseaba ligeramente por ella su vista, se detuvo fijamente en un párrafo y le leyó con la mayor atencion.

Decia así.

«Por el tren correo del Norte de anoche salieron para sus posesiones de Alsilla, los Excmos. Señores

Digitized by Google

marqueses del mismo título, con objeto de permanecer una temporada en aquellos deliciosos lugares durante la convalecencia de su bellísima y única hija, que ha pasado por una difícil y penosa enfermedad en esta córte. Deseamos de todo nuestro corazon el más pronto y feliz restablecimiento á tan distinguida señorita, una de las primeras joyas de nuestra aristocracia.

»En la estacion fueron despedidos por un gran número de sus particulares amigos.

»Les acompaña en su viaje el ilustrado y justamente celebrado Doctor en Medicina y Cirujía Don Narciso del Pozo.»

Quedó pensativo D. Pedro.

Cuando llegó Enrique, se lo mostró añadiendo:

—Qué me dice V. de esto?.

Enrique lo leyó.

—Señor baron, repuso en seguida, esto es muy natural. Luisa está efectivamente enferma hace ya unos dias, segun me he podido enterar, y el médico les habrá aconsejado la saquen de Madrid por convenirla el aire del campo.

—O que la lleven para alejarla de mi hijo.

—No es lo más probable, dadas las circunstancias en que Luisa se encuentra. Además el acompañarles el médico, me prueba la necesidad de seguir una prescripcion facultativa.

—En fin, ya veremos lo que resulta.

Digitized by Google

—¿Cómo sigue?

—Parece que está más calmado.

Continuaron conversando.

Alfredo estuvo quince dias alternando entre la vida y la muerte; pero al fin, una crísis que sobrevino resolvió favorablemente la cuestion.

A los veintitres dias ya el médico le permitió dejar el lecho.

Se halla en la presente tarde sentado en una butaca en frente de su padre.

Sostenian la siguiente conversacion:

—Vamos á ver, Alfredo, le decia don Pedro ¿qué piensas hacer así que te restablezcas?

—Oh, no sé, padre mio.

—Pues bien, Alfredo, déjate de estos contínuos disturbios y vente conmigo á casa. Olvídate de tu título que para nada le necesitas, acompáñame á Oviedo y no faltará allí una mujer, que aunque no con los timbres y fausto de Luisa, no por eso dejará de rodearte de una felicidad más positiva y duradera que la que pudieras disfrutar aquí casado con ella y en esa vida de disipacion y ócio, que no puede proporcionar más que el hastío, proseguido de inevitables disgustos.

—Padre mio, perdóneme V. si no me apresto á sus respetables consejos; pero no me es posible olvidar á Luisa. Yo no veo en ella su título ni su fortuna, no admiro su hermosura, no amo sus gracias, no padre,

Digitized by Google

no; si así fuera, ya tal vez la habria olvidado. Lo que adoro yo en Luisa es la pureza de su alma, sus elevados y nobles sentimientos, su angelical carácter y su mismo amor, en fin, que me hace entrever una existencia de eterna ventura.

—¡Pobre hijo mio! murmuró tristemente el baron, todo lo ves bajo un prisma de color de rosa, todo crees que te sonrie y no adviertes que trás el delicado perfume y la belleza de la flor, se encuentra la punzante espina, que traidoramente va á enclavarse en la débil mano del incauto que, arrastrado por sus mil halagüeños y encantadores atractivos, pretende ufanamente apoderarse de ella.

—¡Oh!

—Sí, Alfredo; en la juventud no se cree hallar por doquier más que sendas de felicidad, sin detenernos á reparar que esas mismas sendas suelen desembocar en resbaladizas pendientes, que nos pueden arrastrar inevitablemente al fondo de un abismo; y vamos á ver, supongamos que logrando tus más vehementes deseos os unis Luisa y tú en estrecho é indisoluble lazo ¿qué piensas luego hacer? abandonarás tu carrera ¡es natural!

—Nó, padre mio, no, dijo vivamente Alfredo.

—¿Que no?

—No, y mil veces no, repitió con energía. En medio del inmenso amór que por Luisa siento, percibo además un vivo destello lucir en mi mente, que

Digitized by Google

no me abandona jamás. Este destello, padre mio, es el deseo de brillar en las letras, es la ambicion que por doquier me sigue, incitándome constantemente á arrojarme en brazos de la poesía, de la oratoria, de la literatura en fin, y por su medio abrirme un honroso lugar en el escaso, pero siempre venerando número de los ingénios españoles. Cada vez, padre mio, que oigo pronunciar el nombre de alguno de esos grandes hijos de sus obras, parece como que siento bullir en mi cerebro una confusion de ideas tal, que bastara cada una por sí sola á poder compartir la gloria con esa insigne pléyade de ilustrados vates. Pues bien; el dia que me viese unido á Luisa, su mismo amor habia de darme fortaleza y fé para no desmayar en mi firme propósito.

D. Pedro parecia escuchar complacido el calor con que se expresaba su hijo, y así que hubo terminado, una bondadosa sonrisa asomó á sus lábios, y repuso:

—Bien, hijo mio, bien; no veo sin una vivísima satisfaccion tu amor á las bellas letras; pero dime: el dia en que tú, el rico y poderoso baron de Rosabella y marqués de Alsilla, te halles de lleno metido en la vida del gran mundo, entregado en brazos de los constantes placeres que te proporcionarán tu posicion y tus riquezas, ¿crees disponer de la suficiente fuerza de voluntad para dominar las circunstancias que te rodearán, y posponerlas á un mero deseo cuya

Digitized by Google

ideal refulgente aureola que le circunda, se verá progresivamente eclipsada por el material deslumbrador brillo de la atmósfera en que te verás envuelto ó piensas dejar la continuacion de tu carrera para cuando el hastío se apodere de tu espíritu ó se cubra de canas tu cabeza? Vamos, Alfredo, contéstame á estas preguntas.

—¡Oh!

—Ya ves, hijo mio, la irreflexion te ofusca. Un ciego arrebato de tu pasion ha venido á tronchar radicalmente la flor de tus más nobles aspiraciones. Con ellas podias haber sido útil á tu pátria y á ti, y pues ya las perdiste, procura tenerlo siempre presente y podrá servirte á lo ménos como saludable ejemplo y te obligue á ser comedido en todos los actos de tu vida.

—¡Ah, padre mio! exclamó el jóven ahogado por una fuerte emocion echándose en los brazos del baron, que le estrechó fuertemente contra su pecho.

Unos minutos permanecieron así.

Cuando se separaron, ambos tenian los ojos humedecidos por las lágrimas.

Trascurrieron silenciosos largo rato.

Se abrió la puerta de la habitacion y se presentó Enrique.

Saludó cordialmente al padre y al hijo, versando su conversrcion sobre algunas trivialidades.

—Querido Alfredo, dijo al poco rato dirigiéndose

Digitized by Google

á su amigo, debieras ya acostarte, es el primer dia que te levantas y podria sentarte mal. Tu papá y yo daremos entre tanto un paseito.

Este comprendió lo que se le decia y repuso.

—Tienes razon, sí, voy á acostarme.

Cuando le hubieron dejado en el lecho, Enrique prosiguió.

—Pues hasta luego, Alfredo; daremos una vuelta y enseguida volveremos.

— Sí, adios, hijo mio, añadió su padre.

—Adios, papá, adios Enrique.

Aquellos se dirigieron á la calle.

Una vez en ella, D. Pedro dijo:

—He conocido que deseaba V. hablarme en secreto.

—Y no se ha engañado V., señor baron.

—Pues ¿qué ocurre?

—Va V. á saberlo. No resolviéndome á que permaneciéramos largo tiempo sin saber en qué situacion nos encontrábamos, pensé el modo de adquirir noticias de Luisa. Para el efecto, me dirigí á su casa y pregunté por la doncella confidente en estos amores, y supe que se hallaba con ellos en Alsilla. Algo me extrañó que la retuvieran aún en su compañía, mas á poco que reflexioné, saqué en consecuencia que les conviene velar el secreto. Decidido, pues, á todo, la escribí pidiéndola extensos pormenores, y no han salido frustrados mis deseos; aquí tenemos una carta.

Digitized by Google

—¿De la doncella?

—No, contestó sonriendo Enrique.

—Pues ¿de quién entonces?

—De la Marquesa.

—¡De su madre!

—Sí, de su madre, que como era natural, al fin se pone en razon. Escuche V.

«Sr. D. Enrique Jimenez: Muy Sr. mio: Enterada por la que ha dirigido V. á la doncella de mi desgraciada hija, de sus nobles propósitos, me apresuro por mí misma á darle cuenta de lo que desea.

»Mi pobre hija curó de la enfermedad que en esa tenia; pero aún le resta otra mucho mas triste; se ha extraviado su razon, está loca.»

—¡Loca! interrumpió el baron, infeliz, siga, siga V. amigo mio.

«Su locura es pacífica, una especie de monomanía. Contínuamente pronuncia el nombre de su amante y no habla más. Á las preguntas que se la dirijen contesta con frases incoherentes, por lo general alusivas á él.

»El Doctor cree que solo su presencia puede salvarla.

»Que venga, caballero, que venga.

»V. tendrá una madre y comprenderá el valor de mis palabras.

»Que salve á Luisa y ambos compartiremos su cariño.

Digitized by Google

»Adios, caballero, espero saber prontamente su resolucion.

»Queda de V. afectísima amiga Q. B. S. M.

MARÍA TERESA, MARQUESA DE ALSILLA.»

—Oh, sí, exclamó el baron enternecido, irá cuanto ántes, es preciso salvar á esa pobre niña.

—Y á Alfredo, ¿qué hay que decirle? La verdad ahora seria peligrosa.

—Sí, esperemos.

Y ambos retrocedieron volviendo al lado del convaleciente.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO XXI.

DOS VÍCTMAS DE SUS PROPIOS SENTIMIENTOS.

Veamos antes de abandonar á Madrid el estado en que se encuentran nuestros restantes personajes.

Retrocedamos á la noche en que dejamos á Cecilia presa de una violenta fiebre.

Al dia siguiente habia adquirido mayores proporciones.

Estaba acometida de un horrible delirio.

Entonces tuvieron noticia de ello su padre y hermano.

Avisaron al médico.

Este no ocultó su gravedad.

La enferma prosiguia delirando.

Conrado, que apenas se separaba de su lado, pudo recoger unas frases que pronunció la jóven distintamente, y aquello fué un rayo de luz derramado sobre su mente.

Cecilia decia:

—¡Oh¡ no... mi honor... perdon... ¡ah!

Digitized by Google

El noble jóven sintió helársele la frente.

Sus mejillas palidecieron.

Sus músculos temblaron.

¿Habrian atentado contra el honor de su hermana?

Esta pregunta se dirigió y le pareció que le abrasaba los lábios al modular las palabras.

Sus ojos se inyectaron.

—¡Oh, sí! es preciso, dijo, y salió del dormitorio.

En el gabinete estaba solamente Carolina.

Conrado la contempló unos instantes.

Se avalanzó rápidamente á ella, y cogiéndola por una muñeca se la comprimió convulsivamente miéntras exclamaba con voz casi perceptible.

—¡Oh, sí! tú, tú lo debes saber ¿quién, quién ha sido?

—Perdon, señorito, murmuró la doncella cayendo de rodillas y ahogando un grito en su garganta que la arrancaba el dolor producido por la presion de los dedos de Conrado sobre su muñeca, todo lo diré, pero, por Dios, suélteme V.

—Habla, sí, habla, pero bajo, muy bajo, ó te sacaré la lengua.

—Bien, señorito, él estuvo aquí anoche.

—¿Quién es él?

—Un jóven, que vive Caballero de Gracia, número... principal.

—¿Cómo se llama?

Digitized by Google

—Miguel Ramirez.

—Sigue, ¡oh! sigue.

—La señorita se desmayó...

—Basta. ¿Cómo entró aquí?

—La señorita me lo ordenó. .

—Ah miserable, gritó arrojándola contra el suelo, y salió pricipitadamenre de la habitacion.

Ya sabemos dónde iba; no tenemos pues necesidad de seguirle.

Carolina pudo reprimir un segundo grito al sentirse de ese modo maltratada; y levantándose, se dejó caer sobre un diván, prorrumpiendo en amargo llanto.

El estado de Cecilia fué agravándose.

Al cuarto dia se sintió por unos momentos un poco más despejada.

Preguntó por Luisa, diciendo que deseaba verla.

Conrado la contestó que no se hallaba en Madrid, que tambien estaba algo delicada y habia ido á reponerse á Alsilla.

Aquel fué un golpe fatal para la probre jóven.

Queria haber abrazado por última vez á la que habia vendido el título de amiga y obtener de ella su perdon.

Este consuelo la faltaba.

Además, la noticia de hallarse tambien enferma la produjo honda sensacion.

Digitized by Google

Echó sobre sí la culpa de cuanto sufria su amiga Su cabeza se recargó considerablemente.

Aquella tarde declaró el médico la conveniencia de administrarla los Santos Sacramentos.

Su consejo fué puntualmente obedecido.

Cecilia pudo, afortunadamente, recibir en su cuerpo por vez postrera el divino pan.

Dos dias vivió aún, con crueles alternativas.

Al sétimo ya se perdió toda esperanza.

Llamó en derredor de su lecho á su acongojada familia.

—Padre mio... perdon... Conrado... adios... para... siempre, murmuró, y su voz se iba debilitando por instantes.

Nadie se atrevia á respirar.

Rodeaban su lecho de muerte, además de su padre y hermano, algunos próximos parientes.

—Padre mi...o, tu ben.. di...cion.

El Brigadier con el corazon traspasado extendió la mano sobre la lívida frente de su moribunda hija, y la bendijo.

Como si sólo hubiera esperado esto, la sobrevino un repentino estertor, y luego reclinó blandamente la cabeza sobre la almohada.

Su alma habia volado al seno de los justos.

....

Veamos, entre tanto lo que era de Miguel.

Se hallaba curado radicalmente de la herida; pero

Digitized by Google

el golpe del arma le había producido un ataque al cerebro que destruyó completamente sus facultades.

Estaba, pues, tambien loco.

Pero su locura tenia momentos en que era verdaderamente furiosa.

Sus padres se encontraban á su lado sin saber qué determinar.

Por fin, el médico les aconsejó, como medida de razonable prudencia, su instalacion en un manicomio.

La pobre madre se desmayó horrorizada ante tal propuesta.

El padre, más sereno, comprendió lo conveniente de esta proposicion.

Así, que se resolvió á dar los primeros pasos.

Tres dias despues el desgraciado Miguel, rodeado de todas las prevenciones que al caso requería, fué conducido al establecimiento de dementes de Leganés.

Allí dejó de ser un hombre para convertirse en un número.

¡Suerte deplorable!

A los veinte años sepultado en vida en aquella tétrica mansion, donde los cuerdos se vuelven locos, y raros son los locos que se tornan cuerdos.

Compadezcámosle, pues es digno de la más alta compasion.

La fatalidad le habia arrastrado paso trás paso hasta el lugar donde debia ser su eterno sepulcro.

Digitized by Google

Si se van examinando una trás otra las páginas de su vida, en todas ellas percibiremos rasgos característicos de una desmedida presuncion.

Esta fué su fatalidad.

Por presuncion se presentó en la *soirée* de Luisa é intentó suplantar á Alfredo.

Por presuncion así mismo se acercó á Cecilia, y estos dos séres se impelieron mútuamente, yendo ámbos á un precipicio insondable.

Aquella á la tumba en muerte; éste al sepulcro en vida.

Sobre ellos pesaba sin duda el mismo y fatal destino.

Un idéntico sentimiento se habia desarrollado en los dos con escasa diferencia de intensidad en uno más que en otro.

Este sentimiento, llegando á dominarles, fué su perdicion.

¡Que Dios les haya perdonado!

Digitized by Google

CAPÍTULO XXII.

LOCURA POR AMOR.

Nos hallamos en los últimos dias del mes de Abril.

A una media legua de Betanzos, en la provincia de la Coruña, y en la misma carretera, existe el pintoresco y delicioso pueblo de Alsilla. (1)

Lo mismo que casi todos los de esta provincia, gozaba de un purisimo cielo y de una primavera envidiable.

Como á medio kilómetro de él, que era de reducido vecindario, se alzaba una magnífica quinta-palacio.

Rodeada de poblados bosques y amenisimos jardines, aquella mansion, contemplada desde fuera, parecia un Eden..

---

(1) Lector, no te molestes en buscarle en ningun atlas geográfico, pues creo que no existe. He formado con seis letras ese nombre; si no te agrada, dale otro, no me opongo.

Digitized by Google

Mas si esto parecia desde el exterior, en el interior ya podia afirmarse la existencia del Paraiso.

Despues de atravesar una elevada verja de hierro que se extendia á todo lo largo por delante de los jardines que daban frente á la fachada principal de la casa, y siguiendo una ancha vereda, á cuyos costados se encontraban éstos, se llegaba á la puerta de aquella, que era de dos pisos y de sólida piedra de silleria.

Cruzando el anchuroso portal, se hallaba una espaciosa y cómoda escalera que conducia á los pisos superiores.

Nos detendremos en el principal.

Dejando atrás varios y expléndidos salones, penetraremos en un caprichoso y elegante gabinete, cuyos balcones totalmente abiertos, daban paso al perfumado ambiente de los jardines que impregnanaban la estancia de una suave y embriagadora atmósfera.

Era esa hora en que el sol comienza á declinar en el horizonte despidiendo sus últimos rayos para desapareoer por completo de nuestra vista.

Sus dorados y postreros reflejos proyectaban su pálida luz sobre todos los ámbitos de esta habitacion.

Tres personas se encontraban allí reunidas.

Eran los marqueses y señores de Alsilla y el Doctor Pozo.

—¿Con que V. cree Doctor...? decia el Marqués.

Digitized by Google

—Sí, repuso éste; creo que la presencia de ese jóven obrará en ella una crísis que será su salvacion.

—Dios lo quiera, murmuró tristemente la Marquesa.

—Así lo espero, señora.

—Pues mañana deben llegar, segun me escribe el mismo baron, y les acompaña ese noble jóven amigo de su hijo, accediendo á nuestros ruegos.

—Debe ser un bondadoso corazon, objetó su esposa.

—Así al ménos lo ha demostrado en esta ocasion.

—¿Y V. cree Doctor, prosiguió el Marqués, que esa crísis no producirá algun otro efecto funesto?

—No es lo más probable. Se dan raros casos en que una sensacion agradable produzca efectos contrarios. La mente de Luisa se halla trastornada por grandes y violentas emociones. Como hemos podido observar por sus repetidas é incoherentes frases, su extravío consiste en creer que la vida de su amante está en inminente peligro porque VV. son conocedores de sus amores. Asi, que cuando llegue á fijar en él su vista y oiga su voz, sentirá una fuerte impresion, que siendo superior á sus fuerzas, la acometerá un desmayo que será su salvacion.

Todos callaron.

La Marquesa tenia inclinada la cabeza sobre el pecho, y el Marqués fijos los ojos en su contristada esposa.

Digitized by Google

—¿Dónde se encuentra? preguntó de pronto.

El Doctor se asomó al balcon, y sacando del bolsillo del chaleco un silbato de plata, le aproximó á los lábios.

Produjo un agudo silbido.

Pocos instantes despues resonó otro en el jardin.

—Ahí está, deijo entonces.

—Vamos. Teresa.

El Doctor ofreció galantemente su brazo á la afligida madre, y el marqués les precedió en la marcha.

Llegaron al jardin.

El Doctor silbó nuevamente, y guiado por el eco del que contestaba, siguieron por la izquierda.

Cruzaron varias calles y se detuvieron á la entrada de una meseta que era un verdadero verjel.

Allí, en el centro y sentada en un banco de tallada madera, estaba Luisa.

Pero Luisa trasformada.

Aunque en vano, los padecimientos habian intentado destruir aquella angelical belleza; no obstante, la palidez de sus megillas, la escesiva languidez de sus miradas y el decaimiento en general que se notaba en aquel vaporoso cuerpo, arrancaban instantáneamente lágrimas de profundo sentimiento al contemplar tanta hermosura, ya marchita en sus primeros albores.

Se adelantó el Doctor, y con mensurado paso, se fué aproximando á la desgraciada niña.

Digitized by Google

—Buenas tardes, Luisa, la dijo con metíflua entonacion.

La jóven levantó dulcemente sus ojos y posó en el Doctor su extraviada mirada.

—¿Sabes que he visto Alfredo? prosiguió éste.

—¡Alfredo! murmuró ella lánguidamente.

—Sí, á Alfredo.

—¡Pobre Alfredo! repitió, y luego acercándose al Doctor y juntando sus pequeñas manos, exclamó: ¿Le has visto?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho? ¡ah! me ama mucho ¿verdad? pero chist... calla, que no te oigan, continuó diciendo posando su índice sobre sus finos lábios y bajando la voz como si temiera que la escucharan. Que no lo sepan, porque entonces... y cerró fuertemente sus ojos como no queriendo ver la muerte suspendida sobre la cabeza de su amante; despues los volvió á abrir, y cogiendo rápidamente con su nívea y delicada mano una de las del Docter, y estendiendo la otra hácia el espacio, exclamó: ¡mírale! ¿le ves? ¿qué hace? me sonrie, me llama, quiere venir; no, no, que no venga; le matarian ¿verdad? ¡pobre Alfredo! y sólo por amarme, y dejando caer el brazo con que señalaba, quedó sumida en un profundo letargo.

El Doctor la contempló unos instantes, y luego dijo:

Digitized by Google

—Vamos, Luisa, no temas por él; yo le diré que no venga, y apoyándola en su brazo se dirigió hácia el palacio.

Los marqueses, que trás una floresta estaban presenciando aquella escena, al pasar por su lado su hija se ocultaron y siguiéronla silenciosamente.

¡Pobres padres! cuyo corazon estaba lacerado por el más agudo dardo.

....

Serian las doce de la mañana del siguiente dia.

En el gabinete que conocemos se hallaban la Marquesa y el Doctor.

El Marqués habia salido muy temprano á recibir en sus posesiones á D. Pedro, Alfredo y Enrique que habian pasado aquella noche en el pueblo de Alsilla.

—Ya pronto deben llegar, dijo la Marquesa.

—En efecto, señora marquesa, ya no deben tardar.

—¡Ah! Doctor, exclamó ésta; ¡por qué situacion tan violenta nos vemos obligados á pasar!

Verdaderamente, no podia darse posicion más embarazosa.

Iban á recibir bajo su techo; tenian que obligarse á tratar con ciertas consideraciones y hasta con afectuosidad, al mismo que sin disputa maldecirian, pues que era el causante de todas sus desgracias.

—Señora marquesa, dijo pausadamente el Doctor, todos somos hijos de las circunstancias. Lo que ayer tiramos como inútil ó despreciable, lo cojemos ma-

Digitized by Google

ñana como esencial ó provechoso. La felicidad de Luisa y la de todos VV. depende de la extrecha union de ambas familias. Inútil seria tratar de disimular lo necesario que les es la mútua ayuda de unos y otros. El trato íntimo se cuidará de hacer ir desapareciendo esta resistencia de sentimientos que ahora se oponen. Afortunadamente, ellos pertenecen así mismo á una distinguida familia; están VV. casi colocados en una misma esfera social con algun poco más de brillo uno que otro, de lo cual no se cuidará mañana el mundo cuando les vea cubiertos bajo un mismo dosel y extrechamente enlazadas las coronas de sus escudos. Un poco de fuerza de voluntad, y todo se habrá ganado. Ahí creo que están ya. Valor, señora Marquesa.

Efectivamente, por la vereda que conducia á la entrada del palacio, subia un coche cerrado arrastrado por dos poderosos caballos que fueron á detenerse junto á la puerta.

Poco despues se presentó el Marqués, seguido de sus tres huéspedes.

—Querida Teresa, dijo el primero dirigiéndose á su esposa, tengo el honor de presentarte al señor Baron de Rosa-Bella, su señor hijo D. Alfredo Barzan y nuestro comun amigo D. Enrique Jimenez; despues, hablando á éstos, prosiguió, mi esposa, el señor Doctor D. Narciso del Pozo.

Unos y otros se saludaron afectuosamente.

Digitized by Google

Luego sentáronse.

Indudablemente, la posicion de los marqueses de Alsilla no podia ser más violenta.

Comprendiéndolo así Enrique, se apresuró á tomar la palabra en la siguiente forma:

—Señores, dijo, reunidas aquí bajo este techo dos familias, ambas desgraciadas, pero ambas tambien revestidas de la dignidad y mansedumbre que se desprende de sus nobles y generosos sentimientos, y deseosa cada cual de poner cuanto sea de su parte para la completa satisfaccion de la otra, no creo engañarme al asegurar, que la ménes ofendida está deplorando en este instante con toda la fuerza de su elevado corazon la causa de esta desgracia, y que no perdonria medio alguno para llevar á cabo hasta donde fuera posible la reparacion.

Alfredo se levantó como un autómata.

Sus ojos brillaron intensamente.

—Sí, señores, exclamó, yo deploro vivamente el haber osado fijar mi mirada en Luisa. Señora marquesa, á V., que es la más profundamente herida, me dirijo. Yo amé en Luisa lo elevado de su alma, todo lo grande de sus sentimientos. Perdon, señora, si en un momento de extravío manché su purísima frente; bien sabe Dios que con mi sangre lo repararia si posible fuera. Yo soy la causa de todas sus desgracias; concédame V. su perdon, y habrá aligerado un tanto el enorme peso que me agovia;

Digitized by Google

y así diciendo Alfredo, se arrojó á los piés de la madre de su amada.

Esta le contempló por algunos instantes, y luego le dijo:

—Levántese V. señor baron, yo todo lo he olvidado, y sólo ruego á Dios sea éste el término de nuestros pesares, y tendió su mano al jóven que la extrechó con efusion entre las suyas.

Se volvió entonces al Marqués y repuso.

—Ahora, señor marqués, de V. espero la misma gracia que acaba de otorgarme su noble esposa.

Este, que habia llegado á creer por un momento que todo aquello no era más que una comedia perfectamente estudiada, al ver la emocion que embargaba al jóven, ya no dudó de su sinceridad y le estrechó entre sus brazos exclamando:

—Olvidemos todos el pasado, noble jóven, y no pensemos ya más que en el presente.

Alfredo se dejó oprimir contra el palpitante pecho del Marqnés.

Cuando se separaron, en sus ojos brillaban dos lágrimas que se apresuró á secar.

Los demás circunstantes presenciaban estas escenas hondamente afectados.

—Señores, interrumpió el Doctor queriendo poner término á ellas, yo creo que no debemos dejar transcurrir el tiempo, y así, podemos pasar á ocuparnos de Luisa.

Digitized by Google

Alfredo sintió latirle el corazon con ruda violencia.

Le flaquearon las piernas y le fué menester sostenerse del brazo de su amigo.

—Ea, Alfredo, valor, le dijo este casi al oido.

Todos emprendieron la marcha.

La Marquesa iba apoyada en el brazo de Enrique.

Llegaron á un salon donde habia varias doncellas, y allí se detuvieron.

—Señor baron, dijo el Doctor dirigiéndose á Alfredo, ahí se encuentra Luisa. Entre V. y valor, y le indicó una puerta en el centro.

Alfredo se lanzó al interior.

Luisa se hallaba sentada en una butaca enfrente de la entrada.

Estaba inmóvil, con la vista fija en el suelo.

Alfredo adelantó silenciosamente hasta ella.

Hincó una rodilla.

No podia hablar.

Por fin esclamó.

—¡Luisa!

Esta, sin volver á él los ojos, puso una mano delante de su oido y murmuró:

—Sí, esa es su voz. deja, deja que escuche.

—Luisa, Luisa mia, repitió con acento indefinible Alfredo.

—Oh, sigue, sigue, no te detengas; me hace tanto

Digitized by Google

bien; y la pobre niña aproximaba más su oido á éste semicerrando los ojos.

—Luisa, mirame, soy yo, Alfredo ¿no me conoces? prosiguió el jóven inclinando su rostro de manera que pudiera verle.

La demente niña fijó en sus facciones su vaga mirada y repuso.

—¡Alfredo¡ ¡pobre Alfredo! quieren matarle ¿lo sabes?

—No, Luisa, no: soy yo Alfredo, yo, que te amo más que nunca.

Fué tal la expresion con que el enamorado jóven pronunció estas frases, que llegando á herir la aletargada sensibilidad de la niña, hallaron vibrante eco en su alma.

Abrió desmesuradamente sus ojos y les clavó tenazmente en el rostro de su amante.

Por un momento se iluminaron sus pupilas.

Despues extendió sus brazos y se echó sobre un hombro de éste murmurando:

—¡Ah, sí! tú eres, tú, y sus párpados se humedecieron.

Alfredo la estrechó dulcemente contra su pecho.

—Luisa mia, exclamó, ya otra vez estoy á tu lado, ya no nos volveremos á separar, ya seré tuyo eternamente.

La enamorada niña sollozaba en sus brazos sin contestar.

Digitized by Google

La hacia falta un inmenso desahogo.

Por fin, y al cabo de un largo rato, murmuró.

—¡Alfredo!

—Luisa, Luisa mia, aquí me tienes para ser por siempre tuyo.

—No me abandones, Alfredo, no te separes de mí.

Iba éste á contestar, cuando oyó una voz á su oido que le dijo.

—Señor baron, ahora conviene que repose, haga V. que duerma.

—Luisa, repuso entonces, tú estás fatigada, descansa durmiendo un poco, ¿quieres ángel mio?

—Bueno, Alfredo.

Este la cogió suavemente en sus brazos y fué á depositarla en su lecho.

—Duerme, ahora, Luisa, que yo aqní por tí velo.

La niña, en quien el acento de su amante producia un dulce enagenamiento, cerró lánguidamente los ojos.

Poco despues su respiracion era igual y pausada.

Descansaba en el más tranquilo y reparador de los sueños.

Digitized by Google

CAPITULO XXIII.

ENLACE Y DESPEDIDA.

Cuando Luisa despertó, halló á su lado á Alfredo que la sonreia con amor.

—¡Alfredo mio! exclamó clavando en él sus hermosos ojos y estrechándole con efusion una mano entre las suyas.

—¡Luisa adorada!

—¿Con que no ha sido un sueño? ¿Estás á mi lado?

—Sí, Luisa, estoy á tu lado, y ya sólo la muerte podrá separarnos. Tus papás me conceden tu mano.

—¡Ah!

—Sí, ángel mio, al fin la verdadera felicidad va á empezar para nosotros.

—¡Alfredo!

—Ven, Luisa, tus papás esperan impacientes por abrazarte.

La jóven se lanzó al suelo ayudada por su amante. En el salon estaban todos reunidos.

Digitized by Google

Se oyeron dos gritos.

—¡Mamá!

—¡Hija mia! y ambas se confundieron en un extrecho abrazo.

Despues pasó á los de su padre.

Cuando se hubieron desahogado, la dijo éste:

—Luisa, te presento al señor baron de Rosa-bella, padre de tu futuro esposo.

¡Oh, que dulcemente sonaron aquellas últimas palabras en su oido.

—Señor baron... murmuró miéntras á sus megillas asomaba un vivo carmin.

—Llámame padre, hija mia, exclamó D. Pedro fascinado por aquel sublime conjunto de tan singular belleza.

—¡Ah, pa... dre! moduló la niña con voz entrecortada por la emocion, y se dejó caer en los brazos que aquel la tendia.

D. Pedro la extrechó tiernamente en ellos y estampó en su frente un paternal beso.

Seguidamente Luisa fué saludando al Doctor y Enrique, y por último fué á cobijarse bajo los brazos de su madre.

Estaba la pobre niña toda confusa.

Nadie hablaba.

La situacion era por demás embarazosa.

Enrique, como siempre, se encargó de romper aquel silencio.

Digitized by Google

—¿No le parece á V., Doctor, dijo, que nos convendria respirar un poco el aire libre?

Ésta objecion hecha con naturalidad equivalia, sin embargo, á decir:

—¿No le parece á V. que aquí estamos todos violentos?

Así lo comprendió al ménos el aludido, que repuso:

—En efecto, sí, y sobre todo para Luisa, que conviene haga algun ejercicio.

—Pues señores, cuando VV. gusten, se apresuró á decir el Marqués poniéddose en pié.

Imitáronle todos.

Abriéron pasoá la Marquesa y Luisa que cruzaron por en medio de ellos, y entónces, acercándose Enrique, las dijo galantemente:

—Señora Marquesa, si no le agrada á V. elegir otro acompañante más digno de ello que yo, me consideraria muy afortunado con tan honorable distincion.

—Gracias Enrique, le contestó afectuosamente ésta, su compañía siempre nos será muy grata.

Luisa, que permanecia al lado de su madre, dirigió una inteligente mirada á su amante, que fijos en ella los ojos, se hallaba á corta distancia, y le hizo una seña para que se aproximara.

Así lo verificó Alfredo diciendo á la madre de su amada.

Digitized by Google

—Señora Marquesa, si no ha de ser á V. enojosa mi compañía me permitiré la libertad de aspirar á ese distinguido honor, y envió á la enamorada niña una mirada y una sonrisa llenas de amoroso sentimiento.

—Amigo Alfredo, le replicó Enrique con gravedad cómica, perdona, pero has llegado demasiado tarde; lo único en todo caso que me es posible hacer en tu obsequio, es cederte la izquierda de esa señorita.

La niña bajó la vista al suelo ruborizada, y la Marquesa desplegó una bondadosa sonrisa.

—De cuya inmerecida merced, contestó Alfredo en el mismo tono, te estaré eternamente agaadecido, y fué á colocarse al lado de su amada.

Se pusieron en marcha.

Detrás les siguieron el Marqués, el Baron y el Doctor.

Bajaron al jardin.

Allí permanecieron en animada conversacion hasta la hora de la comida.

Se dirigieron entonces al comedor.

Durante ésta reinó la más viva animacion.

Luisa parecia por instantes cobrar doble expresion en sus facciones.

Colocada entre su madre y Enrique, éste la distraia notablemente con su agradable conversacion.

A la derecha de la Marquesa se hallaba Alfredo

Digitized by Google

que multiplicaba su servicial solicitud para con su futura mamá política.

Despues, sucesivamente estaban colocados el Baron viudo, el Marqués, y por último el Doctor, dando su derecha á Enrique.

Terminada la comida, que está por demás decir que fué selecta y admirablemente servida, dijo Don Pedro á su complaciente anfitrion:

—Señor marqués, desearia tomáramos el café V. y yo solos.

—Con mucho gusto, señor baron, y dirigiéndose al Doctor, repuso:

—Querido Doctor, espero me haga V. el favor de seguir en compañía de la Marquesa, pues tenemos que hablar particularmente el señor baron y yo.

El aludido fué á reunirse con las señoras, y los dos padres se encaminaron al despacho de este último.

Una vez allí mandaron servirles el café, y entonces D. Pedro prosiguió:

—Señor marqués, he creido conveniente tratemos algo acerca de lo que tanto nos interesa; y así pues, prefijemos desde ahora el dia y condiciones del enlace.

—El dia, amigo mio, replicó el Marqués, será tan pronto como sea posible. Yo ya he dado órden me remitan los documentos necesarios, y así que, por mi parte, puede efectuarse en cuanto éstos lleguen,

Digitized by Google

que será dentro de dos ó tres dias á lo sumo. Ahora V... .

—Yo, amigo mio, le interrumpió el baron con su más bondadosa sonrisa, en mi corto entendimiento comprendí que esto habia de suceder, y les traigo todos conmigo.

—Entonces.....

—Hablemos de intereses.

—No es necesario, respondió vivamente el Marqués; de mi hija es todo cuanto poseo, y ya lo tengo adjudicado á su favor que la entregaré el dia de su boda, y en sus ojos brilló todo el amor que su alma atesoraba hácia su hija.

—Señor marqués, le replicó el padre de Alfredo enternecido por aquel acto de generoso desprendimiento, suplico á V. reflexione bien lo que hace. Yo no puedo usar de igual liberalidad, pues tengo aún otros tres hijos además de Alfredo; así, que únicamente podré entregarle 40.000 duros que tiene de su madre y otros 20.000 que añadiré yo.

—Basta, amigo mio, le interrumpió el Marqués, yo no deseo para Luisa más que un hombre que pueda labrar su felicidad sabiendo apreciar lo que ella vale; su hijo de V. la ama, y lleva por consiguiente para mi un tesoro inapreciable, y por sus megillas resbalaron dos gruesas lágrimas.

D. Pedro se afectó visiblemente.

—Amigo mio, le dijo conmovido, comprendo cuán

Digitized by Google

penoso le es á V. separarse de la hija á quien tanto ama, y que vale para V. más que tódos los tesoros de la tierra; pues yo tengo más, y no obstante esta separacion me es muy dolorosa.

—Oh, sí baron, sí, exclamó el afligido padre sin intentar ocultar su dolor, seria inútil que pretendiera disimularlo, la amo tanto, que creo que lejos de ella me ha de ser insoportable la existencia. Ella, tan buena, tan hermosa, era nuestra alegría, y ahora... nos va á parecer el mundo un horrible desierto, y abundantes lágrimas asomaban á sus ojos.

—Consuélese V., amigo mio, esa es la ley humana; ayer nosotros, hoy ellos y mañana sus hijos; todos vamos cumpliendo con la máxima que nos manda abandonar al padre para seguir al esposo.

—Si al ménos permanecieran á nuestro lado...

—Eso bien es fácil y posible.

—No, amigo mio, no, ahora se irán á viajar, y en todo caso para el invierno, si es que no deciden otra cosa; la felicidad es egoista.

—En fin, querido marqués, resignémonos, que Dios proveerá; vamos á ver ahora qué hacen, y procurando ambos ocultar su dolor, abandonaron el despacho.

....

Con la rapidez del rayo se sucedieron los dias, y llegó el tan deseado por los enamorados jóvenes y tan temido por los amantes padres.

Digitized by Google

Luisa, como hija de un Grande de España, necesitó del Real permiso, y el Marqués, al solicitarlo, pidió asimismo en union del baron viudo, á cuyo título tambien estaba agregada la misma grandeza, el privilegiado honor de que los Monarcas apadrinaran el venturoso enlace.

Estos, que lo eran entónces D. Amadeo I, de glorioso nombre, y su augusta esposa la virtuosísima señora D.ª María Victoria, de inmortal recuerdo para todo noble español, accedieron con su proverbial benevolencia á esta demanda, y les enviaron en su representacion á los Duques de X.

Con tan régios padrinos se celebró la boda en la capilla de Palacio con una pompa inusitada.

De todas partes acudieron gentes de las más altas clases sociales para felicitar á los bienaventurados cónyuges.

Todo aquel dia fué un incesante mareo de carruajes que entraban y salian, atravesando aquellos magníficos jardines y conduciendo en su fondo elegantísimas damas y elevados personajes que ya regresaban á las diversas cercanías de Betanzos, donde actualmente residian, ó ya permanecian ocupando una habitacion en la suntuosa morada de los reyes de la fiesta.

Cuatro dias despues debian marchar los recien casados á pasar la luna de miel viajando por la orilla del Rhin.

Digitized by Google

En Betanzos debian tomar el tren que pasaba á las diez de la mañana, y en la Coruña embarcarse para hacer la travesía del golfo de Gascuña hasta Santander, donde reposarian unos dias y proseguirian hasta Bayona, y costeando luego al Este de Francia, recorrerian Suiza y Alemania.

Este itinerario le marcaron la noche ántes reunidos todos en una de las hermosas mesetas del jardin.

Al siguiente dia, dos carruajes arrastrados por dos poderosos troncos de caballos corrian por la carretera que iba desde Alsilla á Betanzos.

Llenos de espuma y sudor se detuvieron ante la estacion del ferro-carril.

Del primero descendieron la Marquesa, Alfredo, Luisa y Enrique, y del segundo el Marqués, el Baron y el Doctor.

Tomaron billetes, y se acomodaron en un departamento reservado.

A las doce llegaban á la Coruña y se hospedaron en un hotel situado en el Canton en frente del mar.

Aquel mismo dia tomaron pasaje en el vapor-correo *María*, que debia hacerse á la mar á las ocho de la mañana del siguiente.

Lentas y mortales fueron las horas que trascurrieron.

Todos sufrian, y sin embargo ahogaban su dolor y procuraban que la sonrisa no se borrase de sus lábios.

Digitized by Google

Así llegó el terrible dia.

A las siete y media de su mañana se encontraban nuestros amigos sobre la cubierta del que por algun tiempo debia recoger los enamorados suspiros de los jóvenes esposos.

En todos los semblantes se notaban inequívocas señales de una fuerte emocion.

Luisa y su madre tenian los ojos bañados de lágrimas.

—Hija mia, le decia ésta, escribe á menudo, no nos tengas sin saber de tí.

—Sí, mamá, no te olvidaré un momento; ¡te quiero tanto! y lloraba en sus brazos.

Entre tanto Enrique decia á Alfredo.

—Espero no seas egoista; yo, en seguida que deje á los marqueses, si es que no quieren venir, regresaré á Madrid. Regularmente no me examinaré hasta mediados de Junio, con que bien puedes escribirme.

—Sí, Enrique, hermano mio, te escribiré desde Santander y desde todos los puntos donde me halle, te lo juro; y tambien se arrojó en los brazos de su noble amigo.

Así se sucedian los minutos.

Por fin se oyó el fatal pito del capitan que anunciaba la pronta salida del vapor.

Entonces los abrazos y las lágrimas se redoblaron.

Todos se confundian en tan estrechos lazos.

Digitized by Google

No hubieran tenido nunca término, si Enrique, haciendo un supremo esfuerzo, no hubiera gritado:

—Ea, vamos, que el vapor leva anclas.

Todos se dirigieron confusamente á la escalerilla.

Unos tras otros bajaron á la lancha que les esperaba, y pocos momentos despues se separaban del vapor.

—Adios, Luisa; adios, hijos mios.

—Adios, papás. Adios, queridos amigos, y unos desde la barandilla de éste y otros desde la lancha agitaban vivamente sus pañuelos.

El vapor se meció gallardamente sobre las tranquilas aguas, lanzó al espacio un agudo silbido, é impulsado por sus propias fuerzas, rompiendo los diáfanos cristales que le sostenian, pausada y majestuosamente se fué alejando de la vista del puerto.

Dejemos á sus dos felices, pero contristados pasajeros buscar mútuo consuelo en sus enamorados pechos, arrullados por embalsamada brisa, y acariciando sus soñadoras mentes con la hermosa perspectiva de dias de interminable ventura, y sigamos á sus afligidos padres y amigos, pues de aquellos hemos de saber por su propio conducto.

Desembarcaron, y sileneiosamente se dirigieron al hotel.

Allí concertaron lo que habian de decidir.

Estarian todos un par de dias en Alsilla, y luego regresarian juntos á Madrid,

Digitized by Google

Así lo hicieron.

Una vez en la córte, los marqueses quisieron retenerles á su lado por más tiempo, pero no les fué posible.

D. Pedro hizo ver los quehaceres de su casa, y Enrique la proximidad de sus exámenes.

Unicamente quedó en su compañía el Doctor en calidad de médico de cámara, y con quien debian salir, dentro de breves dias, para los baños.

El Marqués conocia que era preciso sacar á su esposa de Madrid, donde constantemente estaba notando el inmenso vacío que en la casa habia.

Nos falta decir que Enriqueta era una de las doncellas que acompañaban á Luisa, conservada á su servicio por la fuerza de las circunstancias.

Digitized by Google

CAPÍTULO XXIV.

ENRIQUE.

Enrique seguia muy ocupado con sus estudios, pues habia perdido mucho tiempo por las causas que conocemos, y trataba de resarcirlo en todo lo posible.

Sin embargo, no por eso dejaba de ir algunos ratos á casa de los padres de Luisa, que siempre le obligaban á comer en su compañía.

El carácter y generosos sentimientos del jóven estudiante, tenian cautivados á los marqueses, que habian llegado á cobrarle particular cariño.

Digamos ahora algo sobre los antecedentes de éste, pues es uno de nuestros principales personajes, y es justo conozcamos sus circunstancias.

Lo haremos en cuatro palabras.

Huérfano de padre y madre desde la edad de once años, habia sido encomendado por aquel, último que falleció, á un hermano suyo, viudo y con

Digitized by Google

una hija menor que Enrique, en calidad de tutor y curador.

Era dueño de un regular patrimonio que le administraba honradamente su tio.

A los pocos meses de morir su padre fué puesto en un colegio, donde terminó la filosofía.

Una vez hechos sus primeros estudios, hubo que pensar en la carrera que habia de seguir.

Por fin, y atendiendo á sus particulares inclinaciones, optaron por la de ciencias, para lo cual le trajeron á Madrid.

Con su tio y prima, únicos restos de su familia, solo pasaba los meses del estío, no volviéndoles á ver durante los demás del año; de modo que no podia haberles cobrado intenso afecto, y sin embargo, su alma agradecida no dejaba trascurrir un solo dia sin dedicar un tierno recuerdo á aquellos séres que lejos de él vivian.

Cruzaban sus cartas dos veces al mes, y en ellas casi siempre se decian lo mismo.

Hijo de un pueblo de la montaña, le caracterizaba su corazon franco y leal.

Se hacia apreciar por sus amigos, y él á su vez les correspondia con su natural sinceridad.

Una casualidad le hizo conocer á Alfredo, y ya hemos visto llegó á quererle como á un hermano.

Sus ocupaciones consistian en estudiar, la amistad de Alfredo y dedicar diariamente un tierno re-

Digitized by Google

cuerdo á su prima, á quien quizás amaba sin saberlo.

Pero de esto nos ocuparemos más adelante.

Una mañana se hallaba Enrique estudiando en su habitacion, cuando le entraron dos cartas.

Una era de su tio; la otra de Alfredo.

Abrió ésta y leyó lo siguiente:

«Santander, 15 de Mayo de 187...

»Querido Enrique: Despues de una feliz travesía, dulcemente arrullado por la deliciosa brisa de un mar sereno y por el amor de la adorable criatura con quien al fin de tantas adversidades me veo unido en estrechos lazos por toda una existencia, arribamos á este puerto, donde permaneceremos unos dias, á fin de que Luisa repose un poco y podamos luego continuar sin forzadas interrupciones el itinerario que llevamos prefijado, y cuyo camino hallo por do quier alfombrado de flores, pues todo es en mi redor amor y felicidad.

»Apenas abro los ojos á la luz del dia, me encuentro con su angelical rostro, en cuyos rojos lábios veo dibujada la más hechicera de las sonrisas.

»No se abre una sola vez su boca que no sea para modular las más tiernas frases de amoroso sentimiento.

»En fin, querido Enrique, si en la tierra existe algun Paraíso, yo me hallo fluctuando sobre su su-

Digitized by Google

perficie, envuelto en una nube saturada de sus más arrobadores perfumes.

»En esta misma semana, y así que en Luisa hayan desaparecido las ligeras impresiones producidas por el movimiento del vapor, saldremos para Bayona.

»Haz presentes mis recuerdos á Ciro, y tú recibe un cordial abrazo de tu amigo

ALFREDO.»

Enrique guardó esta carta gozoso al ver las delicias de la luna de miel de su amigo.

Luego abrió la de su tio.

En ella ponia una postdata su prima.

Decia así:

«Te estoy bordando un pañuelo que te entregaré cuando vengas. Estudia mucho, y no olvides desea verte pronto tu prima

CONCHITA.»

Enrique involuntariamente llevó el papel á sus lábios.

Estampó en él un beso de indecible ternura.

—Sí, estudiaré, murmuró hondamente afectado, y luego iré á ver á ese ángel que Dios ha puesto en mí camino, y volvió á continuar su estudio con doble afan.

Enrique amaba á su prima; pero la amaba con ese amor puro y tranquilo que brota de un corazon sencillo hácia un sér que se reconoce superior á cuantos le rodean.

Digitized by Google

El amaba en su prima el celestial candor de su alma, la pureza de sus miradas, la encantadora ingenuidad de su inocencia y la sencillez de sus costumbres.

Se habia acostumbrado á verla como el ángel tutelar de su vida, y la rendia la respetuosa adoracion que á los ángeles se tributa.

Conchita era una niña de doce años, y su alma respiraba toda la adorable candidez de una de seis.

Pero ya tendremos ocasion de conocerla.

Enrique prosiguió con sus estudios y su metódica existencia.

Ocho dias despues recibia una segunda carta de Alfredo.

En ella le notificaba su feliz llegada á Bayonne, y próxima llegada para Bordeaux.

Pasaron otros cuatro dias.

Una mañana recibió un recado de los padres de Luisa que le esperaban á comer.

Se presentó poco ántes de la hora que sabia acostumbraban á sentarse á la mesa.

En el salon donde le introdujeron habia una infinidad de personas, todas para él desconocidas.

—Es V. un descastado, le dijo el Marqués que se levantó á recibirle así que le anunciaron.

—Perdone V., señor Marqués, contestó el jóven estudiante; sí, en efecto, no frecuento esta casa tanto como yo deseara; pero la proximidad de mis exámenes y la excesiva bondad de VV. para conmigo, ha-

Digitized by Google

cen que reprima á viva fuerza mis naturales impulsos.

—Sí, sí, repitió el Marqués en tono de cariñosa reconvencion, vénganos V. ahora con disculpillas, y tomándole de un brazo le condujo hasta el centro del salon.

—Tengo el gusto, amigos mios, exclamó dirigiéndose á los circustantes, de presentar á VV. á D. Enrique Jimenez, un íntimo amigo de mi yerno el baron de Rosa-bella, como así mismo de la Marquesa y mio.

Los caballeros se levantaron á extrechar su mano, y él saludó con un gracioso movimiento de cabeza á las señoras.

Despues se acercó á la Marquesa.

—Tengo que pedir á V. mil perdones, señora Marquesa, la dijo sonriendo mientras la alargaba una mano, por el culpable retraimiento en que me hallo y el cual reconoce como principal causa la inmerecida benevolencia que VV. me dispensan.

—Ya trataremos de castigar ese abuso de confianza, descuide V., respondió del mismo modo la Marquesa, en cuyo rostro se veian inequívocas señales de su maternal dolor; ahora siéntese V. y refiéranos alguna novedad, y le indicó una silla próxima á ella.

—Son tan cortos los momentos, señora, que puedo dedicarme á adquirir noticias, que casi puedo afirmar que vivo ignorante hasta de lo qne me rodea.

—Segun eso, hemos ido á robar á V. un tiempo precioso con nuestro importuno deseo de verle, le replicó enviándole una bondadosa sonrisa.

Digitized by Google

—¡Ah, señora! ¡Cuán me hace V. sufrir con sus eternas reconvenciones!

—¿Acaso son injustas?

—En la apariencia, no; pero en realidad, sí. Es mi mayor deseo estar constantemente al lado de VV., cuyas contínuas y delicadas atenciones me obligarian á ser la más descastada de las criaturas. Pero esas mismas, y tal vez perjudiciales consideraciones con que VV. tan inmerecidamente me distinguen, hace que frecuentes veces posponga ese deseo ante el perpétuo recuerdo del severo semblante de los jueces que en un dia no muy lejano me han de juzgar.

La Marquesa le escuchaba con, al parecer, notable complacencia.

Tambien cuantos le oian admiraban su desenvoltura y gracia en la expresion, cuya naturalidad no podia confundirse con la ridícula afectacion del que pretende hacerse brillar por la distincíon de sus maneras.

Iba á replicarle, cuando la interrumpió la voz de un criado que dijo:

—Cuando los señores gusten pueden pasar al comedor.

La Marquesa se puso en pié.

El jóven estudiante la ofreció galantemente su brazo.

—Vamos, amigos mios, dijo ella á sus convidados, y apoyándose suavemente en él, echó á andar.

Digitized by Google

Todos la siguieron.

El Marqués llevaba á una linda pollita del suyo.

Llegaron al refectorio.

Este, como todas las habitaciones de la casa, era grande y lujosamente decorado.

En el centro se veia una larga mesa cubierta por blancos y finísimos manteles, sobre los cuales, en admirable simetría, estaban colocados magníficos jarrones de china atestados de caprichosas flores que esparcian por toda la habitacion su delicado aroma.

Infinidad de dulces y postres de todas clases, combinados con los demás utensilios de una espléndida mesa, formaban un encantador golpe de vista.

Fuéronse colocando damas y caballeros en las sillas que solícitamente les iban ofreciendo aquellos camareros de frac y corbata blanca, y poco despues daba principio el *lunch*.

A la derecha de la Marquesa se hallaba Enrique.

—¿Y dónde van VV. desde aquí, Marquesa? preguntó una linda morenita miéntras con sus diminuntas manos trinchaba un trocito de faisian.

—A Santander, donde pensamos permanecer por lo ménos hasta mediados del próximo.

—Aquello promete mucha animacion, objetó un caballero que acababa de engullirse una pata de aquel animal.

—Sí, y creo piensa asistir tambien S M., repuso

Digitized by Google

un brigadier, en cuyo pecho brillaban algunas altas condecoraciones.

—El año pasado fué un exceso; ¿estuvo V., Marquesa? prosiguió la morenita que habló primeramente.

—Sí, ya hace dos años que le frecuentamos.

—Verdaderamente, replicó el brigadier, que es un sitio delicioso; y luego, con ser la playa que más comodidades ofrece entre las que deja libre la insurreccion, hay que anticiparse á tomar habitacion, pues de lo contrario se corre riesgo de no encontrar dónde dormir: ¿y VV..... van á Santander, ó al mismo Sardinero?

—Hasta ahora hemos ido al Sardinero, por agradarle más á Luisa; pero este año residiremos en Santander.

—Con que ¿segun eso, marchan ya VV. á baños? preguntó Enrique que hasta entonces habia permanecido atento á la conversacion.

—Sí, y V. ¿cuándo abandona á Madrid?

—Dentro de ocho dias á lo sumo.

—¿Y va V. directamente á Laredo?

—Sí, pues allí me espera impaciente mi única familia, y un suspiro tendió á salir de su pecho.

—¿Y no suben VV. una temporada á Santander?

—Ignoro lo que determinará el tio; pero en todo caso, yo prometo á VV. una visita.

Digitized by Google

—Creo inútil manifestar á V. la satisfaccion que con ella nos proporcionaria.

—No mayor en verdad que la mia en ver á VV., añadió Enrique acompañando á sus palabras con una graciosa sonrisa.

Así prosiguieron conversando.

Terminada la comida, pasaron á otro salon, donde algunas elegantas pollitas lucieron su habilidad en el piano y su precioso timbre de voz.

Las doce serian cuando Enrique abandonó la casa de los marqueses de Alsilla.

Digitized by Google

CAPÍTULO XXV.

CONCHITA.

Nos encontramos en el pintoresco país de la montaña.

Dejando atrás, y atravesando sin detenernos las mal trazadas calles del pueblo de Laredo, nos dirigiremos hácia un extremo de él.

Como á unos cien pasos de distancia se veia un delicioso jardin, circundado por una verja de hierro, y en cuyo centro se destacaba una casita de un solo piso y toda ella pintada de blanco.

Crucemos la puerta que se encontraba abierta, y sigamos la arenosa senda que conduce á ella.

A la sazon entraba un hombre, que colgada de una fuerte correa, llevaba al hombro derecho una inmensa cartera de baqueta.

Se acercó á la entrada de la casita y gritó con extentórea voz.

—¡Don Anselmo!

Digitized by Google

Una niña, ligera como una gacela, se presentó en el umbral de una puerta á la derecha del portal.

—¿Qué hay, Andrés? preguntó con una vocecita muy parecida á la que deben tener los querubines para cantar las alabanzas al Señor.

En efecto, un querubin y no una criatura era la que acababa de aparecer.

Una tez trasparente y rosada, una frante tersa y blanca como el marfil, una boca pequeña y cuyos finos lábios estaban rematados por dos líneas, apénas perceptibles de brillante coral, y unos ojos negros, dulces y expresivos, hacian ver en aquel rostro algo de celestial,

Sus cabellos, finísimas hebras de seda que robaban su brillo al azabache y peinados con suma sencillez, le daban una expresion de indefinible atractivo.

Bastaba ver á aquella niña para adorarla.

Vestia una sencilla bata de percal, levemente plegada á la cintura, que permitia no obstante, admirar la esbeltez de su talle, y por cuyos bordes, que levantaban aún cuatro dedos del suelo, se veian sus diminutos piés.

—Hola, Conchita, buenas tardes, la dijo eariñosamente el nombrado Andrés; aquí traigo una carta para el señorito Enrique.

—Pues tráela, dijo vivamente la niña, y poniendo en sus manos una moneda de cobre, se lanzó al jardin con prodigiosa rapidez mientras decia:

Digitized by Google

—Adios, Andrés.

Despues de cruzar de este modo algunas calles, se detuvo ante un bonito cenador de madera cubierto por las verdes ramas de algunos árboles.

Al llegar allí, andando sobre las puntas de sus pequeños piés, se internó en él.

En el centro, y bajo la fresca sombra que proyectaban aquellos, habia una mesa de pino rodeada de bancos de la misma madera.

Sentado en uno de éstos, y con la vista fija en un librocolocadosobreaquella,seencontrabaunhombre.

Era Enrique.

La niña le contemplaba á medida que iba avanzando, y cuando estuvo próxima á él se detuvo.

—Buenas tardes, Enrique, murmuró con su melodioso acento.

Levantó éste los ojos y les fijó en el sonriente rostro de su prima.

—Ah, ¿eres tú, Conchita? exclamó.

—Sí; vengo á estorbarte, ¿no es cierto? prosiguió ella con su natural candidez; pues mira, yo no hubiera venido sino....

—Conchita, por Dios, ¿qué dices? la interrumpió Enrique, y tomándola de una mano la condujo hasta un asiento, colocándose á su lado, ¿cuándo me hás oido á mí decir que tú puedes molestarme?

—Sí, Enrique, continuó la niña con encantadora inocencia, porque sé que no me quieres.

Digitized by Google

—¡Que no te quiero! la replicó el jóven con tal acento, que parecia iba á salírsele tras él el alma.

—Jesús, Enrique; ¿qué tienes? le preguntó asustada la niña.

—Nada, Conchita, sino que al decirme que no te quiero me causas un daño horrible.

—Ay, perdóname, Enrique, dijo algo entristecida; pero entonces, ¿por qué haces eso conmigo cuando estás en Madrid?

—¿Cuál, Conchita?

—Sí, nada, eso es, hazte el desentendido, prosiguió con una ingenuidad adorable.

—Pero no, Conchita, dímelo, tal vez haga yo algo, sin saberlo, que no te agrade.

—Pues dime; ¿por qué cuando escribes á papá no dices más que «á Conchita mis recuerdos,» como diciendo «y gracias que me acuerde de ella?» é hizo al expresar esto un gesto que cautivó más el corazon de su primo.

—No, Conchita, la respondió con tierno acento éste, no pongo más, porque no sé si al tio le agradaria.

—Y ¿por qué no? ¿Pues qué tiene eso de particular? Además, ¿no ves cómo siempre te escribo yo algo en su misma carta? ¿A qué no haces tú igual?

—Pues bien, niña mia; te prometo desde ahora para siempre hacer eso y más que tú quieras.

—Sí, buen pícaro estás tú: de lo que ménos te

Digitized by Google

acuerdas en Madrid es de mí; como que tendrás allí otra á quien la quieras más, y esto lo dijo la niña con una marcada expresion de infantil sentimiento.

—¡Yo, á otra! exclamó Enrique con un acento que equivalia á decir «¡imposible!»

—Sí, tú; y si no, dime, ¿quién te escribe en un sobre muy bonito, con muchos dibujos y una corona?

—¡Ah!

—¡Cómo te alegras! murmuró tristemente la niña, bien decia yo que no me querias.

—¿He tenido carta? preguntó vivamente Enrique,

—Sí: ¿y por qué me engañabas? prosiguió ella, á cuyos ojos parecian querer asomar las lágrimas.

—No, Concha, la dijo conmovido Enrique, esa carta es de un amigo.

—Sí, eso es, vénme ahora con que es de un amigo, y tiene una letra peor que la mia.

Esta ingenuidad hizo sonreir al jóven.

—¿Te ries de mí? prosiguió ella cada vez más afectada, ¡y despues dices que me quieres! Eso está muy mal hecho, Enrique, y sacando un blanco pañuelo le llevó á los ojos.

Enrique sintió un agudo dolor en el corazon.

—Concha, Conchita, exclamó arrojándose á los piés de su llorosa prima, es de un amigo, te lo juro por la memoria de mis padres.

La tierna niña separó el pañuelo de sus ojos que

Digitized by Google

se hallaban empañados de lágrimas, y fijó, á través de aquel círculo de cristalinas perlas, una mirada en su primo.

—¿Es de veras, Enrique? preguntó.

—Te lo he jurado.

—Pues bien; déjame hacer una cosa.

—Todo lo que tú quieras.

—Mira la carta, prosiguió diciendo sacándola del bolsillo y mostrándosela, déjame que la abra, y no hago más que mirar la firma.

—Abrela.

La niña rompió con sumo cuidado el sobre y desdobló el papel que dentro de él venia.

«Querido Enrique,» leyó, y luego volvió la hoja y vió «tu amigo, Alfredo.»

—¡Ah! exclamó cual si se hubiera visto libre de un peso que la agoviaba, gracias Enrique; te quiero... más que nunca, y como ruborizada de lo que acababa de decir, salió rápidamente del cenador.

Enrique, que permanecia de rodillas, la siguió con la mirada hasta perderla de vista.

Despues se limpió una lágrima que la ternura hacia asomar á sus ojos, y se sentó, recogiendo la carta que su aturdida prima habia dejado caer.

Escenas parecidas se sucedian con frecuencia entre los dos primos,

Cuando logró serenarse leyó la carta de Alfredo.

Decia así:

Digitized by Google

«Worms, 10 de Julio de 187...

»Querido Enrique: Siempre ronreido por la más completa felicidad, voy prosiguiendo este camino de incomparable ventura.

»Luisa cada dia más encantadora, no se ve molestada por el más leve padecimiento.

»Sin embargo, un pensamiento ha venido á acabar un tanto nuestra dicha.

»Este es, que por la situacion de Luisa no podemos pasar el invierno en Madrid.

»Nos trasladaremos á París ¡qué remedio cabe! no todo ha de salirnos cual nosotros apetecemos.

»Recibe memorias de Luisa; haz presente nuestro deseo de conocer á tu tio y prima, y tu recibe un estrecho abrazo de tu amigo

ALFREDO.»

Enrique quedó pensativo.

Alfredo, como decia muy bien, se veia por entonces imposibilitado de regresar á Madrid.

Esto habia de serles muy sensible.

París es muy bello.

Pero ¿y Madrid? ¿y el suelo donde habian visto nacer y fomentar su amor? ¿y los paseos, y los teatros, y los salones donde ella era casi siempre la principal reina?

Aquel era otro consiguiente efecto de su locura; era otra espina hallada en la flor de sus amores.

Digitized by Google

Ya iremos viendo cómo, por lo general, las flores tienen tantas espinas como pétalos.

Enrique se levantó y se dirigió hácia la casita.

Iba preocupado.

Entró en el portal, y al cruzar por ante la puerta de que antes hicimos mencion, le distrajo de sus pensamientos una voz que le decia:

—Buenas tardes, señorito Enrique.

Volvió el jóven la cabeza y exclamó:

—Hola, buenas tardes Rita, ¿y mi tio, está arriba?

Esta pregunta iba dirigida á una señora de unos cuarenta años de edad y rostro bondadoso que estaba cosiendo en compañía de Conchita.

Enrique al terminarla se habia introducido en la habitacion.

Era esta una salita cuyo mobiliario le componian media docena de sillas de paja, un sofá de tres asientos de lo mismo y un velador de madera sobre el que se veia un cestito de mimbres conteniendo algunos utensilios de costura.

Por las blancas paredes se hallaban diseminados algunos cuadros, y á un costado habia una ventana cubierta por unas persianas verdes.

Hemos dicho que Enrique, al terminar la pregunta, se encontró dentro de ella y en presencia de las dos mujeres,

Rita estaba frente á él y enfrente de ella Conchi-

Digitized by Google

ta dando las espaldas á la puerta; de manera, que para mirar á Enrique tuvo necesidad de volverse.

—Sí, arriba está, le contestó ésta con su natural vivacidad, ¿le querias algo?

—Sí, tengo que hablarle.

La niña le miró con expresion de marcada curiosidad.

Enrique se sonrió.

—Luego dire á VV. lo que es, añadió, y enviando á su prima una tierna mirada, salió de la sala.

Subió pausadamente una escalera de dos tramos y se encontró en un largo pasillo.

Se acercó á una puerta de tres que habia á la derecha, y dió unos golpecitos en ella.

—Adelante, se oyó decir al otro lado.

Enrique levantó el picaporte, y abriéndola, se encontró en una habitacion cuadrangular, que recibia luz de un balcon que, como todos los de la casa, daban al jardin.

Los enseres de ella consistian en una mesa-escritorio de nogal, una butaca de guta-percha, unas cuantas sillas de lo mismo, y de las paredes colgados varios estantes repletos de libros.

Encima de la butaca que se hallaba al lado de la mesa, y pendiente de la pared, se veia un retrato en un marco negro con cerco dorado.

Era el de Conchita.

Sentado en aquella, y escribiendo, se encontraba

Digitized by Google

un hombre como de unos cuarenta y seis años, severas facciones y mirada intensa.

Era D. Anselmo Jimenez, padre de Conchita y tio paterno de Enrique,

Viudo hacia ya diez años; y sin quedarle más hijos que ésta, quedó, como ya hemos dicho, encargado por su hermano al morir de la tutela y curaduría de su huérfano sobrino.

Ya tambien sabemos cómo desempeñaba su cometido.

—¿Qué hay, Enrique? preguntó al jóven así que se presentó.

--Dispense V., querido tio, le dijo éste, si vengo á importunarle; pero he querido consultar con V. ahora cierto pensamiento que tengo, por si accede á mis deseos.

—Ya sabes que siendo justos jamás podré oponerme á ellos.

—Pues por éso quiero oir su parecer, no sea que yo no esté en razon.

—Habla, ya te escucho, pero, siéntate.

Enrique tomó asiento en una silla al lado de la mesa, y dijo:

—Ya tiene V. noticias, querido tio, de la estrecha amistad que me une con el baron de Rosa-bella; pues bien, hace tres meses que casó con la hija de los Marqueses de Alsilla, y á los pocos dias de su enlace emprendieron un viaje que aun dura.. Los mar-

Digitized by Google

queses no tienen más hijos; así, que han quedado en el mayor desconsuelo. Son unos bondadosos corazones, y hácia mí han demostrado singular afecto; desde primeros del pasado se encuentran en Santander, y sabiendo lo próximo que yo estoy de ellos no han dejado de instarme para que suba á pasar unos dias en su compañía; yo gustaria en complacerles, pues me consta lo mucho que lo agradecerian, y por eso deseo me dé V. su opinion.

El jóven calló.

—Enrique, le contestó su tio, yo no puedo negarte nada que reconozca por causa algun deber ó noble sentimiento; veo muy justo tu deseo, y tienes mi permiso para ponerte en camino cuando lo juzgues oportuno.

—Pero es que, querido tio, yo desearia que V. me acompañara.

—¡Yo!

—Sí, si es que en ello no tiene V. algun inconveniente. Las férias de Santander son ahora, y de paso que yo voy, podemos ir todos, y las presenciará Conchita.

Lo que Enrique deseaba era no separarse de la tierna niña.

D. Anselmo quedó pensativo.

—Conchita no puede ir, dijo al fin, no tiene trajes á propósito, y ya no hay tiempo para hacérselos.

—Bah, querido tio, Conchita con cualquiera cosa

Digitized by Google

está bien; y además, allí en dos dias la confeccionan uno.

El calor con que el jóven le debatia hubiera bastado para vencerle á cualquiera otra persona ménos perspicaz que el padre de Conchita; pero éste sabia lo agradecido que era su sobrino, y tomó aquello únicamente como un buen deseo de que su hija se distrajera.

—Bueno, pues te daré gusto; dí á Concha que mañana salimos.

—Gracias, tio, ah, ¡qué contenta se va á poner!

D. Anselmo, viendo la satisfaccion que demostraba su sobrino, añadió:

—Vé, pues, si quieres, á decírselo.

Enrique se puso en pié.

—Hasta luego tio, dijo.

—Adios.

El jóven salió, y descendió rápidamente los dos tramos de escalera, encontrándose en pocos segun-en presencia de su cándida prima.

—¡Ah! exclamó ésta, vienes á decirnos lo que has dicho á papá; debe ser muy bueno porque estás muy alegre.

En efecto, Enrique no podia ocultar su regocijo.

—No sé aún si lo será, dijo, tu me lo dirás. Dime, Conchita, ¿desearias ir á las férias de Santander? y la envolvió en una mirada de indefinible ternura.

—Yo, si papá quiere, sí; ¿vas tú?

Digitized by Google

Aquel ¿vas tú? produjo en el jóven un efecto indescriptible.

Aquel ¿vas tú? encerraba todo un poema de amor; aquel ¿vas tú? en fin, equivalía á decir «yo no quiero nada sin tí.»

Enrique se hubiera arrojado á sus piés y habria exclamado «¡Benditas seas!» pero la presencia de Rita le cortó la accion, y logrando reprimirse, repuso sonriendo.

—Si tú quieres que os acompañe...

—¡Oh, sí! exclamó ingénuamente la inocente niña.

Enrique tuvo que hacer un supremo exfuerzo para no vacilar y caer.

Aquella frase significaba claramente «¿y lo dudas?»

Conoció que si seguia allí iba á cometer alguna imprudencia, y así que, decidido á evitarla, replicó:

—Pues bien, entonces puedes ir preparando tu equipaje, yo voy á hacer lo mismo; mañana salimos; con que hasta luego, Conchita, y despues de oir un «adios, Enrique» que hacia vibrar todas las fibras de su corazon, volvió á ascender con rapidez la escalera.

Entró en su habitacion.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO XXVI.

LA FLOR AGOSTADA.

Trascurria el tiempo con su impasible carrrera.

Se pasaron Julio y Agosto con su irresistible canícula; se fué Setiembre con sus agradables mañañas y estaba para espirar Octubre con su invierno en embrion.

De nuevo, pues, se hallaban de regreso en Madrid los que, ahuyentados por el temible estío, habian ido á acogerse bajo el amparo de una refrescante playa, ó á refugiarse á una tranquila aldea donde poder disfrutar de la temperatura de un clima más benigno.

Otra vez, pues, habiánse vuelto á abrir los teatros, los salones y las áulas de la Universidad.

A ellas desde luego estaban llamados todos los jóvenes pertenecientes á la noble clase escolar.

Por consiguiente, nuestro amigo Enrique ya debia encontrarse nuevamente en la muy heróica villa del oso y del... Hipódromo.

Digitized by Google

En efecto; ya hacia cerca de un mes que abandonara el delicioso vergel de sus amores para proseguir en la honrosa senda que algun dia habia de conducirle al deseado término de sus venturosos ensueños.

Acababa de abandonar el lecho y se estaba disponiendo para asistir á clase, cuando le entraron un telégrama.

Rompió el sobre y leyó vivamente.

Era de Alfredo y estaba fechado en París.

Se expresaba en estos términos:

«Luisa de gravedad. Doctor con cuidado. Tememos una desgracia, Alfredo.»

El noble jóven se inmutó visiblemente.

Alfredo le habia seguido notificando el estado de su esposa desde diferentes puntos, y por último su instalacion en París, donde Luisa sintiera los primeros dolores de un parto prematuro.

Los marqueses corrieron á su lado en compañía del Doctor Pozo.

Este telégrama podia, pues, muy bien ser un *ultimatum*.

Enrique aquel mismo dia lo dispuso todo, y en el correo de la noche salió para París.

Dos despues se apeaba de un carruaje á la puerla de la casa de su amigo.

Subió al principal.

Aquella estaba abierta y sentados en blandos di-

Digitized by Google

vanes á derecha é izquierda de ella se hallaban dos criados.

—El señor baron de Rosa-bella ¿vive aquí, no es cierto? les preguntó vivamente.

—Sí señor, le contestó uno de ellos poniéndose en pié, mas los señores no reciben, está gravemente enferma la señora baronesa.

—No importa, á mí me recibirán, replicó Enrique mientras sacaba un tarjetero, entregue V. esta tarjeta al señor baron, á los señores Marqueses, á cualquiera, ande V.

El criado comprendió que debia ser un íntimo amigo de sus amos y se apresuró á obedecer diciendo:

—Tenga V. la bondad de pasar á esa habitacion, y desapareció por entre unas cortinas.

Enrique se internó en la que le indicó el criado y no tuvo mucho que esperar.

Alfredo apareció en un extremo de ella.

—¡Tú aquí! Enrique, exclamó.

—¡Qué! ¿No me esperabas? repuso éste, y ambos se precipitaron uno en brazos de otro.

Amargas lágrimas corrian por las mejillas del jóven baron.

—¿Y Luisa? preguntó Enrique.

—¡Oh, se muere, se muere! repitió Alfredo, y en su rostro se reflejaba el intenso dolor que le oprimia.

—Alfredo, tú exageras, repuso su amigo con vehemencia.

Digitized by Google

—¡Oh! Plugiera á Dios, pero ven, la verás... y tal vez sea tarde.

—¡Oh! exclamó el jóven, y se lanzó trás de su amigo.

En un gabinete cuyas paredes desaparecian bajo riquísimos tapices de raso y los piés se undian sobre una pintada y costosa alfombra, se hallaban reunidos el Marqués de Alsilla y el padre del baron.

Al ver á Enrique, ambos se arrojaron en sus brazos.

Nadie hablaba.

Los sollozos cortaban las palabras.

—¿Y Luisa? preguntó el jóven á media voz.

El Marqués señaló con un dedo una puerta oculta trás unas cortinas.

—¿Ha dado á luz?

—Ayer.

—¡Ah!

—Pero muerto.

—¡Oh! murmuró, y á sus ojos asomaron dos lágrimas.

En aquel momento apareció por entre las mencionadas cortinas el Doctor Pozo.

Enrique se avalanzó á él.

—¡Ah, Doctor! exclamó cogiéndole de ambas manos, ¿cómo sigue?

Este, en su sorpresa, no pudo al pronto hablar; pero al fin se repuso y murmuró:

Digitized by Google

—Mal, se nos muere, se nos muere.

—¿Y no hay salvacion posible?

—Humana, no; ha sido un esfuerzo superior á su naturaleza, y sólo un milagro podia volver á restablecer el equilibrio en su alterado organismo.

—¿Y la Marquesa?

—Al lado de su hija.

—Entonces luego la veré.

—Puede V. pasar si gusta.

—No, no, ahora toda otra persona la tiene que ser molesta, y se volvió hácia el Marqués y D. Pedro Barzan.

¿Y Alfredo?

Al dejar á su amigo en brazos de su padre y padre político se internó en la habitacion de Luisa.

Entremos tambien nosotros.

Era otro gabinete, en cuyo fondo se veia una espaciosa alcoba.

En el interior de ésta habia un magnífico lecho, cuyas colgaduras de raso azul celeste, como todo el decorado de la habitacion, se hallaban recogidas á los extremos.

Postrada en él, y cubierta de finísimas sábanas, en cuyos bordes resaltaban lo dos escudos de ármas de las respectivas casas de Rosa-bella y Alsilla, bordados en seda azul, se encontraba la desgraciada niña á quien meses ántes hemos visto resplandeciente de hermosura y felicidad.

Digitized by Google

Mas aquella virginal belleza parecia resistirse aú á los contínuos é implacables golpes de la impia Parca, y en medio de su mortàl postracion permanecian incólumes los rasgos característicos de ella, como si la misma muerte temiera concluir con aquellos angelicales hechizos.

A la cabecera del lecho, y sentada en una silla, estaba la acongojada madre, en cuyo rostro se dibujaban las señales de su inmenso dolor.

Al otro extremo, en pié, inmóvil y con la vista fija en la enferma, se hallaba Alfredo.

Parecia la estátua de la muerte.

Tal era su rígida palidez.

Luisa abrió los ojos y fijó en él su apagada mirada.

—¡Alfredo! murmuró.

Este se extremeció convulsivamente al eco de aquella voz que aún conservaba su precioso timbre.

—¡Luisa mia!

—¿Y mamá?

—Aquí estoy, hija mia, respondió la triste madre acercándose á ella, ¿qué deseas?

—No os aflijais, prosiguió con débil acento la niña, sé que voy á morir, pero ¿qué impoata? en el cielo os volveré á ver: no llores mamá, ni tú tampoco Alfredo; ¿no veis como yo estoy tranquila?

¡Pobre ángel! ¿Y qué habia de hacer, si ni aun lágrimas tenia con qué llorar?

Digitized by Google

—¡Hija mia! exclamó la Marquesa oprimiendo los lábios contra los de la niña como si intentara trasmitirla por ellos su fuerza vital.

Alfredo entre tanto asió una mano que Luisa tenia abandonada fuera del lecho y la llevó con ánsia á los suyos, imprimiendo en ella frenéticos ósculos de delirante pasion.

En esto apareció el Doctor.

—¡Oh! ¿Qué hacen VV? exclamó, están acelerando su muerte.

La marquesa se incorporó, y volviendo hácia él la cabeza repuso amargamente:

—¿No dice V. que no hay esperanza? pues entonces, ¿por qué no ha de morir en mis brazos?

—Señora marquesa, el dolor ofusca su mente; ya es hora de pensar en Dios.

—Sí mamá, murmuró la angelical niña; tiene razon el Doctor, debo pensar en Dios; perdone V. Doctor, añadió dirigiendo á éste su apagada vista, y luego prosiguió: mamá, Alfredo, el último beso, el último pecado.

La Marquesa se arrojó sobre su hija, é imprimiendo un fuerte beso en sus lábios, se desasió y salió rápidamente de la alcoba.

—Ahora tú, Alfredo, murmuró Luisa, cuya voz se ba debilitando por momentos.

Este sintió traspasársele el corazon.

Se inclinó sobre el pálido rostro de su jóven es-

Digitized by Google

posa, y un beso doble, suave, que parecia llevarse trás sí aquellos dos amantísimos séres, resonó en la extancia.

—Adios Luisa mia, adios alma de mi alma, exclamó arrebatadamente el jóven desasiéndose á su vez de aquellos dulces lazos, y. lanzóse fuera de la habitacion.

—Adios Alfredo, contestó ella con voz apenas perceptible; y luego, volviendo su vista al médico, que inmóvil á los piés de su lecho presenciaba estas escenas, prosiguió: ahora Doctor, espero tranquila á la muerte.

—¡Oh, no! exclamó éste con el corazon comprimido por tan conmovedora resignacion, aún no hay que perder las esperanzas; no hay que desconfiar de la Misericordia Divina.

—No, Doctor, le replicó aquella sublime criatura, no trate V. de ocultarme lo que yo misma conozco; voy á morir, lo siento por Alfredo y por mis padres; pero es inevitable, me van faltando las fuerzas para hablar, más ántes quiero que Dios perdone mis culpas; Doctor, que avisen á un confesor, luego... tal vez sea tarde.

Este, dominando por la superioridad de aquel sér, abandonó la alcoba.

Dos horas más tarde, Luisa recibia el Santo Oleo.

Rodeaban su lecho de muerte cuantas personas queridas dejaba en el mundo.

Digitized by Google

—Papa, mamá, Alfredo... amaos... mucho, yo os... veré... desde... el cielo, articuló débilmente la moribunda niña.

Todos lloraban amargamente.

La respiracion de Luisa se iba haciendo en extremo fatigosa.

Llegó el supremo momento.

—Mamá... papá... adios todos... para siem... pre, Al... fre... do... moduló, y doblando la cabeza, cerró dulcemente los ojos.

Descansaba en el último sueño.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO XXVII.

LAS ÚLTIMAS ESPINAS DE LA FLOR.

Á la muerte de Luisa sucedieron los lamentos y la confusion que eran naturales á tan sensible como irreparable pérdida.

Unos acudieron á socorrer á la Marquesa, miéntras otros se dirigian á prodigar sus frases de consuelo al Marqués, Alfredo y su padre, cuyo cariñoso corazon habia llegado á profesar á la desgraciada niña el amor más profundo.

Aunque se hallaba en país extranjero, no obstante, algunos periódicos se habian ocupado de la enfermedad, calificándola de una fuerte pulmonía, y acudieron á hacer presente su sentimiento casi toda la nobleza española residente á la sazon en París y los principales personajes de la Embajada.

Pedido y otorgado del Cónsul el permiso para hacer la traslacion del cadáver á Madrid, tres dias despues el fúnebre cortejo emprendia la marcha hácia su pátria.

Digitized by Google

El inanimado cuerpo de Luisa fué depositada en el panteon de los Marqueses de Alsılla con toda la pompa digna de su elevada posicion.

Ocho dias permanecieron entregados al más aflictivo desconsuelo.

La Marquesa habia quedado en aquel corto tiempo en un estado verdaderamente lastimoso.

No era ni remotamente su sombra.

El Marqués asímismo parecia que habian pasado por él veinte años.

Sus negros cabellos y lastrosa barba se hallaban completamente blancos.

Alfredo, más bien que un jóven de veintiun años, era un cadáver galvanizado.

A tal punto habia llegado el abatimiento de su espíritu.

Sus pálidas y desencajadas facciones inspiraban á primera vista compasion.

En sus actos no mediaba conocimiento; se movia como un autómata.

Por su parte D. Pedro y Enrique daban inequívocas muestras de su profundo sentimiento, aunque bien es verdad que su dolor no admitia término de comparacion con el de aquellos otros séres que tan directamente se encontraban heridos.

Don Pedro quiso inducir á su hijo á que le acompañara al seno de sus hermanos, á quienes hacia yá tanto tiempo que no veia; pero Enrique le disuadió

Digitized by Google

haciéndole ver lo necesaria que era su presencia en aquella casa.

Por fin, como en este mundo todo es finito, poco á poco se fueron calmando los ánimos, hasta que pudieron ocuparse de lo que habian de resolver.

Don Pedro, despues de prometer volveria cuando dejara por otra temporada arreglados sus negocios, salió de Madrid con el alma transida de amargura al no poder llevarse consigo á su inconsolable hijo.

Este, en quien no cedia un instante el recuerdo de lo pasado, se resolvió á abandonar aquella casa donde todo eran evocaciones, y declaró su deseo de emprender un viaje por Italia.

Los desconsolados padres no se atrevian á objetarle lo más mínimo, y únicamente Enrique le expuso algunas prudentes consideraciones, más fueron inútiles; Alfredo estaba decidido á ahogar su recuerdos en otras nuevas impresiones, y á fines de Noviembre dejó aquella morada del dolor, y se lanzó con desesperado aliento á la realizacion de sus proyectos.

—¡Todos nos abandonan! murmuró con acento de desgarradora tristeza el ya anciano Marqués, ¡oh! hacen bien, el dolor es contagioso.

Enrique, que le escuchaba, sintió oprimírsele el corazon, y levantó al cielo una angustiosa mirada.

El Marqués fijó en él un instante la vista y per-

Digitized by Google

cibió dos lágrimas que resbalaban por las mejillas del jóven.

--¡Oh! perdóname, Dios mio, si he blasfemado, exclamó: no, no todos nos abandonan, aún nos quedas tú, generoso jóven, para consolar nuestras amarguras, y abriendo sus brazos estrechó en ellos á Enrique.

—Enrique, hijo mio, murmuró sollozando, permíteme te dé este dulce nombre: tú has perdido á tus padres; pues bien, nosotros les reemplázaremos con nuestro cariño.

Enrique se dejaba estrechar por aquel afligido padre, y la emocion le impidió articular por unos momentos.

—Señor Marqués, dijo por fin enternecido, agradezco á V. infinitamente sus bondadosos sentimientos....

—¿Aceptas? le interrumpió el anciano con un acento de indefinible expresion.

--¿Cuál, señor Marqués? preguntó Enrique que no habia comprendido el verdadero sentido de las palabras del amoroso padre, ¿su cariño?

—Sí, nuestro cariño, nuestro nombre, ser nuestro hijo en fin, ante todo el mundo.

—¡Oh, señor Marqués! exclamó Enrique hondamente afectado; gracias, pero no puedo aceptar tan generoso ofrecimiento.

—¿Qué no puedes? ¿por qué?

Digitized by Google

—Por que usurpo el cariño y el puesto que corresponde á Alfredo, y además...

—¿Qué?

—Yo tambien tengo nn amante padre en mi tio, y una hermana cariñosa en mí tierna prima.

—No importa, replicó el afligido padre, Conchita será tambien hija nuestra y tu tio nuestro hermano.

—¡Ah! gracias, señor Marqués, gracias; pero no podemos aceptar de ningun modo... ¿y Alfredo?

—¡Oh, Alfredo! exclamó tristemente el anciano ¿acaso nos quiere? ¿no ves cómo nos abandona?

—¡Oh! no, señor Marqués, no; Alfredo es un noble corazon; pero muy débil ante las pasiones, el dolor le ha trastornado y ha corrido á aumentarle creyéndole sofocar.

—Pues bien; que venga, á todos, á todos os querré; pero no me niegues tú ese consuelo; accede Enrique, te lo suplico, insistió el anciano.

No atreviénbose el huérfano jóven á negar rotundamente lo que tan cordialmente le pedia el contristado padre, le ofreció comunicárselo á su tio, sin, cuya anuencia no creia poder hacer nada.

El Marqués se conformó con eso, prometiéndole que él á su vez se lo rogaria.

Así trascurrió cerca de un mes.

Don Anselmo, visto el profundo dolor de los marqueses y el vehemente deseo que demostraban de campartir su cariño con su jóven sobrino, al mismo

Digitized by Google

tiempo que considerando el brillante porvenir que á éste se le presentaba bajo su proteccion, dejóle en completa autonomía, y Enrique pasó á ser un segundo hijo para los desconsolados padres de Luisa, que le retuvieron á su lado adoptándole públicamente.

Habian llegado á profesarle un entrañable cariño.

Enrique prosiguió, no obstante, con mayor afan sus estudios.

Todo lo ambicionaba para poder ofrecérselo un dia á la angelical niña á quien tanto amaba.

Otro mes pasó.

De Alfredo tenian algunas, aunque escasas noticias.

Seguia preso de su inmenso dolor.

Un dia recibió Enrique una carta.

A las pocas líneas sintió nublársele la vista, y el papel se escapó de sus manos.

Alfredo, esclavo como siempre de sus pasiones, no habia tenido valor para soportar sus pesares.

Se habia suicidado.

¡Desgraciado Alfredo!

El dominio que sobre él ejerciera sus sentimientos le arrastró á tan fatal término.

Las pasiones, ¡oh! las pasiones.

Infeliz del que se deje subyugar por ellas, pues que indefectiblemente le conducirán á un precipicio.

Es natural; quien ama el peligro perecerá en él,

Digitized by Google

dice un antiquísimo proverbio; y como la mayor parte de ellos, por lo general es cierto.

Enrique tardó un largo rato en hacerse dueño de sí.

Cogió nuevamente el funesto papel y volvió á leerle.

Leamos tambien nosotros.

Decia así:

«Enrique, hermano mio, adios. No pudiendo sobrellevar esta penosa existencia, voy á poner fin á ella.

»Perdida para siempre la flor que la embellecia, no hallo posible consuelo.

»Quisiera luchar, y me faltan las fuerzas.

»Siento además en mi alma un inmenso vacío.

»¿Qué soy? ¿Qué puede esperar de mí el mundo? Nada.

»Muertas asímismo mis más bellas aspiraciones, no me resta ya otra cosa que mi dolor y mis remordimientos.

»Remordimientos, sí, pues que yo únicamente he sido la causa de la muerte de Luisa.

»¡Pobre Luisa! ¡Pobre ángel en quien todo era amor y ternura; pronto iré á reunirme á tí, si es que soy digno de tornar á tu lado.

»¡Cuán desgraciada has sido!

»Perdona, Enrique, que invoque estos recuerdos en mi postrera despedida.

Digitized by Google

»Experimento en ello un singular consuelo.

»Tú quedas en el mundo bajo la proteccion de los que la dieron el sér, y con tus nobles sentimientos.

»Enrique, hermano mio, si algun dia llegas á amar, si llegas á sentir en tu pecho esa intensa pasion, domínate, no te dejes fascinar por sus seductores alhagos, ó tarde ó temprano percibirás los resultados de tu ceguedad; verás las espinas donde creiste hallar solamente flores.

»Adios, por última vez; dásele tú en mi nombre á los que en un dia me dieron el dulce de hijo, ámales mucho, y ruega á Dios perdone las debilidades de tu desgraciado amigo

ALFREDO.»

Estas eran las últimas expresiones de aquella otra víctima de sus propios sentimientos.

Enrique quedó en un estado en que no acertó á decidirse á nada.

¿Cómo dar la noticia á los Marqueses?

En penosa situacion se vió el jóven.

Al fin, y despues de varias y encontradas reflexiones, se resolvió á comunicárselo á su noble protector.

Pasó á sus habitaciones.

Este le recibió con su acostumbrada ternura.

—¿Qué tienes, hijo mio? le preguntó reparando en la triste expresion que se pintaba en su semblante.

—Padre mio, le respondió el jóven (el Marqués le

Digitized by Google

habia prohibido darle otro nombre), vengo á ser portador de una infausta nueva.

—¿Qué ocurre?

—Alfredo...

—¿Qué?

—Ya no existe.

—¡Enrique!

—Ha cometido la última debilidad.

—¡Oh!

—Tome V. y lea, concluyó el jóven, entregándole la carta y dejando caer su cabeza sobre el pecho.

El Marqués cogió el papel y fijó en él la vista con avidez.

—¡Oh, Dios mio! perdonadle, exclamó así que le hubo leido, elevando una mirada al cielo, y luego posándola en el abatido jóven, prosiguió: Enrique, hijo mio, que El tenga tambien piedad de nosotros, y se arrojó en sus brazos.

Por sus mejillas corrieron abundantes lágrimas.

Así permanecieron largo rato.

—Vamos á comunicárselo á Teresa, murmuró por fin el Marqués.

—¡Oh!

—Es preciso, hijo mio, Dios la dará fuerzas para soportar esta nueva desgracia.

Ambos se dirigieron á las habitaciones de la Marquesa.

Su esposo se encargó de anunciárselo.

Digitized by Google

La pobre madre recibió este nuevo golpe con santa resignacion.

—Dios mio, ¿hasta cuándo quereis dejar sentir el peso de vuestra divina justicia? exclamó:

Aquellos padres habian amado entrañablemente al esposo de su hija, tan solo por el amor que él la profesára.

Este nuevo incidente les sumió á todos en una profunda postracion.

Al siguiente dia los periódicos se ocupaban de ello en estos términos:

«En Milán ha ocurrido una tristísima desgracia.

»Uno de los hijos de nuestra alta aristocracia ha »dejado de existir.

»El inmenso dolor que le agoviaba desde la tem- »prana muerte de su jóven y virtuosa esposa la se- »ñorita D.ª María Luisa Enriquez de Albarran y Cer- »cenis, hija de los Excmos. Sres. Marqueses de Al- »silla, que en gloria haya, ha armado con la pistola »del suicida, la mano del señor Baron de Rosa-bella.

»Parece ser que acababa de levantarse, cuando »envió á un criado con varias cartas para el correo.

»Despues se encerró en su habitacion, dando ór- »den de que no se le molestara.

»No habian trascurrido quince minutos, cuando »la detonacion de un arma de fuego vino á alarmar »á los criados de la casa.

»Dirigiéndose todos en confuso tropel hácia la

Digitized by Google

»habitacion de su señor, donde habia sonado el ti-
»ro, y dieron unos golpes á la puerta.

»Como nadie les respondiera, y por otra parte un »olor subido á pólvora que se percibia en la antesa- »la, les decidió á contravenir las órdenes que habian »recibido.

»Abrieron la puerta, que por fortuna no estaba »cerrada por dentro, y se precipitaron al interior.

»Mas apénas dieron dos pasos, retrocedieron hor- »rorizados.

»El cuerpo de su amo yacía tendido en una bu- »taca.

»La bala le habia atravesado el cráneo dejándo- »le horriblemente mutilado, yendo á estrellarse con- »tra los muros de una pared exterior.

»Inmediatamente dieron parte al Juzgado, que »en seguida se personó en el lugar de la catástrofe.

»Sobre una mesa se halló una carta dirigida al »juez.

»En ella le suplicaba no se molestase á nadie por »su muerte, pues que él por sí mismo habia puesto »término á una existencia que le era odiosa.

»Se telegrafió á su señor padre el Baron viudo de »Rosa-bella, que es esperado uno de estos dias.

»El dolor de ambas familias es, como puede com- »prenderse, inmenso.

»Unámonos á él, y rogamos fervientemente al To- »dopoderoso les conceda fuerzas para soportar tan

Digitized by Google

»irreparable pérdida, y al desgraciado esposo le ha»ya perdonado, reservándole un sitio en su divina »mansion.»

Por espacio de unos dias fué general la conversacion sobre esto; despnes, poco á poco fué olvidándose, y por fin nadie llegó á acordarse.

Así son todas las cosas de este mísero mundo.

Honda sensacion primero, tranquilidad luego y últimamente el completo olvido.

Don Pedro Barzan fué á recoger los postreros restos de su desventurado hijo, regresando á su casa con el alma traspasada.

El tiempo se encargaria, no obstante, de ir cicatrizando la herida.

Esto es natural.

Con respecto á los restantes personajes, ya veremos en el siguiente y último capítulo en qué situacion quedaron.

Digitized by Google

CAPÍTULO XXVIII.

PREPARATIVOS DE OTRO ENLACE.

Triste fué aquel invierno para los Marqueses de Alsilla.

Consagrados extrictamente á sus dolorosos recuerdos y al cariño de Enrique, cerráronse las puertas de su casa para toda otra expansion que no fuera la ineludible compañía de algunos amigos que acudian á prodigarles sus frases de consuelo.

Cuando de nuevo llegó el sofocante estío, determinaron ir á pasarle al lado de la única familia de su querido Enrique.

Así lo verificaron, y á mediados de Junio se hallaban instalados en la pintoresca casita, propiedad de D. Anselmo Jimenez.

Allí hallaron un inmenso consuelo.

Conchita, cuyas angelicales facciones, que aunque de opuesta belleza, guardaban, no obstante, cierta analogía con las de su perdida hija, les inspiró desde luego un encendrado cariño.

Digitized by Google

La tierna niña hacia las delicias de los afligidos padres.

Sobre todo la Marquesa se complacia extraordiriamente en conversar con ella, escuchando sus encantadoras ingenuidades.

—Ven, Conchita, te coloco esta rosa en la cabeza, la decia una hermosa tarde sentada en uno de los rústicos bancos del jardin, mostrándola una hermosa rosa blanca.

La niña se acercó sonriendo á ella y puso su admirable cabellera á su discrecion.

La pobre madre prendió con prolija solicitud la flor entre los sedosos rizos que coronaban aquella virginal cabeza, y despues, oprimiéndola dulcemente entre sus manos, la contempló unos instantes con ardiente embeleso.

—¡Qué hermosa eres! hija mia, exclamó depositando un tierno beso en la casta frente de la niña.

—Muchas gracias, señora Marquesa, respondió con su adorable vivacidad, es V. muy bondadosa para conmigo, sin yo merecerlo.

—¡Ah! no, hija mia, tú eres acreedora á todo, pero no me llames así, llámame madre, que aunque yo no lo sea á ese dulce título, te quiero muchísimo, hija mia, pues tú me recuerdas la imágen de mi pobre Luisa y seria muy feliz oyéndote darme ese nombre; y la oprimia al hablar así contra su pecho posan-

Digitized by Google

do, al terminar, sus lábios sobre los blondos cabellos de la niña.

—Entonces bueno, repuso ella con su natural candidez, si V. lo desea la llamaré así, porque yo tambien la quiero á V... además, que Enrique me ha dicho que la ame mucho, porque es V. muy buena, y basta que él me lo diga para que yo la quiera con todo mi corazon.

—¿Quieres mucho á Enrique, hija mia? la preguntó cubriéndola con una intensa mirada.

—¡Oh, sí, mucho! y pronunció la niña estas frases con tal acento, que le bastó á la Marquesa para comprender todo lo que pasaba en su alma.

—Sí, hija mia, ámale, que él es muy bueno y tambien te quiere á tí sobre todas las cosas, la dijo vivamente.

—¡Ah, madre mia! exclamó la inocente niña á quien estas palabras inundaron de una extraña felicidad, y se dejó caer en los brazos de aquella ocultando la cabeza entre su pecho.

La Marquesa la extrechó contra él fuertemente; experimetaba un especial consuelo.

Conocia por ol mismo Enrique el amor que profesaba á su prima desde su más tiernos años, y tal vez halagaba su mente con la idea de una union entre aquellos dos séres que tan felices se prometian.

Sin embargo, la experiencia la habia enseñado á obrar con suma circunspeccion.

Digitized by Google

Desde aquella tarde se concretó á vigilar sigilosamente á los enamorados primos.

No tardó en convencerse del profundo respeto y la ciega adoracion que á Enrique infundian el candor y la inocencia de su tierna prima.

Una mañana, reunidos en el despacho de D. Anselmo, éste y sus dos nobles huéspedes, dijo la Marquesa á aquel.

—Amigo mio, tengo que solicitar de V. un favor.

—Que desde ahora tiene V. concedido, la respondió sonriendo el tio de Enrique.

—Cuidado con lo que se ofrece, amigo mio, que luego no cabe medio de volverse atrás.

—Pues qué, ¿tan difícil es?

—Al contrario, muy sencillo.

—Entonces, sepamos.

—Pues se reduce á que en el próximo Octubre enagene V. esto, lo cierre ó haga de ello lo que mejor le parezca, y nos vayamos todos á Madrid.

—¡Cómo! Señora.

—Nada más fácil.

—Sí, pero...

—No hay pero que valga, es muy conveniente, digo más, es hasta preciso.

—¡Preciso!

—Sí, preciso, escúcheme V. La mayor parte de los padres estamos ciegos con respecto á nuestros hijos

Digitized by Google

y no vemos todo lo que deseariamos: pues bien, V. ignora que Conchita y Enrique se aman.

—¡Señora!

—Digo mal, prosiguió la Marquesa, Enrique adora en ella la pureza de su alma y su angelical carácter, y Conchita ama por su parte á su primo, sin darse ella misma cuenta de lo que hace, sin saberlo siquiera. Ambos viven aún ignorantes de su amor, y por eso es necesario que vayamos preparando el terreno para el dia de mañana; Enrique no querria nada sin Concha, todo le seria indiferente, le conozco bien; y respecto á ella no hay que decir que en su primo lo ve reasumido todo. Bastaria que él la dijera «yo me muero por tí,» para que ella se arrojara en sus brazos.

—¡Oh!

—Y por lo tanto, no hay que esperar que llegue ese caso. Enrique respetaria siempre la inocencia de la que él llama su ángel tutelar; pero todas sus aspiraciones se cifran en ella, sin la que no concibe la existencia: ahora bien, puesto que los dos se aman con ese amor puro y santo, que ha tenido su base casi en la cuna, no queda otro término que la mútua union de sus corazones por el sagrado lazo del matrimonio; así, que he pensado lo siguiente: nos vamos todos á Madrid y ponemos á Conchita en un colegio donde permanecerá hasta que ambos se encuentren en entera disposicion de poderse unir per-

Digitized by Google

pétuamente, que será cuando Enrique haya terminado su carrera, al paso que Concha completa su educacion. Ahora, amigo mio, espero su asentimiento.

—Señora Marquesa, respondió D. Anselmo que la habia escuchado con religioso silencio, muy grave es lo que acaba V. de referirme. En efecto, yo ignoraba que Enrique y mi hija se profesaran otro cariño que el que su sangre les obliga, y asímismo me extraña que Concha, á quien yo juzgaba la inocencia suma, haya sentido esa pasion sin confiármelo á mi.

—Dispense V., amigo mio, le interrumpió la Marquesa, pero creo haberle dicho que su hija misma ignora que ama y que es amada, su inocencia aún no se lo ha permitido descubrir; y respecto á Enrique, aunque sabe que es correspondido, no será él el que le arranque ese velo, pues que le basta con comprenderlo.

—Entonces, V...

—Justamente, lo he adivinado, como lo adivinaria cualquiera que estudiara á Conchita dos dias con algun detenimiento, puesto que ella no sabe ocultar sus sentimientos.

—Oh, luego yo...

—Creo haberle asímismo dicho que los padres estamos casi siempre ciegos, y nunca pensamos que nuestros hijos puedan querer á persona alguna más que á nosotros.

—Tiene V. razon, señora.

Digitized by Google

—La experiencia me lo ha enseñado bien duramente, dijo la pobre madre con triste acento.

—Pues bien, señora Marquesa, la interrumpió precipitadamente D. Anselmo que queria á toda costa evitar evocara aquellos acuerdos, puesto que tan generosamente se han interesado VV. por nosotros, seria injusto si me opusiera al menor de sus deseos, así, que lo dejo todo á su discrecion.

—Gracias, amigo mio.

Desde aquel dia tambien se dedicó D. Anselmo á observar á los amantes jóvenes.

Sín embargo, guardó sobre ello el más prudente silencio.

Se dió á Conchita la noticia de que iria á Madrid á un colegio.

Una tarde se encontraba Enrique en el consabido cenador indolentemente reclinado en uno de sus bancos y con la vista fija en el enramado techo entregado á dulces pensamientos.

De pronto, una voz que hizo palpitar violentamente su corazon, le dijo:

—¿En qué piensas, Enrique? y bajando la vista vió á su adorada prima que le contemplaba sonriente á pocos pasos.

El jóven iba á exclamar «en tí;» pero se contuvo y repuso.

—En nada; es decir, me estaba casi durmiendo.

Digitized by Google

—Entonces me voy, replicó la niña é hizo un movimiento para volverse.

—No, Conchita, exclamó levantándose rápidamente su enamorado primo y tomándola de una mano, ven y hablemos un ratito.

La niña se dejó conducir, y ámbos sentáronse uno al lado del otro.

—Ya sabes Conchita, la dijo entonces Enrique, que este año vienes tú tambien á Madrid.

—Sí, Enrique, contestó ella con su adorable ingenuidad: ¿te alegras tú?

—Oh, sí, mucho.

—Yo tambien, Enrique, allí al ménos nos veremos más á menudo, y no antes ¡nueve meses sin vernos! así que, cuando te marchabas, no sé que me pasaba, me parecia que no te iba á volver ya á ver ¡tenia siempre una tristeza! es claro, yo me decia, si cae malo, ¿quién le va á cuidar? y otras veces me acordaba de ti y pensaba ¿qué hará ahora? ¿se acordará de mí? y entonces, yo no sé por qué, me ponia muy triste y hasta me daban ganas de llorar, y la niña terminó haciendo un gracioso gesto con la cabeza.

Enrique la escuchaba embelesado.

Oprimiendo entre sus manos una de las nacaradas y diminutas de su prima, tenia la vista clavada en su angelical rostro.

No acertó á replicar.

Digitized by Google

—¿Por qué me miras así? le preguntó ella extrañando la fijeza con que la observaba.

Enrique, por un movimiento rápido, llevó y oprimió contra su corazon la pequeña mano de la niña, exclamando:

—¡Bendito seas! angel divino.

Una tosecita se oyó por la parte exterior del cenador.

Los enamorados jóvenes prorumpieron en un «¡ah!» y dirigieron la vista al jardin.

Poco despues apareció en la entrada del cenador la Marquesa, que sonriendo les dijo:

—Vamos, hijos mios, á dar un paseito.

Conchita se levantó precipitadamente y fué á ocultar su turbacion en los brazos de la madre adoptiva de su amante primo.

Sonó un doble y tierno beso.

Este las siguió algo confuso.

Desde entonces no volvió á hablar á solas con Conchita.

Pasaron los meses de calor, y regresaron todos á Madrid.

Don Anselmo dejó la casa al cuidado de la buena Rita, no queriendo deshacerse de aquel poético nido donde habia arrullado sus tiernos años Conchita.

Una vez en la córte, ésta fué puesta en uno de los más aristocráticos colegios, á donde iban á verla

Digitized by Google

cada quince dias, saliendo además algunos de los más festivos, pasándole en compañía de aquellos séres que tanto la amaban.

Ella hacia las delicias de la ya otra vez alegre morada de los Marqueses de Alsilla.

Los criados la llamaban entre sí «la pequeña Luisita.»

Por el verano salia dos meses que les pasaban al lado de Rita.

Don Anselmo se ocupaba en leer y pasear de un lado para otro en compañía del anciano Marqués.

Habia reducido á metálico toda su fortuna, así como la de Enrique, y la colocó en el Banco, destinando su producto á obras de caridad.

Este, cada dia más feliz, proseguia con imperturbable ánimo en sus estudios.

Así trascurrieron cuatro años.

Por fin recibió la investidura de Doctor.

Conchita se hallaba en su pleno desarrollo físico y moral.

Era el orgullo de todos, que se disputaban sus caricias.

Sin embargo, ya no miraba á Enrique como años ántes, ni escuchaba ciertas bromas de sus protectores sin ruborizarse.

Como por ejemplo, cuando se sentaba al piano y el Marqués sonriendo decia:

Digitized by Google

—Anda, Enrique, ponte al lado de Conchita, para que vuelvas la hoja.

O bien, cuando cantaba, reponia:

—No sé, francamente, como hay á quién le disguste tu voz.

—¿Y á quién? preguntaba la Marquesa.

El Marqués entonces indicaba con la vista á Enrique, que á su lado, la escuchaba con dulce embeleso.

Todos reian, y Conchita, dejando asomar á sus mejillas dos rosas de encendido carmin, fijaba los ojos en el teclado, por donde, con admirable gracia, corrian sus manos, que á pesar del desarrollo del cuerpo, continuaban lo mismo que el dia en que la conocimos.

Estas y otras parecidas bromas, tenian por objeto reirse, al ver cubierto su bello rostro por el purísimo rubor, que frecuentemente la valia un tierno beso con que la pagaban el efecto que aquellas producian.

Así llegó el dia en que abandonó para siempre el colegio.

Ocupó en la casa las habitaciones de Luisa, y la Marquesa otras contiguas á ellas, estableciendo comunicacion en sus dormitorios por una pequeña puerta de escape.

Todas las noches iba ésta á recoger su último beso, dejándola ya en el lecho.

Digitized by Google

Don Anselmo y Enrique ocupaban otras al estremo opuesto y en frente de las del Marquès.

No habiendo ya ningun obstáculo, se pensó en el enlace de los dos primos.

Enrique habló de ello á su tio.

—¿Sabes seguramente si ella es gustosa? le preguntó éste.

—Aún no señor, contestó el jóven, pues ántes necesitaba su permiso para hablarla.

—Pues ya le tienes, consúltala.

Enrique con el corazon palpitante se dirigió á las habitaciones de su bella prima.

Estaba seguro de su consentimiento, pero ¡es tan violento el hablar de amor por primera vez á la mujer á quien verdaderamente se ama!

El mismo amor nos infunde miedo.

Sentarse á su lado, ver sus facciones teñidas por el vivísimo carmin del rubor, oir de sus trémulos lábios la primera frase, el primer sí, cuyo eco resuena tan dulcemente en el fondo de nuestra alma, y percibir aquella indescriptible mirada que nos hace entrever á través de sus pupilas un mundo desconocido de felicidades, un paraiso, es de tal naturaleza, que solo puede ser comprendido por aquel que haya atravesado por este delicioso al par que delicado trance.

Enrique se encontraba en este caso.

Iba á hablar, y no sabia cómo empezar; sin emgo, no retrocedia.

Digitized by Google

Introducido en el gabinete de su prima, la encontró bordando al lado de la Marquesa, que se entretenia con ella.

Saludólas tiernamente y despues dijo:

—Perdóneme V. madre mia, si solicito hablar un momento secretamente con Concha.

—Hola, se conspira ¿eh? exclamó soriendo ésta.

—Y en cuya conspiracion, prometemos dar á V. una importante parte, replicó del mismo modo Enrique.

—Bien, pues entonces os dejo, y cuento con esa promesa.

—Vaya V. descuidada, madre mia.

La Marquesa se levantó y salió sonriendo de la habitacion.

La jóven durante esta escena, habia permanecido muda y con la vista fija en el bordado, donde sus manos temblaban visiblemente.

Enrique, mientras buscaba un medio de abordar la cuestion, tomó una silla y se sentó frente á ella.

Pero su lengua no acertaba á explicarse, en tato que sus ojos devoraban á su confusa prima, que aún no habia osado levantar la cabeza.

—Concha, murmuró al fin con tal acento de dulzura y pasion, que la hizo extremecer á su timbre.

Ella no desplegó los lábios ni movió su vista del bordado.

—Concha, prosiguió él ya un poco exaltado in-

Digitized by Google

clinándose hácia ella y tomándola suavemente una mano, ¿por qué bajas tus ojos? ¿por qué no me mirás? ¿te enojo tal vez?

—Ah, no, respondió alzando levemente la frente que estaba circundada de un rojo carmin.

—Pues bien, Concha, exclamó arrebatadamente el amante jóven, dejándose caer á los piés de su ruborosa prima y oprimiendo con ternura la mano que retenia entre las suyas, me es ya imposible, no puedo callar por más tiempo. Yo te amo, Concha, te amo hasta el frenesí, y sin tu amor no concibo la existencia, pues que por él es por quien alienta mi pecho, él es el que sustenta mi alma, y él en fin es el que me hace ambicionar la vida para poder estar adorándote eternamente. Concha, ídolo mio, habla, pronuncia una sola frase, y sácame de la horrible ansiedad que me devora, y á medida que así se expresaba brillaban sus ojos con todo el fuego de su pasion.

—¡Enrique! murmuró ella levantando hácia él débilmente los párpados, con un acento de indefinible expresion.

—Oh, Concha, prosiguió éste, mi corazon no me engaña, tú me amas, habla por Dios ¿no es cierto?

—¡Enrique! repitió la jóven no acertando á expresarse.

—Responde, por piedad.

—Sí, sí, te amo.

———

Digitized by Google

—Gracias, Dios mios, bendita tú seas Concha, exclamó Enrique en el último grado de exaltacion, dirigiendo una mirada de agradecimiento al cielo y posándola despues en el encendido rostro de su prima, mientras estrechaba convulsamente su pequeña mano.

Esta, que habia por un momento al hablar fijado sus ojos en su apasionado primo, volvió á bajarles toda trémula.

— Concha, ángel mio, continuó diciendo éste, tu padre me otorga tu mano.

—¡Ah!

—Y ya solo se espera tu resolucion para fijar el dia de nuestra completa dicha.

—¡Enrique...!

—Voy, pues, á comunicárselo á nuestra bondadosa y segunda madre.

—No es necesario, hijos mios, dijo de repente presentándose ésta.

—Ah, volvió á exclamar Conchita, sobrecogida y como avergonzada.

—Tranquilízate, hija mia, todo lo sabia yo, replicó la Marquesa tomándola en sus brazos y depositando un tierno beso en sus purísimos lábios.

—Madre mia...

—Sí, hija mia, amaos mucho, y que Dios os bendiga desde el cielo como lo hago yo en la tierra.

Concha lloraba sobre el pecho de su noble pro-

Digitized by Google

tectora, y Enrique, en quien la felicidad no le permitia estar en reposo, salió de la estancia para ir á comunicar tan fausta nueva á su tio y futuro papá político.

Digitized by Google

CONCLUSION.

Diéronse rápidamente los pasos necesarios.

Todo se dispuso con la mayor explendidez.

El *trousseau* de Conchita fué magnífico.

Nadie se veia harto de cooperar á él.

Hubiera podido compararse con el de una reina.

Los más costosos brillantes, los más raros caprichos del arte y de la fortuna, fueron depositándose sucesivamente á los piés de la bellísima novia.

Corriéronse circulares de invitacion entre los numerosos amigos de los venturosos cónyuges y sus respectivas familias.

Serian las doce de la mañana de un hermoso dia del mes de Abril.

Ambos jóvenes recibian la bendicion nupcial en el espacioso Oratorio de la casa.

En él se encontraba reunido todo cuanto de notable habia en Madrid.

Digitized by Google

Condiscípulos de Enrique, compañeras de Conchita y amigos de sus padres.

Todos se hallaban allí confundidos presenciando aquel solemne acto.

Concha, llevando un elegantísimo vestido de raso blanco adornado con flores, y prendido su velo por una preciosa corona de azahar, parecia el ángel de la castidad.

Su rostro, resplandeciente de hermosura, estaba velado por un lijero tinte rosado que realzaba más aquella virginal belleza.

Enrique á su lado, vestido de rigorosa y severa etiqueta, la contemplaba con amorosa expresion.

Durante la ceremonia Concha estuvo visiblemente afectada.

Sus lábios modularon el tiernísimo «quiero» con un acento suave y melodioso, entrecortado por la emocion.

Momentos despues se encontraban unidos ante Dios y ante el mundo por el estrechísimo lazo que solo la muerte podia deshacer.

Aquel dia fué de verdadera locura.

Los salones de aquella fastuosa morada se vieron otra vez, cual siempre, inundados de gente.

Por la noche se dió un brillante banquete.

¿Hemos de describirle?

Lo creemos innecesario, pues que como éste ha presenciado ya otros el lector, y en lo que note va-

Digitized by Google

riacion alguna puede fácilmente formarse una idea por el conocimiento de la causa.

Aquel fausto acontecimiento se celebraba con la misma ó parecida pompa que años antes se celebrara el de Luisa.

¡Oh mundo *fashionable*, que tan pronto olvidas tus pesares para retorcerlos por otras nuevas alegrías!

Mas es natural.

Si el dolor hubiera de ser eterno, ¿dónde estarian entonces los encantos, aunque efímeros, de esta mísera existencia?

Es, pues, lógico que el placer suceda al dolor, el consuelo á la desgracia.

Los Marqueses habian perdido á su única hija; pero el cielo, condolido de ellos sin duda, arrojó en sus brazos su misma efigie. ¿Por qué, pues, no habian de mostrarse agradecidos á tan providencial favor?

Nada más justo.

Luisa misma desde él, les bendeciria.

En cuanto á Enrique y Conchita ¿no era éste un medio del que se habia valido la Providencia para premiar sus nobles y puros sentimientos?

Es lo que ha primera vista se desprende.

De Don Anselmo nada hay que decir; veia felices á cuantos le rodeaban, y esto le bastaba para serlo tambien él.

Digitized by Google

Todos, pues, tenian fundados y poderosos motivos para rebasar el más vivo júbilo.

Hasta las altas horas de la noche duró aquel explendido festin.

Pero por fin, unos despues de otros, fuéronse sucesivamente retirando.

La casa tornó al más profundo silencio.

La jóven esposa acababa de despedir á sus doncellas, que la habian dejado envuelta en una riquísima bata de noche.

Reclinada en una duquesita se notaba en ella una fuerte agitacion.

Así trascurrieron unos minutos.

La pesada cortina que cubria la entrada osciló y se alzó levemente apareciendo en su penumbra la simpática figura de Enrique que se detuvo un instante comtemplándola.

¡Con cuánta violencia latieron aquellos dos corazones!

Nada más digno de admirar que la hermosa niña en aquellos momentos.

Sus ojos, posados con indefinible expresion de ternura en su esposo y sus virginales facciones matizadas por un encendido carmin, parecia la estátua del pudor.

—¡Concha!

—¡Enrique!

—¡Ah! exclamó el jóven esposo dando dos pasos y

Digitized by Google

salvando la distancia que les separaba, se postró á sus piés, y tomándola dulcemente ambas manos, sus lábios se unieron.

Se oyó un tiernísimo beso que saturó la estancia de un aroma embriagador.

Era el primer beso de amor.

¡Oh, cuánto pudiera decirse sobre él!

Pero mi pluma mal puede pintar lo que aún no conoce.

Queda, pues, á cargo de aquellos de mis lectores y lectoras que lo conozcan por experiencia.

Enrique y Concha vieron en él abiertas las puertas del Paraiso.

¿Fué éste duradero?

Es de suponer que sí.

Su felicidad estaba basada en el más puro y acendrado amor, y debia mantenerse por largo espacio sostenido por tan sólida base.

Andando el tiempo, habian de llevar el nombre de sus protectores y ocupar en el mundo el puesto que estaba reservado á aquella, á quien sólo un momento de extravío de su inmensa pasion, habia borrado el suyo de la lista de los vivos.

El amor qne elevó á los unos, hundió á los otros.

¡Horrible contraste! nacido únicamente de la diferencia del dominio que ejercian sobre los impulsos de sus sentimientos.

Por esto era lógico.

Digitized by Google

¿Qué ha sido entre tanto de los personajes que dejamos sueltos?

Enriqueta, la doncella de Luisa, desde la enfermedad de ésta en París, desapareció de la casa no volviéndose á saber de ella.

Ciro continuó siendo el mejor amigo de Enrique, y se supone acabaria por casarse.

A D. Pedro Barzan poco á poco fué cicatrizándosele la herida al calor de su demás familia, sirviéndole como ejemplo, para obrar en lo sucesivo hácia sus inmediatos sucesores, con una prudente circunspeccion.

Y hemos terminado la novela.

¿Te ha agradado lector? Lo ignoro; pero en todo caso te ruego me perdones si he abusado de tu paciencia, dándote al mismo tiempo las gracias por tan inmerecida merced.

Hallándome entre vosotros, mis queridos compañeros de la Universidad Central, me sugirieron algunos datos, con los cuales quise formar el cuento que os llevo referido.

¿Cuál ha sido mi objeto y fin?

El primero es bien sencillo, distraer mis ratos de ócio; en cuanto al segundo tambien le habreis fácilmente traslucido.

Vistos los grandes y contínuos disturbios que suelen ocasionar la ceguedad de las pasiones, en una edad en que todo lo percibimos matizado de poéticos

Digitized by Google

colores, sin que nos detengamos á reflexionar que puede muy bien existir un veneno en su composicion, he tratado de coordinar, con cuanta precision me ha sido posible, algunos cuadros de la vida real, y poneros de relieve los peligros de ese campo, donde sin ver más que su superficie cubierta de bellísimas flores, no reparamos que al hollarlas con nuestra planta, nos exponemos á sufrir el agudo dolor que puede ocasionarnos alguna de sus ocultas y punzantes espinas.

¿Habré de conseguir mi intento? Si á tanto no alcanza mi reconocida insuficiencia, no es culpa mia, pues segun, no recuerdo qué principio psicológico, los medios han de ser proporcionados á los fines; y careciendo de aquellos, claro es que mal podré llegar á éstos; más sin embargo, seria inmensa mi satisfaccion si algunos de vosotros secundara mis deseos, y con más acierto que yo lograra desarrollar este culminante punto de la sociedad moderna.

Inútil juzgo encareceros su importancia, como asímismo la frecuencia con que se suceden escenas parecidas á las que os he presentado, en todas las esferas de la escala social; así que, el dia en que por la fuerza de la razon, ó de argumentos más poderosos que los mios, háyanse refrenado un tanto, ó totalmente si posible fuera, la exaltacion de las pasiones, habriase visto realizado uno de los más vehementes deseos que me animan, al mismo tiempo que

Digitized by Google

estirpado de la sociedad uno de los más dañinos cánceres que la corroen.

Y creyendo harto apurada vuestra paciencia al haberme seguido paso trás paso, mostrándoos una vez más mi eterno agradecimiento, dejo la pluma.

FIN.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Esta obra se halla de venta en las principales librerías de España y Ultramar al precio de cuatro pesetas. Los pedidos se dirigirán á SATURNINO CALLEJA, calle de la Paz, número 7, Librería, Madrid.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google